

HARLEQUIN®

Deseo®

IMPOSIBLE DE RESISTIR

Beverly Barton

IMPOSIBLE DE RESISTIR

BEVERLY BARTON

Prólogo

Todavía no puedo creerme que me haya dejado convencer para que me traigas aquí susurró Donna Fields a su amiga, que no dejaba de mirar al grupo de escandalosos vaqueros que había en la mesa de al lado.

Admítelo dijo Joanie Richardson, fijándose especialmente en uno de ellos, alto y rubio, tú deseabas venir tanto como yo. Reconoce que estabas harta de tu aburrida y solitaria vida. Además, nuestras vacaciones ya casi se han acabado y todavía no nos hemos divertido de verdad. Así que vamos a dejarnos llevar un poco. Vamos a arriesgarnos y a correr una buena aventura.

Donna observó la cantidad de humo que había dentro del Blue Bonnet Grill.

Se arrepentía de haber hecho caso a Joanie y de haber aceptado pasar su última noche de vacaciones en Plain City, una pequeña ciudad de Nuevo Méjico. Incluso más pequeña que Marshalton, su ciudad natal, en Tennessee.

Mi vida no es ni solitaria ni aburrida protestó Donna mientras se fijaba en cómo se besaba apasionadamente una pareja en un rincón. Donna sintió un escalofrío. Vámonos inmediatamente de aquí. No me gusta nada este sitio.

Joanie apartó la vista del vaquero rubio y se fijó en la pareja a la que Donna no quitaba ojo.

— ¡Mira esos dos! No me acuerdo cuándo fue la última vez que tuve un encuentro tan apasionado con un hombre.

— La gente no debería dar esos espectáculos. Es muy desagradable.

— Eso es que estás celosa.

— Tú estás loca.

— Esos dos están tan absortos el uno en el otro, que todo lo demás ha dejado de importarles —Joanie soltó un suspiro teatral— Me encantaría que ese hombre tan guapo me llevara a un rincón oscuro Y.

— ¿Cómo está usted, señora? Me llamo Big John —dijo el gigante rubio, sonriendo— ¿Les gustaría a usted y a su amiga tomar algo conmigo y otro amigo mío?

— Nos encantaría — contestó Jeanie.

— ¡Ni hablar! —gritó Donna— ¿Es que has perdido el juicio? — susurró a su amiga.

—Estaba tomando algo con unos compañeros de trabajo mientras esperaba a mi amigo. Debe de estar a punto de llegar. Podíamos ir pidiendo una ronda de cervezas.

—De acuerdo —Joanie echó hacia atrás su silla y se levantó, tomando del brazo al vaquero— Me apetece pasármelo bien.

—¿Y usted, señora? Le aseguro que mi amigo es un buen tipo. Creo que usted le va a gustar —Big John observó a Donna de la cabeza a

los pies, 1

sonriendo— Sí, conozco a J.B. y estoy seguro de que usted le va a gustar. Hay que reconocer que es usted más elegante que las chicas con las que acostumbra a salir, pero en cualquier caso tiene los suficientes atributos como para gustarle

—añadió Big John, fijándose en sus pechos.

Donna se cruzó de brazos para ocultarlo. Sabía que los hombres eran todos unos cerdos y que lo único que les importaba era el sexo.

Joanie miró con gesto suplicante a Donna.

—Es que mi amiga es un poco tímida —Joanie le pidió, en silencio, por favor a Dona que los acompañara. Luego, se volvió hacia Big John — Somos profesoras, damos clase en un instituto de Tennessee y hemos venido a Nuevo Méjico para hacer una ruta arqueológica. Esta es nuestra última noche de vacaciones.

—Entonces, haremos que os lo paséis bien.

Como Donna seguía allí sentada sin decir nada, Joanie suspiró disgustada.

Luego, se abrazó a Big John. —Tú y yo podemos bailar un poco mientras llega tu amigo —luego se volvió hacia Donna— Y tú, mientras bailamos, a ver si recapacitas. Por favor, hazlo por mí, quedémonos y pasémoslo bien.

Donna sintió ganas de estrangular a Joanie. Se llevaba bien con ella, pero no se podía decir que fuera una amiga de verdad. Ambas se habían conocido dos años atrás, cuando Joanie entró como profesora de Educación Física en el instituto en el que Donna daba clases de Historia. Era cierto que Joanie le caía bien, pero también era cierto que eran muy distintas. Joanie tenía veintiocho años y era divorciada. También era muy simpática.

Cuando Joanie le propuso salir a dar una vuelta, Donna no pudo decir que no, a pesar de que a ella no le gustaba mucho salir de noche. Pero, en el mismo instante en el que habían entrado al Blue Bonnet Grill, Donna se había dado cuenta de que debería haberse quedado en la posada.

La música del local era un country estridente que salía de una máquina que funcionaba con monedas. El sitio estaba lleno de vaqueros y de mujeres que no parecían muy honradas. Todos estaban bebiendo cerveza y riéndose y algunas parejas se besaban en mesas apartadas. Ese era el tipo de sitio al que Donna Fields nunca iría. Si su familia pudiera verla en esos momentos, se avergonzarían de ella. Al fin y al cabo, ella era una dama de buena familia, criada en el Sur.

Volvió a observar a la pareja que se besaba en un rincón y sintió cómo el calor le subía por la espalda. De pronto, se sonrojó. Ella no era ninguna mirona, así que, ¿por qué no podía dejar de mirar a la pareja? A ese hombre y esa mujer que, en ese preciso instante, se

pusieron en pie y avanzaron hacia la salida.

Donna no pudo contener un escalofrío al darse cuenta de que seguramente se dirigirían a una habitación en un motel cercano. Sintió un gran dolor en lo más íntimo de su ser al pensar en lo que harían allí.

«Contrólate», se dijo a sí misma. Pero luego se dio cuenta de que era normal que siendo una mujer sana, como era ella, pensara por una vez en el sexo.

Especialmente, cuando llevaba cinco años sin hacer el amor. Y no porque no hubiera tenido ninguna oportunidad. De hecho, había quedado con varios hombres que se le habían insinuado al respecto. Pero para ella el sexo implicaba 2

un compromiso y eso significaba que tenía que haber amor de por medio. Y de haber amor, podía volver a repetirse otra vez la dolorosa experiencia que había vivido al perder a Edward. Después de perder a su marido, se juró que nunca volvería a enamorarse de nuevo. No quería volver a pasar por la misma agonía.

De pronto, Donna volvió a la realidad y se fijó en cómo bailaban Joanie y Big John, sus cuerpos muy juntos.

Luego, la puerta de la calle se abrió y Donna sintió cómo el aire cálido llegaba hasta ella. También pudo oír cómo varios vaqueros saludaban al recién llegado. Incluso el tipo que había tras la barra le tendió la mano y lo saludó.

— ¡Qué tal, J.B.! —le dijo el camarero— Esto ha estado muy tranquilo sin ti.

¿Tranquilo? Ese tipo debía de estar bromeando. Si hubiera habido más alboroto en aquel antro, la policía no habría tardado en aparecer.

Donna levantó los ojos hacia J.B. y se fijó en que era un hombre alto y musculoso. Aquel debía de ser el amigo de Big John, el que se suponía que iba a ser su acompañante aquella noche. Pero eso no iba a suceder. Iba a marcharse de allí inmediatamente.

Así como Big John era un tipo afable y tenía una sonrisa encantadora, J.B.

tenía un aspecto feroz y su sonrisa era cualquier cosa menos agradable. Parecía un hombre peligroso y no tenía pinta de ser un vaquero normal.

Big John dejó de bailar para saludarlo.

— Oye, tu chica te está esperando allí sentada. Llévale una cerveza. Se llama... —se volvió hacia Joanie.

— Se llama Donna —gritó Joanie— Y por lo que más quieras, J.B., no dejes que se marche y haz que pase un buen rato.

Donna deseó que la tierra la tragara en ese preciso instante. O mejor aún, deseó que la tierra se abriera y tragara a toda la clientela del Blue Bonnet Grill excepto a ella. En cualquier caso, decidió apartar

la vista de J.B., con la esperanza de que él se diera por aludido y la dejara en paz.

Pero el ruido que hizo la silla a su lado, le dejó bien claro que no había sido así.

— ¿Donna? —la llamó él con su voz grave.

Ella se volvió lentamente y se vio frente a frente con el hombre más atractivo que hubiera visto en su vida.

El se levantó ligeramente el sombrero Stetson que cubría su cabeza y unos mechones de pelo negro cayeron sobre su frente. Sus ojos también eran de color oscuro. Sus rasgos eran duros y una barba incipiente acentuaba aún más su aspecto de hombre peligroso.

J.B. observó el rostro de ella para mirarla finalmente a los ojos.

Donna no pudo evitar estremecerse. El hombre más sexy del planeta se la estaba comiendo con los ojos.

— Mira, J.B., esta cita no ha sido idea mía. Mi amiga, Joanie, y tu amigo, Big John...

— ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? Es como si a mí un día se me ocurriera ir a la ópera.

— Yo... vine a acompañar a Joanie. Esta es nuestra última noche en Nuevo Méjico y ella quería conocer la vida nocturna de la ciudad —Donna colocó sus temblorosas manos sobre el regazo.

— ¿De dónde sois tú y Joanie? —preguntó J.B., mirando hacia la pista de baile.

Luego, él le sonrió de un modo que, estaba segura, habría llevado a la ruina a más de una mujer. ¿Qué mujer podría negarle nada a un hombre así?

— De Tennessee —contestó ella.

— ¿De verdad? Yo vivía antes en Tennessee.

Ella no lo creyó, por supuesto. Estaba segura de que si le hubiera dicho que era de cualquier otro sitio, él también habría dicho que había vivido allí.

— ¿Ah, sí?

— Sí, hace unos cuantos años —contestó él, bajando la vista hacia los grandes pechos de ella, que ni siquiera la blusa holgada que llevaba podía disimular— ¿Te apetece que bailemos?

— No, gracias.

— Te aseguro que no muerdo.

Ella lo miró con suspicacia y él se echó a reír, dando un golpe en la mesa que sobresaltó a Donna.

— ¿Qué pasa, J.B.? —dijo un joven vaquero que estaba sentado en la mesa de al lado— No irás a decirme que has dado finalmente con una chica que se te resista.

Los hombres que acompañaban al joven se echaron a reír. J.B. los miró con el ceño fruncido.

— Quizá es que no le gustes —insistió el hombre, levantándose y acercándose a Donna— ¿Es eso, muñeca? ¿Es que prefieres a alguien más joven y dulce que J.B.? Porque sí es así, yo soy tu hombre.

— Deja tranquila a la señora, Woody —le advirtió J.B.

— No hasta que sea ella quien me lo diga —Woody apoyó una mano sobre el hombro de Donna— ¿Por qué no te sientas con nosotros? J.B. ya tiene suficientes mujeres. No necesita ninguna más.

— Por favor —Donna sintió ganas de salir corriendo. No había sentido tanta vergüenza en toda su vida.

— De verdad, muñeca, nada me gustaría más que hacerte pasar un buen rato.

Donna se volvió hacia Jake con ojos suplicantes.

— Por favor, déjeme tranquila. Yo... estoy citada con J.B.

Donna se arrepintió inmediatamente de decir aquello. ¿Por qué diablos habría metido en aquello a J.B? Ella podría haber solucionado sola sus problemas.

— Ya has oído a la señora —dijo J.B.—, está conmigo.

Woody dudó un momento, pero entonces J.B. se puso en pie y se acercó al joven, bastante más bajo que él. Este sonrió mientras se alejaba de Donna.

— Claro, no te preocupes, ya me voy.

Woody desapareció y lo único que pudo ver Donna fue cómo J.B. la devoraba con los ojos.

— ¿Bailamos?

Donna se puso en pie sin pensar bien lo que hacía y, dándole la mano, se dejó guiar por él hasta la pista de baile. En el momento en que él la tomó en sus brazos, se dio cuenta de que estaba perdida. Nunca en toda su vida se había sentido tan atraída por un hombre. No pudo resistirse a la mirada seductora de él, ni al calor que emanaba de su cuerpo, ni a su propio deseo, largamente contenido.

¿Cómo era posible que deseara de ese modo a un hombre al que acababa de conocer? Debía de haberse vuelto loca. Pero, fuese como fuese, estaba claro que deseaba a J.B. Lo deseaba como no había deseado nunca a ningún otro. Era como si una mujer dominada por la lascivia se hubiera apropiado de su cuerpo.

El la apretó contra su cuerpo musculoso mientras se mecían al son de la música. Con una mano, le sujetaba la cadera, mientras con la otra rodeaba su cuello.

— Eres la mujer más sexy que he conocido —le susurró él al oído.

Ella sabía que era una mujer atractiva, pero nunca había pensado en sí misma como en alguien sexy. Sí se sentía femenina, pero no sexy. El tener el pecho grande no quería decir que fuera sexy. Y más cuando ella no trataba de aprovecharse de ello. Al fin y al cabo, era una dama, y una dama no puede ser sexy. La mayoría de los hombres que habían

quedado con ella después de la muerte de Edward le habían dicho que parecía de hielo.

— J.B., yo... no... yo nunca...

El inclinó la cabeza hacia ella. Donna vio como su boca se acercaba y fue consciente de lo que iba a suceder. Así que podía haberlo evitado. Pero no lo hizo.

Fue un beso apasionado que la dejó casi sin sentido. Aquello no podía estar sucediendo de verdad. Aquello no podía estar pasándole a Donna Fields. Ella nunca se había besado con un hombre en público. Siempre había pensado que era vulgar. Pero en ese instante se encontraba besando a un desconocido en un antro de Nuevo Méjico. Y lo peor de todo era que le gustaba.

El, de pronto, se apartó de ella bruscamente y se quedó mirándola a los ojos, consciente del deseo que la invadía.

— Será mejor que paremos, si no queremos dar un verdadero espectáculo.

Ella asintió y apoyó la cabeza contra el pecho de él mientras seguían bailando. Donna pudo oír el latido del corazón de J.B.

Bailaron una canción tras otra y ella perdió la noción del tiempo. Tampoco se dio cuenta de cuándo Joanie y Big John habían abandonado la pista de baile, ni de que habían pedido unos filetes de cena y se los habían comido. Todo lo que no fuera estar abrazada a J.B. había perdido sentido para ella.

— Te deseo —susurró él–. No sabes cómo te deseo.

— Sí que lo sé —dijo ella, notando su excitado sexo contra su cuerpo mientras bailaban.

— Voy a quedarme en la ciudad todo el fin de semana —dijo, apretando su miembro contra el sexo de ella–. Así que tengo una habitación reservada en el motel Crescent. ¿Por qué no pasas la noche conmigo?

— Yo... —estuvo a punto de decir que no, que ella no era la clase de mujer que podía pasar la noche en un motel con un hombre al que apenas conocía–. Ya 5

sabes que solo será por esta noche. Y después, no nos volveremos a ver. ¿Lo entiendes?

— Yo lo único que quiero es hacer el amor contigo — dijo él, acariciando las nalgas de ella.

Ella sintió cómo su sexo se humedecía. Nunca había deseado a un hombre de ese modo.

— Pues entonces, ya somos dos.

— Está bien, vamos — dijo él, guiándola fuera de la pista de baile–. Vamos a decirles adiós a nuestros amigos.

Se acercaron a la mesa donde estaban sentados Joanie y Big John. Al verlos llegar, estos les sonrieron.

— Nos vamos — dijo J.B.

Joanie, yo, er… hasta mañana.

Joanie abrió, sorprendida, sus enormes ojos azules.

— ¡Oh! Hasta mañana — le sonrió— ¡Que te lo pases bien!

Donna estuvo a punto de echarse atrás al oír aquello. Sabía que estaba cometiendo una locura, la mayor locura de toda su vida, pero algo en su interior le dijo que siguiera adelante, la incitó a probar la fruta prohibida, a montar a ese semental salvaje que era su acompañante.

Capítulo Uno

El niño se echó a llorar en sus brazos. Donna se echó al bebé de Susan y Hank sobre un hombro y se puso a canturrearle al oído. Luego, sintió un dolor en la espalda, cosa normal en su avanzado estado de embarazo y después de haberse pasado el día de pie. Pero no le importaba porque la razón había sido que una de sus mejores amigas, Susan Williams, había contraído matrimonio con el hombre de sus sueños, con el único hombre del que había estado verdaderamente enamorada, con el padre de su hijo. Donna no pudo evitar suspirar cuando vio cómo la pareja feliz cortaba el pastel de boda.

Justo en el momento en que Susan le metía un trozo de tarta en la boca a Hank Bishop, Tallie, la hermana de él, se puso a gritar desde el pasillo.

—¡Oh, Dios, Jake! ¡No puedo creerme que seas tú de verdad! Después de tantos años... —dijo Tallie— Has llegado tarde a la ceremonia, pero el banquete acaba de comenzar.

— ¿Quién iba a pensar que nuestro hermano mayor asistiría a vuestra boda?

—repuso Caleb Bishop— Menuda sorpresa y más después de que no viniera ni a la boda de Tallie ni a la mía.

— Bueno, en cualquier caso es perfecto, ¿no te parece? —intervino Susan—

¿Cuánto hacía que no os juntabais todos los hermanos?

— Unos dieciocho años —respondió Hank, soltando la cintura de Susan para recibir al recién llegado.

Donna Fields se quedó helada cuando vio entrar en el salón a la persona a la que habían llamado

Jake y que, al parecer, era el hermano mayor de Caleb y Hank. ¡No podía ser cierto! Era sencillamente imposible.

De pronto, sintió que se le iba la cabeza. La habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor. Pero no podía desmayarse y menos cuando tenía al pequeño Lowell Bishop en sus brazos.

Donna llamó a Danny Bishop, el hijo de doce años de Caleb.

— Danny, ocúpate de Lowelll por un rato. Tengo que ir un momento a la cocina.

— Claro, Donna — el chico tomó al pequeño en sus brazos.

— Si se pone a llorar, dáselo a tu tía Tallie.

— Así lo haré — respondió él.

Donna sintió deseos de huir de allí a la carrera. Pero, desgraciadamente, en su estado no podía correr. Estaba tan gorda como un barril. El doctor Farr le había dicho que si el parto no era al día siguiente a más tardar, tendría que provocárselo. Y ella se moría de ganas por tener a su preciosa niña entre los brazos.

Donna se dirigió a la cocina sonriendo y saludando a la gente que

se encontró en su camino. Una vez llegó a su destino, cerró la puerta detrás de ella y trató de respirar hondo para calmarse. Tenía que salir inmediatamente de esa casa. Tenía que alejarse del hermano mayor de los Bishop. ,Por qué tenía que haberse presentado precisamente ese día cuando llevaba dieciocho años sin aparecer? Además, nadie lo esperaba en la boda. Pero allí estaba él y Donna se preguntó por qué de todos los hombres del planeta tenía que ser él.

También podían haber sido imaginaciones suyas y que Jake Bishop solo se pareciese a ese J.B. al que había conocido en Nuevo Méjico. Lo cierto era que no se había podido olvidar de él durante los nueve meses que siguieron a su despedida en el aeropuerto. Y más después de descubrir que la había dejado embarazada a pesar de las precauciones que habían tomado.

«Tienes que volver ahora mismo al salón para asegurarte. Tienes que saber si Jake Bishop es el mismo hombre que J.B., el hombre al que conociste en el Blue Bonnet Grill».

Al volver al salón, vio que el hombre estaba de espaldas a ella. De ese modo, pudo observar detenidamente su musculoso cuerpo. Luego, se fijó en que era de pelo moreno y en que llevaba unas botas de piel de serpiente. Desde luego, de espaldas, era idéntico a J.B.

Y al oír su risa, a Donna se le encogió el corazón. ¡Oh, Dios! Esa risa era inconfundible. Luego, el hombre se giró ligeramente, de manera que ella pudo ver su perfil y pudo estar segura de que no había sufrido ninguna alucinación. Jake Bishop y

J.B. eran la misma persona. Donna permaneció unos segundos inmóvil, sin poder apartar la vista de él. Hasta que, de repente, encontró la solución: tenía que marcharse inmediatamente si no quería que él la descubriera. Pero tenía su bolso y sus llaves arriba, en el dormitorio de Susan. Tendría que encontrar el modo de subir sin que nadie la viera. La casa estaba llena de invitados, pero no 7

tenía otra alternativa. Además, quizá si agachara la cabeza, J.B. no la reconocería. Después de todo, cuando se vieron, ella pesaba mucho menos y tenía cintura.

Al pasar por la puerta de la cocina, le dio otro de aquellos dolores y tuvo que detenerse para que se le pasara. Cuando desapareció, Donna dio un suspiro profundo, miró rápidamente en la dirección de J.B. y agachó la cabeza al ver que él la miraba. Cruzó la habitación tratando de pasar inadvertida y con una extraña sensación.

— ¡Oh, no!

Su cuerpo la traicionó. Notó un líquido bajarle por las piernas y supo que había roto aguas. Así que se quedó quieta, sin saber qué hacer.

— ¡Dios mío! — gritó Tallie— . Donna ha roto aguas. Llamad al doctor Farr.

En unos segundos, Donna fue rodeada por Susan, Sheila y Tallie Bishop Rand. Luego, se puso a rezar en silencio para que él no la descubriera, pero sus súplicas no fueron atendidas.

— ¿Donna? — la voz de J.B. sonó como un trueno— . ¿Donna, eres tú?

Jake se acercó a grandes pasos, los ojos entornados y la mandíbula apretada. Separó al trío de mujeres y miró a Donna, que lo miraba a su vez con esos ojos de color ámbar que él recordaba tan bien. ¡Era ella! Era «su» Donna del Blue Bonnet Grill. La mujer que se había rendido a sus brazos una y otra vez durante aquel largo fin de semana, nueve meses antes. ¡Nueve meses! El hombre miró el pálido rostro de Donna y luego su vientre enorme.

— ¿Qué te pasa, Jake? — preguntó su hermana Tallie, tratando de apartarlo

— . Donna acaba de romper aguas y hay que llevarla al hospital.

— Estás embarazada — dijo el hombre sin apartarse.

Ella no contestó, sino que se limitó a hacer un movimiento afirmativo.

— ¿De nueve meses? — quiso saber, a pesar de que era evidente.

Ella asintió de nuevo.

— ¿Te quieres apartar? — insistió su hermana— . Esto no es asunto tuyo.

Déjanos a nosotras.

— Así que es mío — aseguró Jake con una voz profunda que hizo eco en el salón.

Donna notó que un nuevo dolor le bajaba por la espalda. Miró a Jake y tomó aire.

— Sí.

— ¿Qué? — dijo Tallie, mirando a ambos.

Jake apartó a las mujeres y levantó a Donna en brazos. Esta, con el vestido mojado, rodeó el cuello de él con un brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

— Tomé un taxi desde el aeropuerto, así que nos tendrá que llevar alguien al hospital — comentó Jake, pasando entre una nube de curiosos hacia la puerta.

Sus hermanos y esposas lo siguieron, murmurando entre ellos y tratando de entender lo que habían oído.

— Podemos ir en mi camioneta — sugirió Susan, volviéndose hacia su marido

— . Ve a por las llaves y tráete a Lowell contigo. Tendrá hambre en seguida.

Cuando Hank regresó a la casa, el hermano menor, Caleb, puso una mano sobre el hombro de Jake, haciéndole detenerse.

— ¿Te importa decirnos qué pasa? Estamos un poco sorprendidos.

— ¿Que estáis sorprendidos? ¿Y cómo crees que me siento yo, que he venido a la boda de Hank y me encuentro con una mujer que... ?

Donna soltó un grito de dolor.

— Por favor, daos prisa y llevadme al hospital. Estoy segura de que estoy de parto y este niño no va a esperar a que discutáis si estáis sorprendidos o no.

La esposa de Caleb, Sheila, abrió la puerta de la camioneta. Jake entró y colocó a Donna en su regazo. Ella trató de apartarse, pero él la agarró con fuerza.

— ¿Qué te parece si me explicas algunas cosas? dijo el hombre en voz baja.

— ¿Qué hay que explicar? — contestó ella, levantando la barbilla en gesto de desafió.

El miró significativamente a su vientre.

— Ese niño es mío, ¿verdad?

Ella trató de soltarse nuevamente, pero no pudo.

— ¡El niño es mío! No pensé que volviera a verte nunca. No sabía que eras Jake Bishop. Si lo hubiera sabido, nunca habría... — la mujer bajó la voz— . ¿No te das cuenta de que tu aparición aquí lo complica todo? Yo había contado que me había casado y me había separado al poco tiempo, y que el padre de mi hijo se había marchado para siempre.

—¿Por qué no trataste de ponerte en contacto conmigo para decirme que iba a ser padre?

— ¿Cómo iba a hacer eso? Ni siquiera sabía tu apellido.

— Podías haber...

— Disculpad —interrumpió Caleb, ayudando a subir a la camioneta a Susan y Sheila— Podemos irnos.

Tallie corrió a la camioneta con su marido, Peyton, metió la cabeza dentro y miró al asiento trasero.

— Peyt y yo os seguiremos en nuestro coche y antes de que Donna tenga el niño, creo que tendrás que darnos una explicación a todos — al decirlo, señaló a Jake.

Donna gritó de nuevo. Yen ese momento, pensó que todo tenía que ser una pesadilla, que no era posible que estuviera a punto de dar a luz a un hijo de Jake.

El hijo que había llevado dentro durante nueve meses era suyo y solo suyo.

Nunca se habría imaginado que el padre apareciera de nuevo en su vida. Y, desde luego, jamás se le habría ocurrido que ese hombre fuera el hermano y cuñado de sus tres mejores amigas.

Ella había oído muchas veces mencionar a Jake Bishop, el hermano mayor de la familia. El hermano que se había ido hacía dieciocho años y no había vuelto jamás. Ni siquiera cuando murió su abuelo.

Tampoco había ido a la boda de sus hermanos ni se había presentado cuando Caleb sufrió un grave accidente.

Entonces, ¿por qué demonios había decidido aparecer en la boda de Hank y Susan?

Donna no se sentía cómoda en el regazo de Jake, pero él había dejado claro que no iba a dejarla marchar. La muchacha miró su rostro, esperando ver cierto apoyo, pero él tenía una expresión hermética que no dejaba traspasar ningún sentimiento.

J.B., perdón, Jake —la mujer se aclaró la garganta—, ¿Por qué has vuelto?

— Sí, ¿por qué? —repitió Caleb, volviéndose.

— He venido a la boda de Hank.

— ¿Y por qué no viniste a la mía o a la de Tallie? —insistió Caleb.

— Bueno, para ser sincero, estoy pensando en volver a instalarme en Tennessee —admitió Jake— He hablado con el viejo Henry para comprarle el rancho. Si nos ponemos de acuerdo, me mudaré allí.

Hank dio un golpe en el volante.

— Parece que al final todos los hermanos Bishop vuelven a sus raíces.

Donna gimió. Jake Bishop se iba a vivir allí! Ella no soportaría vivir cerca de él. ¿Qué pasaría si él decidía jugar un papel importante en la vida de Louisa Christine? Apenas lo conocía, pero estaba segura de que aquel vaquero no sería un buen padre.

«Eso deberías haberlo pensado antes de acostarte con él», le dijo una voz interior.

— ¿Por qué no nos lo explicas todo de camino al hospital? —sugirió Sheila—

Es evidente que los dos os conocéis y que... bueno, ¿nos equivocamos al pensar que Jake es el padre de tu hija?

— Creí que nos habías dicho que no conocías al hombre con el que habías pasado el fin de semana —intervino Susan, que tenía al pequeño Lowell en sus brazos.

— ¡Y no lo conocía! Lo único que sabía era que sus amigos lo llamaban J.B., pero yo no sabía que fuera Jake Bishop.

Caleb se rascó la mandíbula.

—Empecemos desde el principio. Donna y Jake se conocieron en... alguna parte... hace nueve meses y luego se casaron y se divorciaron sin saber sus verdaderos nombres... Lo siento, pero me parece absurdo.

— No nos casamos —dijo Donna, mirando a Jake.

— Ah, solo os acostasteis juntos y luego os separasteis. Pero Donna se inventó lo de la boda y el divorcio — dijo Hank.

— En principio, no iba a verlo nunca más — explicó Donna— . Solo fue una aventura de un fin de semana y no sabía, por supuesto, que iba a quedarme embarazada accidentalmente.

— ¿O sea, que usaste preservativo? — intervino Caleb, mirando a su hermano mayor.

— Esta conversación está tomando un rumbo demasiado personal —

interrumpió Donna. Inmediatamente después, dio un grito.

—¿Cuánto falta para el hospital? — preguntó Jake, poniendo la mano sobre el vientre de Donna. — En seguida llegaremos — dijo Hank.

Donna agarró con fuerza la mano de Jake hasta que el dolor se le pasó.

Luego, lo miró con un gesto de alivio.

— ¿Te duele mucho, cariño?

— No tienes idea.

Por un momento, Donna se alegró de que el padre de su hija estuviera con ella, consolándola y tratando de darle ánimo. Pero el momento pasó en seguida y 10

bajó de nuevo a la realidad. Ella no conocía a ese hombre y no sabía a ciencia cierta cómo influiría su presencia en la vida de ella y su hija.

— Hemos llegado — anunció Hank, deteniéndose frente a la entrada de emergencia.

Caleb salió rápidamente y abrió la puerta para que Jake bajara con Donna en sus brazos. Jake entró al hospital como una exhalación, sin detenerse en recepción, y corrió en dirección a la primera persona que vio con traje de enfermera.

— Está de parto y necesitamos ayuda inmediatamente.

— Señor, si su esposa está de parto, tiene que llevarla a la sala de admisión

— explicó la enfermera— .

Después de que sea admitida, la llevarán a una habitación para que el doctor la vea.

— La llevaré donde la atiendan ahora mismo. Los papeles de admisión se rellenarán después — contestó Jake en tono amenazante.

La enfermera retrocedió y Donna se tapó la boca, reprimiendo una risita. La pobre enfermera se había quedado pálida y pareció que sus ojos iban a salírsele de las órbitas.

Tallie, Peyton y Sheila fueron corriendo detrás de Jake y Donna. Tallie agarró el brazo de Jake y la enfermera dio un respingo, como si pensara que aquel vaquero fuera a golpear a la mujer que se había atrevido a tocarlo.

— ¿Qué pasa? — quiso saber Tallie.

— Hank nos ha traído a la puerta equivocada — intervino Sheila— . Tenemos que dar la vuelta y entrar por otra puerta para rellenar los formularios de admisión.

La enfermera dio un suspiro de alivio y luego sonrió débilmente a Sheila.

— Eso es lo que estaba tratando de decirle a... este caballero. Pero no parece querer cooperar.

— ¿Cooperar? ¡Donna está de parto! — exclamó

Jake. La enfermera volvió a retroceder y Tallie agarró con fuerza el brazo de su hermano.

— Estás asustando a... la señora Rivers — dijo, mirando el nombre que la enfermera llevaba escrito— . Hay ciertas reglas que tenemos...

Donna gritó en ese momento y el rostro de Jake se puso rojo. Entonces, miró a su alrededor y vio a alguien que parecía ser un médico.

— ¡Oiga, doctor! Llevo a una mujer que está de parto y necesitamos que la atiendan ahora mismo, no después.

— Doctor Keifer, he tratado de explicar a este hombre... — empezó la señora Rivers.

— ¿Es padre por vez primera? — quiso saber el hombre delgado y con gafas que se aproximó a Jake.

— Sí — replicaron tres voces femeninas.

El doctor Keifer esbozó una sonrisa y Jake gruñó al ver la reacción del hombre. El doctor puso una mano sobre el hombro de Jake.

— Soy Stan Keifer, señor...

— Jake Bishop.

— Señor Bishop, vamos a traer una silla de ruedas para la señora Bishop...

— el doctor se acercó a la sorprendida enfermera, que asintió y se dispuso a seguir sus instrucciones— . Ellos la llevarán a la habitación mientras usted vuelve a recepción a rellenar el formulario.

— Yo soy quien tengo que rellenarlo. El seguro está a mi nombre y...

— Dele a su marido la tarjeta del seguro — sugirió el doctor.

— ¡No es mi marido! — gritó Donna, volviéndose hacia Jake— ¡Y puedes dejarme en el suelo! Puedo caminar yo sola.

Jake la soltó, pero mantuvo un brazo alrededor de ella.

La enfermera regresó con una silla de ruedas y Donna se separó de Jake y se sentó inmediata— mente.

—Vayamos a recepción.

Jake se quedó en la entrada.

Tallie agarró la silla de ruedas y se giró hacia su hermano.

—Vamos a ver si ingresan a Donna antes de que tenga el bebé en el vestíbulo.

Jake se sintió como un tonto. No sabía qué había que hacer en ese tipo de situaciones. Lo único que quería era ayudar a Donna, la mujer que iba a dar a luz a su hijo. El hecho de saber que iba a ser padre lo

había dejado impresionado. Lo último que se había esperado al acudir a la boda de Hank era encontrarse con que una mujer con la que había hecho el amor una noche, nueve meses atrás, iba a tener un hijo suyo.

—Bueno — dijo Tallie con tono impaciente— , ¿vas a venir con nosotros o qué?

Jake, en silencio, comenzó a seguir a su hermana y a Donna junto a Peyton y Sheila.

Un cuarto de hora más tarde, los Bishop se encontraban instalados en la suite de Donna. Jake permaneció en silencio en un rincón, sin querer contestar las preguntas que le hicieron sus dos hermanos pequeños. Afortunadamente, pensó, su hermana estaba ocupada con Donna porque de otro modo tendría que haberse sometido a su interrogatorio y Tallie era una mujer muy tenaz cuando quería averiguar algo.

Jake observó con gesto curioso cómo las enfermeras preparaban a Donna para el parto. Antes de que entrara toda la familia, la habían puesto una bata de algodón y la habían conectado a un dispositivo electrónico que conectaba con un monitor que permitía ver al feto.

— ¡Doctor Farr! — Donna le dio la mano al médico de mediana edad que entró en la habitación.

El doctor le tomó la mano y se la apretó cariñosamente, sonriéndole a la vez.

— Parece que no vamos a tener que provocarle el parto finalmente. Me alegro de que esta jovencita haya decidido salir al mundo antes de hacerse más grande. No nos gustaría que diera a luz a un bebé de once libras, ¿verdad?

— ¿De once libras? — preguntó Susan.

— La verdad es que los bebés de los Bishop suelen ser grandes — comentó Sheila— . Danny pesó casi diez libras y solo Dios sabe cuánto pesará este pequeño — añadió, tocándose el vientre.

— Sí, y el mío pesó algo más de nueve libras también — dijo Tallie y luego se volvió hacia Jake— . Y como el padre de esta pequeña es un tipo tan grande, no será fácil que pese menos de diez libras.

Jake hasta ese momento no sabía que sería niña, así que su mente comenzó a dar vueltas mientras la enfermera informó a toda la familia que tendrían que salir de la habitación mientras el doctor Farr examinaba a Donna.

Jake nunca había pensado seriamente en tener hijos, pero las pocas veces que había jugado con la idea, se había imaginado que su hijo sería un varón.

Además, eso parecía lo más habitual en la familia Bishop. Caleb tenía un hijo; Tallie, dos; y Hank, otro niño.

El ni siquiera se podía imaginar siendo padre de un chico, así que de una niña... Eso sí que no. Para cuidar a una niña había que ser muy

cariñoso y tierno, y más siendo hija de Donna. Seguro que la niña sería tan educada como la madre y Jake no tenía ni idea de cómo tratar a ese tipo de mujeres.

El doctor Farr salió al vestíbulo poco después y se quedó mirando a los siete adultos que estaban allí.

— El parto parece que se está desarrollando rápidamente. Creo que no tendremos que esperar mucho. Sheila, creo que como instructora del parto deberías acompañar a Donna en estos momentos.

Sheila dirigió la mirada hacia Jake.

— Creo que es el padre de la niña quien debería estar presente en el parto.

— ¿El padre? —preguntó el doctor Farr— No sabía que Donna estuviera en contacto con el padre de la niña.

—Ahora sí lo está —dijo Tallie— El padre está aquí mismo —añadió, señalando a su hermano mayor—, y es de esa clase de hombres que no tienen miedo a enfrentarse a cualquier situación.

—Yo soy el doctor Farr, ¿señor... ?

— Jake Bishop.

—¿Es usted el hermano de Hank y Caleb? —preguntó el doctor.

—Así es.

—¿Y es usted el padre de la niña?

— Eso creo.

— ¿Quiere usted estar presente en el parto?

— Eh... sí, quiero estar con ella —contestó él sin saber si podría aguantarlo, pero sabía que los niños necesitaban tener un padre y él estaba dispuesto a aceptar esa responsabilidad. No quería que aquella niña le pasara lo mismo que a sus hermanos y a Tallie.

Jake siguió al doctor Farr hasta el cuarto de Donna. Las enfermeras se volvieron y se quedaron mirándolo fijamente.

— Es Jake Bishop —le presentó el doctor—, el padre de la criatura.

Las enfermeras le sonrieron y se echaron a un lado para hacerle sitio junto a la cama.

— ¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó Donna— ¿Dónde está Sheila?

— Parece que todo el mundo piensa que debo estar presente en el parto —

replicó Jake.

— No veo por qué.

—Porque es nuestra hija —dijo Jake, tomando la mano de Donna y llevándosela a los labios.

Ella frunció el ceño.

—Si ni siquiera sabías de su existencia hasta hace unas pocas horas. Así que no tienes ningún derecho a reclamar la paternidad de la niña. No eres la persona adecuada para ser el padre de Louisa

Christine.

Jake besó la mano de Donna y luego se sentó en una silla.

—Louisa Christine me parece un nombre demasiado rimbombante para un niña. Sería mejor que la llamáramos Christy o Lou.

Donna apartó la mano de él.

— Nada de eso. Le he puesto ese nombre en honor de mis dos abuelas y su nombre de pila será Louisa.

— Muy bien, puedes llamarla como desees.

— No me des órdenes, J.B. ¡Maldita sea! Quería decir, Jake.

— No me importa que me llames J.B.

— Pero es que no te llamas así. Además, si la noche en que nos conocimos, me hubieras dicho que tu nombre era Jake Bishop, ahora no nos encontraríamos en esta situación.

Jake se inclinó sobre ella y le acarició el rostro.

— ¿Estás segura? Por lo que recuerdo, solo un milagro podría haber evitado que aquella noche pasara lo que pasó.

— Porque tú… tú… — balbució Donna furiosa.

— Tranquilízate, ¿qué pensará esta gente del lío que estamos montando?

Donna se quedó mirando a las enfermeras, que fingían no estar atendiendo a la conversación de ellos.

— En este momento me da igual lo que pueda pensar nadie.

El doctor Farr se acercó a Jake.

— ¿Está usted preparado para ser padre, señor Bishop?

¿Estaba preparado? ¡Diablos! Seguramente, no. El había sido siempre la oveja negra de la familia y se había pasado toda su vida rehuyendo de sus obligaciones. Así que lo último para lo que él estaba preparado era para ser padre.

Pero preparado o no, iba a serlo. Y todo había ocurrido de un modo completamente inesperado.

Jake se puso en pie, se inclinó sobre Donna y la besó en la frente.

— Me quedaré al parto, te guste o no.

Donna agarró la mano de Jake y el se la apretó firmemente. Sus ojos se encontraron durante breves instantes.

— Está bien, me alegro de que quieras quedarte — admitió Donna, cambiando repentinamente de opinión— . Quédate a mi lado, Jake.

Capítulo Dos

Siguiendo las instrucciones del doctor Farr, fue Jake quien cortó el cordón umbilical. El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho de la alegría que lo invadió.

— ¿Qué te parece tu hija? — le preguntó el doctor Farr a Donna mientras la enfermera enseñaba la recién nacida a su madre— . Es una niña preciosa.

Jake dio un paso atrás, respiró hondo y se quedó observando a la mujer que había dado a luz a su hija. Incluso después del parto y sin maquillaje, era una mujer guapísima. Tan guapa, que la imagen de ella y su hija le conmovió profundamente.

Las mejillas de Donna se llenaron de lágrimas.

— ¡Oh, si es preciosa!

— Se parece a su padre — dijo una de las enfermeras— . Ese pelo negro y esos enormes ojos marrones delatan su procedencia. No es normal que un bebé tenga los ojos tan oscuros.

A Jake se le formó un nudo en la garganta al ver que ese pequeño bulto sonrosado que tenía la enfermera en sus brazos se le parecía tanto. Sin duda, la pequeña era una Bishop.

La enfermera lavó a Louisa Christine y la secó. Y luego la pesó y midió.

— Pesa nueve libras y cinco onzas, y mide veintiuna pulgadas. Es toda una chicarrona.

La enfermera arropó a la niña con una manta de color rosa y le puso un gorrito de algodón. Jake observó entusiasmado cómo su hija abría la boquita y comenzaba a llorar.

— Parece que tiene buenos pulmones, ¿verdad, doctor? — comentó Jake.

El doctor Farr asintió mientras las enfermeras se reían.

— ¿Por qué no sales y les dices a todos que la niña y yo estamos bien? — le preguntó Donna a Jake.

— Claro.

— ¿Volverás después de hablar con ellos?

Jake se quedó parado. Luego, se acercó a la cama y apartó varios mechones de color canela de la frente de Donna.

— No voy a dejarte sola, cariño. Estaré a tu lado siempre que me necesites.

Ella sonrió débilmente, sin terminar de creerle. Jake pensó que, al fin y al cabo, no tenía por qué confiar en él, ya que apenas se conocían.

— Y ahora, voy a contarles a todos que ya hay una nueva Bishop en el mundo — dijo Jake, encaminándose hacia la puerta. Justo antes de salir, se detuvo y se dio la vuelta— . Por cierto, tendremos que casarnos, ¿no te parece?

Y sin darle a Donna la oportunidad de responderle, salió fuera, cerrando la puerta tras él. El clan de los Bishop se echó sobre él de inmediato, bom-bardeándole a preguntas.

— Tranquilos — dijo Jake, riéndose— , tanto la madre como la hija están bien. La niña es indudablemente una Bishop porque es un bebé enorme y chilla tanto como su tía Tallie.

Tallie le dio un puñetazo en el hombro.

— Ya está el listillo.

— ¿Cuándo podremos verlas? — preguntó Sheila.

— Tan pronto como acaben con Donna, supongo — contestó Jake.

— Bueno, así te dará tiempo a explicarnos todo — dijo Tallie— . ¿Se puede saber cómo nuestra amiga Donna se había quedado embarazada de ti y nadie sabía nada?

Hank y Caleb se echaron a reír, pero las mujeres de ambos les lanzaron una mira recriminatoria y se callaron de inmediato.

Peyton Rand abrazó a su mujer.

— Tallie, cariño — le dijo— , parece evidente que hace nueve meses Jake y Donna hicieron el amor. Y por lo que le he entendido a Susan, ninguno de los dos le dijo su apellido al otro.

—¿Es eso cierto? — preguntó Tallie.

— Sí — admitió Jake— , Donna y yo pasamos un fin de semana juntos, pero no teníamos pensado volver a vernos de nuevo. Creedme, yo fui el primer sorprendido cuando en la boda de Hank me la encontré y vi que estaba embarazada.

— Muy bien, ¿y qué piensas hacer ahora? — Tallie se cruzó de brazos y pateó el suelo con gesto impaciente.

— ¿Qué crees tú que debería hacer, hermanita?

— Creo que deberías casarte con Donna hoy mismo. Has sido un irresponsable toda tu vida, pero ya tienes treinta y seis años y ya es hora de que sientes cabeza. Ahora que eres padre, se supone que...

— Déjale respirar — intervino Caleb— . No sé por qué, me da la impresión de que Jake va a hacer esta vez lo correcto, sin necesidad de que lo sermonees.

— Jake no debería casarse con Donna solo por obligación — opinó Sheila— .

El matrimonio se basa en el amor que siente cada cónyuge por el otro y en la promesa de que será una unión para toda la vida.

— Pero también hay que pensar en la pequeña LC — comentó Susan.

Jake solo entonces, al oír las opiniones de sus familiares, comprendió la responsabilidad que recaía sobre él. Había una niña que necesitaba un padre y una dama que debía salvar su reputación.

Pero el problema residía en que él no sabía nada de cómo era Donna. Ni siquiera sabía cómo se apellidaba. Aunque era cierto que si

era amiga de su hermana y de su cuñada, debía querer decir que era una buena chica. Además, era evidente que era toda una dama. Y eso era lo que iba a hacer difícil que aceptara compartir su vida con un vaquero solo interesado en su rancho.

Pero Tallie estaba en lo cierto. El ya tenía treinta y seis años y quizá aquel fuera el momento de asentar la cabeza. ¿Y no era acaso ese el motivo por el que había ido a Tennessee? ¿No era acaso ese el motivo por el que había hecho una oferta al viejo Henry por su rancho? Lo cierto era que ya estaba algo cansado de ir de un sitio para otro, cansado de no tener un hogar, cansado de estar solo...

El doctor Farr salió en aquel momento de la habitación de Donna.

— Ya pueden entrar — puso una mano sobre el hombro de Jake— . Me alegro de que estuviera usted al lado de Donna durante el parto.

La familia Bishop se echó inmediatamente sobre la cama de Donna.

Tallie se acercó a la recién nacida.

— ¡Oh, que guapa es! Y cómo se parece a Jake... Jake sintió ganas de huir de allí.

«Reconoce que no estás preparado para esto», se dijo en silencio. «¿Qué clase de padre serías para la niña? No sabes nada acerca de bebés. Así que lo mejor que puedes hacer es dejar tranquilas a la hija y a la madre y salir de sus vidas para siempre».

— ¿Todavía no la has tenido en tus brazos, Jake? — le preguntó Tallie— .

Anda, ten a tu hija.

Jake dudó un momento mientras todos lo miraban. Entonces, se obligó a acercarse a la niña y con manos temblorosas la tomó en sus brazos como si la pequeña fuera de cristal. Luego, se quedó mirando fijamente a su hija con gesto tenso. Finalmente, no lo aguantó más y se la devolvió a Tallie.

— Anda, tómala antes de que se me caiga.

Tallie se echó a reír mientras agarraba a la niña de nuevo y se la llevaba para que la vieran sus otras dos tías. Las tres mujeres formaron un buen alboroto alrededor de LC. Todavía le seguía sonando raro un nombre así para una niña tan pequeña. Preferiría llamarla Christy, pero suponía que Donna no se lo permitiría.

«En cualquier caso, ¿qué más da como te gustaría llamarla?», le preguntó una voz interior. «Si lo más seguro es que salgas de la vida de estas dos mujeres, a menos que te cases con ella... ».

Jake se quedó mirando cómo Donna tomaba a la niña en sus brazos. Madre e hija formaban un cuadro perfecto.

Susan acercó la niña a su hijo.

— Lowell, te presento a tu prima, Louisa. Seguro que vais a ser buenos amigos.

— Creo que ahora deberíamos dejar un rato a so— las a la madre y

al padre

— sugirió Hank— . Mañana vendremos a hacerles otra visita.

— Mañana por la tarde ya podré irme a casa dijo Donna— . El doctor Farr me ha dicho que no existe ninguna razón para que estemos ingresadas más de un día. Así se hace ahora en la mayoría de los hospitales.

— Entonces, iremos a visitaros a tu casa mañana por la noche — dijo Sheila

— . Yo llevaré la cena y Susan y yo podemos ayudarte a que te instales.

— Gracias, sois muy amables — Donna acarició la mejilla sonrosada de la pequeña Louisa— . He contratado a una niñera, pero no puede empezar a trabajar hasta la semana que viene.

¿Habría oído bien?, se preguntó Jake. ¿Una niñera? Si Donna podía permitirse pagar una niñera, eso significaba que debía tener un trabajo y que era por tanto una mujer independiente. Así que no lo necesitaba para sacar adelante a la niña.

Pero un bebé necesita a su padre no solo por motivos económicos, se recordó.

Jake esperó hasta que su familia se hubo ido para aproximarse a la cama de Donna, que estaba absorta observando a su hija. El se aclaró la garganta, pero ella lo ignoró. Entonces, él volvió a aclararse la garganta y ella levantó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

— Creo que deberíamos hablar, ¿no te parece? —dijo él.

— ¿De qué quieres que hablemos?

— De ti y de mí y de... nuestra hija.

— Mi hija, querrás decir, Jake. Si lo que te preocupa es que vaya a proponerte que aceptes tu responsabilidad, no te preocupes. Nunca he pensado en hacer nada parecido.

Jake notó que se acaloraba. El comentario de Donna había logrado sacarle de sus casillas.

— ¡Maldita sea! ¿Es que no te has parado a pensar que quizá yo quiera asumir mi responsabilidad? ¿Que a lo mejor quiero entrar a formar parte de la vida de mi hija?

Eso era precisamente lo que la preocupaba, que Jake Bishop decidiera hacer el papel de padre de la niña. Donna no quería que ese vaquero entrara a formar parte de la vida de Louisa. Después de aquel fin de semana en Plain City, había pensado que no lo volvería a ver en toda su vida. Porque una cosa era tener una aventura amorosa con él y otra muy distinta que tuvieran que compartir sus vidas.

—Sí, quizá lo haya pensado, pero no me gusta la idea —dijo Donna — Al fin y al cabo, no creo que seas el tipo de hombre al que le gusta atarse a una familia. Y

además, está el hecho de que tú y yo apenas nos conocemos.

— ¡Pasamos dos días y dos noches juntos! —gritó Jake.

Louisa se estiró en los brazos de su madre. Luego, comenzó a gemir.

— Calla, la estás asustando —Donna miró amenazadoramente a Jake —

Durante aquellos dos días y dos noches, no tuvimos una sola conversación decente.

— Cielo, tú no estabas más interesada en conversar que yo. Te di lo que querías. Una y otra vez.

— ¡Eres un machista y un egoísta! —replicó Donna, roja de ira.

Jake se acercó y puso la cabeza al nivel de la de ella, esbozando una sonrisa maliciosa. —Deberíamos casarnos cuanto antes.

— ¿Qué?

Louisa empezó a llorar y Donna la meció y consoló con palabras sin sentido.

Luego, miró a Jake.

— ¡Vete de aquí! No te necesito para nada. Y Louisa tampoco.

Jake acarició la cabeza de la niña. Era tan pequeña, que cabía en su mano.

— ¿Crees que es tan fácil deshacerse de mí? No voy a ir a ninguna parte hasta que no establezcamos unas reglas respecto a mi hija. Y te equivocas terriblemente si crees que ella no me necesita —tomó a la niña en sus brazos y la apartó de la madre. Jake tembló como una hoja y apretó al bebé contra su pecho

— Está bien, pequeña. Papá ya está contigo.

Donna miró al hombre impresionante que estaba apretando dulcemente a Louisa contra su pecho y, por un momento, no pudo respirar. La imagen del padre y la niña era conmovedora. La fuerza protegiendo a la debilidad. Un hombre cuidando lo que era suyo.

El interés que sentía Jake por su hija sorprendió a Donna. Ella había tratado de olvidarse de J.B. durante aquellos meses, aunque a menudo la habían invadido recuerdos de aquel fin de semana juntos. Después, al saber que su amante era 18

Jake Bishop, había rechazado la idea de que él pudiera jugar un papel importante en la vida de su hija.

Pero allí estaba, tan impresionante y enérgico como se había mostrado la primera noche que la había tomado en sus brazos en el Blue Bonnet Grill. La noche que ella se había vuelto loca y había sucumbido al placer. Había luchado nueve meses contra el recuerdo de aquel hombre, a pesar de que él había conseguido penetrar en su subconsciente. ¿Cuántas veces se había despertado excitada después de soñar con él? Incluso después de haber dado a luz, no podía negar la fuerte atracción que sentía por Jake. Y la delicadeza con que trataba a su hija la conmovía profundamente.

Jake, creo que deberíamos hablar sobre nuestra situación —admitió Donna, haciendo una seña para que se acercara.

Con la niña en brazos, el hombre se acercó y se sentó en la cama.

— No me gusta especialmente el nombre de Louisa Christine, pero siempre que su apellido sea Bishop, no me quejaré.

Donna apretó los dientes. ¿Qué había de malo en los nombres de sus abuelas?

— ¿Quieres que le ponga tu apellido?

— ¡Por supuesto que quiero! Es una Bishop y quiero que aparezca en el certificado de nacimiento.

— De acuerdo —aceptó Donna, pensando en que si ella cedía en eso, él podría ceder en otras cosas.

— Me voy a quedar aquí toda la noche contigo —afirmó Jake, mirando con cariño a su hija— Iré a casa de Hank a ducharme por la mañana y luego volveré para llevaros a ti y a esta preciosidad a casa.

— No es necesario... —cuando vio la forma en que Jake la miró, decidió que tenía que cambiar de técnica—. De acuerdo, puedes quedarte esta noche y luego llevarnos mañana a casa, pero cuando tu familia se vaya, después de cenar, espero que tú también te vayas.

—Voy a trabajar en el rancho del viejo Henry durante los meses siguientes.

Una vez que nos casemos, puedo ir allí cada día desde tu casa. Luego, cuando me venda el rancho, quiero que vayamos a vivir allí.

¿Vivir en un rancho? ¿Con caballos malolientes y un hombre al que apenas conocía? No lo tenía nada claro.

— En cuanto a lo de casarnos...

— Te daré un tiempo para que te acostumbres a la idea. Sé que tienes que recuperarte del parto y todo eso, así que podemos fijar la fecha dentro de unas seis semanas Jake esbozó una sonrisa traviesa— No creo que queramos malgastar nuestra noche de bodas.

Las mejillas de Donna enrojecieron violentamente. ¡Maldita sea, era demasiado mayor para ruborizarse! Pero la idea de pasar la noche de bodas con Jake era algo que le resultaba insoportable. Por mucho que tratara de olvidarse, no podía olvidar cómo habían hecho el amor el fin de semana más apasionado y salvaje de toda su vida. No conocía mucho a Jake Bishop, pero sabía que era, sin duda, un amante increíble.

— Acepto pensar en la posibilidad de casarnos en seis semanas, pero me temo que es imposible que tú vivas con Louisa y conmigo.

Jake levantó la niña, agarrándole la cabecita con cuidado.

— ¿Has oído lo que dice mamá? Dice que no quiere que viva con vosotras.

¿Qué dices tú, cariño?

Louisa empezó a gemir, como si hubiera entendido. Jake esbozó

una sonrisa.

— Dámela — ordenó Donna— Y borra esa estúpida sonrisa. La niña no ha querido decir nada. Seguro que necesita comer.

— ¿Comer?

— Sí, comer. Tengo que darle el pecho.

Jake sintió un estremecimiento. La idea de Donna amamantando a su hija provocaba en él un tumulto de sensaciones. Sorpresa, ternura, excitación y curiosidad.

— Mamá va a servirte la cena, muñequita— dijo, dándole la niña.

Donna gimió. ¡Qué forma de hablar más machista!

— Por favor, deja de llamarla muñequita.

— No me gusta el nombre de Louisa y ya me has prohibido llamarla Lou o Christy. Además, ella es mi muñequita y así voy a llamarla.

— De acuerdo, pero ahora vete — ordenó, haciendo un gesto de despedida—

. Vete a comer algo o a comprar cigarrillos.

— Tienes razón, debería comprar tabaco antes de que Hank y Caleb vuelvan

— se fue hacia la puerta, pero antes de salir se dio la vuelta— . Quizá compre chicles gigantes, ya que mis hermanos no fuman.

Donna dio un suspiro de alivio cuando Jake finalmente salió de la habitación.

Siempre que estaba cerca de él, se sentía como en un ciclón que la arrastraba lejos de casa. Ese hombre desprendía cierta energía primitiva que la abrumaba.

No podía permitirle que se hiciera cargo de su vida, ni que la empujara a un matrimonio que ella no deseaba, ni que destruyera la vida que había planeado para ella y su hija. Una vez que volviera a casa y recuperara su energía, se enfrentaría a él y le explicaría lo desastroso que sería un matrimonio entre ellos.

Era imposible que funcionara. Por lo que le habían dicho Hank y Caleb, Jake no era el tipo de hombre con el que se pudiera tener una relación duradera.

Tampoco parecía el padre adecuado para Louisa. Era mejor no tener padre a tener uno que fuera un mujeriego y un hombre incapaz de formar una familia y ser un marido devoto y fiel.

Jake sacó la tarjeta de crédito y se la dio a la vendedora de la floristería.

Sabía que si quería convencer a Donna para que se casara con él, tendría que cortejarla primero. El jamás había pensado seriamente en casarse. Siempre se había imaginado que se quedaría soltero, pero tener un hijo cambiaba las cosas.

Su padre había sido un holgazán inútil y su abuelo había sido una

persona fría y dura, pero él quería lo mejor para su hija. Su nenita se merecía un padre responsable y dedicado, un hombre que estuviera a su lado cuando lo necesitara.

Y la única manera de conseguirlo sería casándose con su madre.

No se engañaba a sí mismo en cuanto a las posibilidades de un matrimonio feliz. Donna no estaba enamorada de él ni él de ella, pero las noches que habían compartido habían sido, en cuanto al sexo, las mejores de su vida. Yeso era muy importante en una pareja. De todos modos, ya era mayor para soñar con una relación apasionada. Se contentaba con disfrutar de su hija y de la mujer que la había dado a luz.

— Lo llevaremos a la habitación de su esposa esta noche, señor Bishop —

dijo la muchacha rubia— . Le va a encantar este ramo de rosas de color rosa.

— Eso espero.

— Seguro — la muchacha esbozó una sonrisa provocadora— . Por cierto, enhorabuena. Me imagino que por el color de las rosas, ha sido una niña.

Jake esbozó una sonrisa amplia.

— Sí, ha pesado cuatro kilos, doscientos gramos y se parece a mí.

— Tiene mucha suerte. Será muy guapa.

— Gracias, me va a sonrojar — contestó Jake— . A propósito, ¿sabe por casualidad dónde hay una juguetería aquí cerca?

— Hay una en la segunda planta de este mismo centro comercial. Tome el ascensor y gire a la derecha cuando salga. Es la tercera tienda hacia ese lado.

— Gracias — Jake firmó el recibo y se guardó la tarjeta en el bolsillo. Luego, se tocó el sombrero y sonrió a la muchacha.

Media hora después, Jake había elegido algunos juguetes, había pagado y se dirigía al hospital. Cuando llegó, con un enorme oso de color rosa en una mano y dos muñecas en la otra, se encontró a sus hermanos.

— Parece que el orgulloso papá ha estado de compras — dijo Caleb al verlo.

— ¿Dónde está tu mujer? ¿Y Tallie y Peyton?

— Peyton ha tenido una emergencia y ha tenido que ir a Nashville —

contestó Hank— . Tallie ha ido con él. Me ha pedido que os diga que volverán para el bautizo o la boda.

— Sheila y Susan están dentro con Donna. Están admirando las rosas que le has enviado. Creo que están tratando de convencer a la madre de tu hija de que no eres tan mal tipo.

Una enfermera regordeta llegó en ese momento empujando un

carrito y, antes de entrar, se volvió hacia ellos.

— ¿Quién es el padre?

— Yo — contestó Jake.

— Pues está invitado junto con su esposa a una cena de parte del Marshallton Women's Center — abrió la puerta y entró con el carrito.

— ¿Una cena? — repitió Jake, siguiendo a la enfermera.

Se detuvo en seco al ver a Donna sentada sobre varias almohadas. Se había peinado y recogido el pelo sobre la cabeza. Le caían algunos mechones rizados por la cara, que también se había maquillado ligeramente. También se había pintado los labios y los ojos. En cuanto a la ropa, llevaba una bata rosa de satén.

Era la mujer más guapa que hubiera visto nunca. Un ángel de pelo castaño y con un cuerpo que tentaría al mismo diablo. Estaba todavía un poco hinchada, pero la redondez de su cuerpo y su rostro no disminuían su atractivo.

Quizá no supiera mucho de la madre de su hijo, pero sí sabía una cosa: cuando la miraba, se volvía loco. Y por el modo en que lo miró, pensó que a ella le pasaba lo mismo. La sonrisa de su rostro se desvaneció, abrió muchos los ojos y separó los labios. ¡Maldita sea! ¡Cómo deseaba besarla!

Donna, por su parte, al ver a Jake Bishop allí en la entrada, guapo y orgulloso, sintió un escalofrío por todo su cuerpo. Era tan alto y masculino, tan peligrosamente atractivo, que no podía apartar los ojos de él.

— Hola, Jake.

Lo dijo con una voz tan débil y ronca, que deseó no haber dicho nada. ¿Se habría dado cuenta él? ¿Habría notado, por el modo en que había hablado, lo que ella era incapaz de disimular?

— Ya has venido — dijo Sheila— . Estábamos preguntándonos cuándo volverías.

—¿Qué llevas? — quiso saber Susan.

Jake levantó el oso y lo enseñó. Luego, lo dejó sobre una silla cercana a la cama de Donna. Después, con una muñeca en cada mano, fue hacia la cuna donde la pequeña Louisa estaba tumbada.

— Papá ha traído a esta niña un oso y dos muñecas. ¿Qué te parecen las muñecas, hija mía?

— Es demasiado pequeña para hablar — replicó Sheila.

— Señor Bishop, déme que las ponga en esta mesa, al lado de la cuna —

sugirió la enfermera— .

Luego, usted y la señora Fields pueden disfrutar de la cena.

— ¿No es una idea estupenda? —suspiró Susan— ¿Invitar al padre y a la madre a una cena en la habitación el día del parto? Hank y yo no tuvimos eso.

— Es una idea maravillosa —intervino Sheila— Vamos con nuestros maridos a ver si nos llevan a cenar, ya que hoy tenemos quien cuide a los niños.

— No tenéis por qué iros tan deprisa —dijo Donna.

— Te veremos mañana por la noche en tu casa —le recordó Sheila — Yo llevaré la cena, acuérdate.

Donna observó asustada cómo sus amigas salían de la habitación, junto con la enfermera, dejándola a solas con el único hombre de la tierra al que no quería a su lado. Jake la hacía comportarse irresponsablemente. Cuando estaba cerca de él, no pensaba correctamente. Nueve meses antes, había cambiado totalmente de personalidad al tomarla él en sus brazos y se había quedado embarazada. Y después de todo lo que ella había inventado sobre su breve matrimonio y divorcio, él volvía a su vida, exigiendo estar a su lado y al de su hija. ¿Qué iba a hacer? Tenía que conseguir que saliera de su vida antes de que, en un momento de debilidad, aceptara su propuesta.

Jake levantó las tapaderas de plástico que cubrían los platos.

—Esto tiene buen aspecto, cariño. ¿Por qué no coloco los dos platos en tu mesa y acerco una silla para mí?

«Vete», quiso gritar. «Déjame en paz. Deja de comportarte tan amablemente conmigo. No quiero que me gustes. No quiero que me parezcas irresistible. No puedo amarte, Jake Bishop. Ni ahora ni nunca. Nunca volveré a 22

amar. Ya amé una vez, para luego perder lo que amaba, y eso estuvo a punto de hacerme perder la vida. Así que no quiero volver a arriesgarme jamás».

Donna, incapaz de decir en alto sus pensamientos, lo miró en silencio mientras él colocaba los platos sobre la mesa y la acercaba a ella.

— Gracias por las rosas —dijo cuando finalmente pudo hablar— No deberías haberlo hecho. Me imagino que habrán sido muy caras.

—Nada es demasiado para ti, Donna. Además, no te preocupes por el dinero.

No soy un hombre rico, pero tampoco lo contrario.

— No, claro que no. No quería decir que...

— Te han gustado, ¿verdad? Eso es lo que importa.

—¿Jake?

— ¿Qué?

— No funcionará, lo sabes. Nuestro matrimonio fracasaría. Sería como mezclar agua y aceite. Me doy cuenta de que no sabemos apenas nada el uno del otro, pero tengo la sensación de que no tenemos nada en común.

— Tenemos varias cosas en común.

— ¿El qué?

— Lo primero de todo, una hija. Es hija tuya y mía.

— Bueno, eso sí, pero...

— ¡Y tenemos esto!

Al decirlo, y sin darle tiempo a que protestara, tomó su rostro entre las manos y la besó.

Cuando terminó, Donna apenas podía respirar.

— Sí —balbució, mirándolo con ojos soñadores— También está eso.

Entonces, lo agarró y lo besó tan apasionadamente como él momentos antes.

Capítulo Tres

De camino a casa de Donna, en una de las zonas más caras de Marshallton, Jake pensaba en lo muy distintos que eran los dos. No solo tenían vehículos muy diferentes, él conducía una furgoneta vieja que había comprado a Hank, sino que también la casa de ella no se parecía a la suya en absoluto. Aquella casa de dos plantas y estilo colonial, en la zona más lujosa de la ciudad, evidenciaba que tenía bastante dinero. Lo cual quería decir que no necesitaba que él la ayudara económicamente. El rancho de Henry que quería comprar no podía compararse a esa casa situada en Mulberry Lane. ¿Podría vivir Donna en el rancho, aunque lo remodelara?

¿Qué podía él ofrecer a una mujer que parecía tenerlo todo? Probablemente, nada.

El manojo de globos que Susan había atado a la parte trasera de la casa, se elevaba con la brisa nocturna. Sheila abrió la puerta, también decorada con un 23

enorme globo rosa, y todos entraron. El olor de la parrilla los recibió. Los hermanos de Jake salieron al vestíbulo, donde colgaba un cartel con el nombre de Louisa Christine Bishop. La cena se convirtió en una celebración por todo lo alto que Caleb y Hank grabaron en vídeo y vieron varias veces antes de marcharse aquella noche.

Jake miraba a su hija, dormida en la cuna ya.

«No puedo dar a tu madre nada que necesite o quiera. Pero, ¿y a ti, qué te puedo dar, muñequita? ¿Qué es lo que una niña pequeña necesita? > > Donna despidió a sus amigas, cerró la puerta y volvió a la sala donde Jake estaba observando a la niña dormida. Ella desearía que él no estuviera tan fascinado con la pequeña. Desde luego, no parecía el tipo de hombre que se conmoviera ante un niño, especialmente si era niña. Aunque, ¿qué sabía ella de Jake? Nada. Quizá él siempre hubiera querido tener una hija o quizá, al ver una niña pequeña, nunca hubiera podido evitar conmoverse.

— Estoy muy cansada, Jake. Creo que debería acostarme en seguida —

declaró sin acercarse. El la miró y esbozó una sonrisa.

—Llevaré la cuna a tu dormitorio si me enseñas el camino.

Donna vaciló.

— De acuerdo, pero yo llevaré a Louisa, porque está en la segunda planta.

Tú subirás la cuna. —Claro, no hay problema.

El hombre tomó a la niña y se la dio a Donna. Luego, alzó la cuna.

Donna subió las escaleras despacio, todavía no estaba del todo recuperada.

Jake no trató de subir más deprisa que ella y, cuando llegaron a la entrada, se detuvo en la puerta y dio un silbido. El dormitorio era tan

elegante como aquella mujer y de estilo muy diferente a las casas en las que él había vivido.

Donna se dejó caer en la cama y esperó a que Jake acercara la cuna, pero él no se movió. Se quedó en la puerta mientras observaba deslumbrado toda la habitación, desde el cabecero de estilo Luis XVI, hasta el elegante balcón que daba al jardín trasero.

Por la expresión de la cara de Jake, Donna imaginó que no estaba acostumbrado a los dormitorios decorados con muebles antiguos. Sin duda, la mayoría de las experiencias de Jake con chicas habían tenido lugar en moteles baratos.

«¡Como el motel en el que pasó contigo aquel fin de semana?», le dijo una voz interior.

— Por favor, deja la cuna aquí —indicó, haciendo un gesto con la mano—, al lado de la cama. Si la tengo cerca, no tendré que levantarme por la no— che para darle de comer o cambiarla.

Jake puso la cuna en el sitio que ella le había indicado y luego miró a Dona.

— Bueno, me imagino que yo no puedo darle de comer, pero creo que sí podré cambiarle el pañal... si me enseñas cómo.

Donna lo miró en silencio.

—No creo que sea necesario.

— Claro que lo es, Hank me ha dicho que necesitas descansar. Así que, estos días, yo la cambiaré.

— Que Hank ha dicho...

Donna se detuvo al darse cuenta de que Jake tenía la intención de pasar la noche con ella. Por eso no se había quedado Sheila, como habían planeado en un principio... en los tiempos felices, antes de que Jake volviera a la ciudad.

¿Cómo iba a decirle que no podía pasar la noche con ella? Tenía que conseguir que se marchara y llamar a Sheila, ya que necesitaría ayuda durante unos cuantos días, hasta que la niñera que había contratado comenzara a trabajar. Quizá podría llamarla para que comenzara antes.

J Jake, en realidad no hay necesidad de que te quedes aquí esta noche —dijo sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Vas a necesitar a alguien aquí hasta pasado mañana, hasta que tú y la muñequita os recuperéis un poco. ¿Y quién mejor que su padre para cuidarla?

J Jake, yo... bueno, ya sabes que estamos en Marshallton, Tennessee. Si te quedas aquí, la gente comenzará a murmurar y...

Jake soltó una carcajada.

—Cariño, ¿no crees que el estado entero estará murmurando que el renegado de Jake Bishop es el padre de tu hija? No puedes ser tan ingenua como para pensar que vas a poder ocultar algo así.

Donna dio un suspiro profundo. Jake tenía razón, claro. ¡Dios mío! ¿Qué iban a decir sus amigos y socios cuando descubrieran que el padre de Louisa era un vaquero machista y primitivo? Nadie, excepto Joanie Richardson, que se había ido a vivir a California, podía sospechar la verdadera historia de la concepción de su hija.

— De acuerdo, puedes quedarte esta noche en la habitación que hay al lado del vestíbulo, pero quiero que te vayas después del desayuno. Llamaré a la señora Winthrop para ver si puede comenzar mañana en vez de la semana que viene.

Jake frunció el ceño y, después de cambiar el peso del cuerpo de una a otra pierna, se aclaró la garganta.

— No vas a casarte conmigo, ¿verdad?

— No, Jake, no voy a casarme contigo —afirmó ella.

— No pertenezco a tu ambiente, ¿no es eso? —el hombre echó una ojeada a la habitación— Hank me ha dicho que eres profesora de universidad y que tus padres tienen mucho dinero. Supe, desde el primer momento, que eras una señora, pero nunca pensé que fueras de sangre azul.

— No es que crea que no eres suficientemente bueno para mí. Es solo que...

—Que no soy suficientemente bueno para ti.

—No, Jake, de verdad... Somos unos completos desconocidos, con pocas cosas en común... excepto Louisa y...

— ¿Una fuerte atracción sexual?

— Sí, algo así.

Donna se sentó en la cama y apartó la vista para que Jake no pudiera ver lo fuerte que era esa atracción.

Jake pensó que Donna parecía muy frágil con su bata azul de rayas y los ojos caídos. La mujer puso una mano en la boca y bostezó.

— Me voy a quedar esta noche y te ayudaré, si me dejas. Incluso un bruto como yo es capaz de cambiar de pañales o mecer a un bebé que llora.

— Vas a querer formar parte de la vida de Louisa, ¿verdad?

Donna solo había querido compartir responsabilidades con Edward, su marido, el hombre al que había admirado, respetado y amado.

— La idea de que yo comparta la responsabilidad te molesta, ¿verdad? Pero no puedes cambiar el hecho de que yo sea el padre. Quizá si yo no estuviera aquí, podrías fingir que el padre es alguien como tu marido fallecido, alguien con cultura y dinero, alguien de quien no te avergüences.

Donna se puso muy pálida.

— Me imagino que habrán sido Sheila o Susan quienes te han hablado de Edward, ¿no?

— Sí, me lo dijo Susan.

— Lo siento — dijo Donna— . Me imagino que no he tenido en cuenta tus sentimientos, pero debes en— tender que al llegar de improviso... estropeaste todos mis planes. Si quieres ser el padre de Louisa, estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo.

Jake se cruzó de brazos y asintió varias veces. — Me imagino que estás hablando sobre el derecho a verla y todo eso.

— Sí, me imagino que sí — Donna dio un suspiro— . Pero, ¿no podemos discutirlo por la mañana? De verdad que estoy muy cansada.

Y sin pensarlo, levantó una mano y la colocó sobre el brazo de él. En cuanto lo tocó, los músculos de Jake se tensaron y el calor del cuerpo masculino penetró en su mano y, de ahí, se extendió a todo su cuerpo.

Jake se volvió bruscamente y, al hacerlo, apartó la mano de ella. Luego, se agachó, y la ayudó a levantarse.

— Ve a ponerte el pijama y yo cuidaré de mi muñequita.

Donna murmuró entre dientes. Era evidente que Jake estaba decidido a usar ese ridículo apodo y ella no iba a poder hacer nada para evitarlo. O por lo menos, no esa noche.

— De acuerdo, gracias.

Se metió rápidamente al cuarto de baño y se quitó los pantalones y la blusa con la que había salido del hospital por la mañana. Luego, se puso el camisón suave de algodón que colgaba detrás de la puerta. Se abrochaba por delante y era parte de la ropa que había comprado durante el embarazo.

Después de ponerse las zapatillas blancas de satén y la bata de flores amarillas, salió. Lo primero que notó fue que todas las luces estaban apagadas, excepto una de la mesilla de noche. Lo segundo, que su cama estaba abierta. Lo tercero, que Jake se había quitado las botas y la camisa y estaba sentado en el sillón de estilo victoriano que había en un rincón del dormitorio. Louisa estaba sobre su pecho velludo.

Donna tragó saliva. Luego, dio un suspiro pro— fundo para tratar de calmarse. ¡Ese hombre había tomado posesión de su casa! Estaba parcialmente desnudo y había sacado a Louisa de la cuna. ¿Cómo se atrevía? ¿Quién creía que era?

«El padre de Louisa», le recordó una voz. «El padre de Louisa y tu amante».

El corazón de Donna dio un vuelco. ¿Cómo había podido suceder? ¿Cómo era posible que todos sus planes se hubieran desvanecido? Jake Bishop había aparecido y resultaba ser el misterioso J.B. Ahí radicaba el problema.

— Estaba llorando un poco, así que pensé que lo mejor que podía hacer era demostrarle que su padre estaba aquí y que no tenía nada

que temer — explicó sonriendo.

Donna notó que su estómago se contraía. «¡Basta! No dejes que su sonrisa y su cuerpo sexy te hagan bajar la guardia. Tú no quieres a ese hombre y tampoco lo necesitas», se dijo en silencio.

«Mentirosa», le recordó la voz interior.

— Tengo que cambiarle el pañal y darle de comer, así que necesito estar sola.

— Escucha, cariño, no tienes que tener vergüenza delante de mí — aseguró Jake, incorporándose y poniendo a Louisa sobre su hombro— . Ya te he visto desnuda, ¿recuerdas?

Donna se dio cuenta de que los vaqueros de Jake estaban desabrochados y un escalofrío recorrió su espalda al recordar el intenso placer que aquel hombre alto y fuerte había dado a su cuerpo.

— Sí, lo recuerdo, pero eso no quiere decir que puedas...

— Voy a quedarme a dormir contigo. No puedo serte de gran ayuda con la muñequita si me voy a dormir a otra habitación. Duermo profundamente y no te oiría, aunque me llamaras. Pero si me tocas, me despertaré inmediatamente.

— ¡Maldita sea! ¿No puedes dejar de llamarla muñequita? Se llama Louisa,

¿me oyes? ¡Louisa!

Mientras la mujer hablaba, Jake se entretuvo en observarla concienzudamente. Donna se había soltado el cabello y este le caía por la espalda y los hombros en mechones que parecían de fuego. Sus senos grandes e hinchados se elevaban y descendían cada vez que tomaba aire. Jake deseaba ver cómo amamantaba a su hija. Quería acariciarla y disfrutar de ella a solas.

— Vamos, enséñame a cambiar el pañal de Louisa — suplicó, pronunciando claramente el nombre de la niña— . Luego, nos acostaremos y, ya en la cama, puedes darle el pecho y dormirla después.

— ¡Tú no te vas a acostar conmigo!

— Sí voy a acostarme contigo.

— ¡No, no vas a hacerlo!

— ¿Quién va a impedírmelo?

— Llamaré a...

¿A quién demonios podía llamar? Imposible llamar a Hank o Caleb y, desde luego, tampoco podía llamar a ninguno de sus compañeros de trabajo.

— ¡Llamaré a la policía!

— No, no lo harás. Piensa en el escándalo.

— Si me tocas, te... mato.

Jake se puso en pie, cruzó la habitación y dejó a la niña en la cuna.

— Enséñame a cambiarle el pañal.

— ¿Me has oído? — exclamó Donna, poniéndose en jarras.

— Sé que no podemos tener relaciones sexuales hasta que te recuperes del parto de mi hija — replicó Jake mientras agarraba el paquete de pañales y sacaba uno— . Voy a dormir contigo, pero te prometo que no te tocaré. Cuando Louisa te necesite, yo la agarraré y te la daré.

Donna se quitó la bata y la puso a los pies de la cama. Luego, se acercó a Jake.

— Pon a la niña sobre la cama, boca abajo. El pijama se abre por aquí —

dijo, señalando la tira de velcro que cerraba en la cintura— . Ahora, le quitas el pañal que lleva y con una toallita húmeda de esta caja le limpias bien el culito, tiras la toallita y el pañal aquí — Donna señaló una papelera rosa y blanca que había en el rincón— , y después le pones un pañal limpio, se lo ajustas bien y lo cierras así — Donna dejó a Jake que terminara de hacerlo— . Es muy sencillo.

— Me imagino que un pañal sucio es más complicado, ¿no? — bromeó Jake.

Donna no sonrió. Estaba furiosa con él. Así que se quitó la bata, agarró a la niña y se metió con ella en la cama.

— ¿Tendrás la decencia de darte la vuelta mientras le doy el pecho? —

preguntó, comenzando a desabrocharse el camisón.

— Quiero verlo — dijo con una voz llena de sensualidad.

Donna se estremeció.

— Por favor, Jake, preferiría...

Jake se sentó en el borde de la cama y terminó de desabrocharle el camisón, lo abrió y miró el sujetador que Donna llevaba. Lo estudió un momento antes de alzar la vista y mirar el rostro de la mujer. Sus labios estaban separados y sus ojos, muy abiertos, fijos en sus manos. Las mejillas estaban rojas.

Jake tiró suavemente del automático situado entre ambos senos. Este se abrió y los pechos de Donna quedaron al descubierto.

Donna miró fijamente a Jake. Notaba dentro de sí un montón de sentimientos. Por una parte, que— ría gritarle, decirle que no tenía derecho a estar allí y menos a ponerle la mano encima; pero, por otra parte, quería compartir ese momento con él. Deseaba que él la mirara y la tocara y fuera un marido cariñoso y el padre que toda madre primeriza necesitaba a su lado.

¡Pero no era su marido! «Aunque podía serlo», le dijo una voz.

Tratando de evitar el examen de Jake, Donna levantó a Louisa hacia su pecho y la ayudó a que encontrara el pezón. Louisa lo chupó ávidamente durante unos minutos v se detuvo como si estuviera cansada. Donna cambió de posición a la pequeña y esta comenzó de

nuevo a mamar.

A Jake le parecía que no había visto una escena más bella en toda su vida.

Un hombre tenía que tener el corazón de piedra para no emocionarse al ver la imagen de su hija siendo amamantada.

Jake estaba todo lo excitado que un hombre podía estarlo, pero a pesar de esa excitación, se contentaba por el momento con estar allí. No solo Donna no lo había echado de la casa, sino que le había permitido que se quedara en la habitación. Incluso iba a dormir esa noche en la misma cama que ella. Era probable que Donna no supiera lo mucho que le había dado ya, aceptando eso. El se había dado cuenta, de manera visceral, que ella no quería que él se fuera. A pesar de lo que decía, él había visto el deseo que había en sus ojos, el deseo de 28

que el padre de su hija se quedara a su lado. Si ella hubiera insistido en que él se marchara, desde luego que se habría ido, pero no había insistido y él estaba muy agradecido.

El hombre se puso en pie, se quitó los calcetines y los vaqueros y se metió en la cama, al lado de Donna, en la parte donde estaba colocada la cuna de Louisa. Donna se quedó mirándolo mientras él buscaba una posición cómoda.

— Cuando haya terminado, me la das y yo la pondré en la cuna — dijo Jake

— . Si se despierta, la meceré, a menos que tengas que darle de comer.

— ¿Te importa apagar la lamparilla? Creo que será suficiente con la luz que entra por la ventana.

— Claro — contestó Jake, apagando y dándose la vuelta para continuar observado a la madre y la hija— . Gracias por dejar que me quede.

Donna se aclaró la garganta.

— Supongo que, en cierto modo, quería que te quedaras — admitió — . Pero eso no significa que vaya a casarme contigo ni que vayamos a tener una relación en el futuro.

— Aparte de la de ser los padres de Louisa.

— Exacto... aparte de la de ser sus padres. Diez minutos después, Donna alcanzó su hija a

Jake, quien, después de besarla, la metió en su cuna.

— Duerme bien, muñequita — dijo.

Luego, Jake dio la espalda a Donna y se tapó con las sábanas.

Donna se despertó al oír los gritos de Louisa y la ducha. Levantó la cara de la almohada y vio la puerta del baño abierta. Jake estaba allí, en la ducha.

¡Desnudo! Cuando terminara, abriría la puerta y saldría... desnudo.

Los gritos de Louisa continuaron y obligaron a Donna a volver la atención hacia su hija. Fue hasta la cuna y la tomó en sus brazos. Inmediatamente, la niña dejó de gritar y comenzó a buscar el pecho de Donna.

— ¿Estás preparada para comer, tesoro? —preguntó la madre, apartando rápidamente la ropa que le estorbaba— Y ahora, señorita Louisa, tú y yo vamos a tener que hablar seriamente sobre estos gritos que estás dando. Una señorita educada no puede hacer tanto ruido.

Louisa continuó mamando, ignorando por completo las instrucciones de su madre. Donna reía y miraba hacia la puerta del cuarto de baño de vez en cuando.

— Por supuesto, me imagino que con ese hombre como padre, habrás heredado algo de sus genes agresivos. Tu tía Tallie nunca ha sido muy silenciosa ni se ha comportado como una señorita, desde luego. Si heredas su carácter, con dieciséis años te defenderás a tiro de escopeta.

— ¿Qué estoy oyendo de que mi muñequita irá con una escopeta? —quiso saber Jake, que salía en ese momento del baño con una toalla alrededor de las caderas.

Donna tomó aire y Louisa soltó el pezón. Jake estaba en la entrada con una sonrisa en los labios.

— Estaba hablando con Louisa. Le contaba cosas de su tía Tallie —Donna volvió a colocar el pezón en la boca de la niña.

— Si mu... perdón, Louisa, se parece a Tallie, vamos a tener bastante trabajo.

Donna se quedó pensativa. Jake había dicho «vamos», así que no podía posponer por más tiempo el explicar la situación a Jake. Tenía que convencerlo de que, aunque él fuera el padre biológico de Louisa, no iban a tener un futuro común. Ni si— quiera estaba segura del papel que Jake jugaría en la vida de su hija.

Lo miró mientras él recogía la ropa del suelo.

— Jake?

—¿Sí? —miró la ropa que llevaba en la mano— — Oh, no te preocupes, me vestiré en el baño.

— Gracias, pero... después de que te hayas vestido, me gustaría hablar contigo.

— Claro, cariño.

Cuando Jake volvió, completamente vestido, llevaba el pelo seco y peinado.

Donna había cambiado el pañal a la niña y la había vuelto a dejar en la cuna.

Luego, se había sentado a los pies de la cama con las manos sobre el regazo. «Sé precisa», se dijo, «ve directa al grano».

Jake salió con una sonrisa en la cara. Donna decidió que prefería

que no sonriera para no estar tan irresistible.

— ¿Está dormida? —preguntó, caminando hacia la cuna.

— No, la acabo...

Jake se inclinó sobre la cuna y acarició la carita de la niña.

–

Es preciosa, ¿verdad? Quizá tiene mi color de piel, pero es igual que tú.

—Jake, tenemos que hablar.

Jake se sentó a su lado y le pasó la mano por la cintura.

— Bueno, pues habla. Pero yo preferiría acariciarte en vez de hablar contigo.

— ¡Tenemos que hablar ahora mismo! —exclamó ella, apartándole la mano.

— No me va a gustar la conversación, ¿verdad?

— Oh, Jake, ¿por qué tienes tanto interés en formar parte de la vida de Louisa? Nunca pensé que un hombre como tú estuviera interesado en ser padre.

— ¿Qué quiere decir un hombre como yo? —la sonrisa se borró de su rostro.

— Bueno, alguien que ha vivido siempre solo, un mujeriego, un vaquero duro que dejó la casa familiar antes de terminar la escuela, un hombre que...

Jake se levantó de la cama.

— Un hombre que no es suficientemente bueno para ti. ¿No es lo que estás tratando de decir?

— Por favor, no me malinterpretes.

—Está bien. Dígame, señorita profesora de universidad, si yo tuviera una carrera y una buena cuenta en el banco, ¿no estarías interesada en casarte conmigo? ¿En que fuera el padre de nuestra hija?

— La verdad es que, por lo que sea, no me casaré contigo. Estuve casada una vez y perdí a mi marido hace cinco años. Entonces, decidí que no volvería a 30

entregar mi amor a nadie. La muerte de Edward acabó con mi capacidad de amar.

—¿Sigues enamorada de tu marido?

— Sí.

No era cierto, pero quizá, si Jake lo creyera, deja— ría de pensar en casarse con ella. Pero sí era cierto que le asustaba el amor y el matrimonio. Además, nunca se permitiría a sí misma amar de nuevo tanto a alguien que su pérdida la destrozara. No podría volver a soportar una agonía semejante.

Jake tuvo ganas de sacudirla hasta que le castañearan los dientes. Amar a un hombre muerto era inútil. Donna era guapa, sensual y

atractiva. El tipo de mujer que necesitaba de un hombre. De su adoración, de su protección y amor.

Era una mujer que sería una buena amante y él quería estar a su lado.

Le habría gustado decirle que es cierto que había dejado Crooked Oak dieciocho años antes sin acabar la escuela, pero que había viajado por todo el mundo y había leído mucho. Donna se habría sor— prendido de la cantidad de dinero que Jake tenía en el banco. Lo suficiente como para pagar al contado el rancho del viejo Henry. Lo suficiente como para enviar también a su muñequita a la universidad. Pero dejaría que Donna creyera que era un estúpido y un vaquero sin dinero que iba a pedir un préstamos al banco para comprar el rancho. Aunque le doliera pensar que ella quizá lo mirara como todos los habitantes de Marshall County lo habían hecho.

— Jake, creo que deberíamos esperar unos días hasta que yo me recupere un poco. Después decidiremos la relación que vas a tener con Louisa.

— Probablemente tengas razón. Con tus hormonas alteradas, quizá digas algo que lamentes en el futuro.

— Démonos una semana, ¿de acuerdo?

— Una semana me parece bien.

— Puedes llamar cuando quieras para ver cómo está Louisa.

— ¿Quiere eso decir que no deseas que me quede aquí contigo? De acuerdo, me iré al rancho, donde voy a trabajar con Henry hasta que se haga la compra, pero llamaré una vez al día y me pasaré a ver a mi hija.

— ¿Es eso necesario?

— Sí, claro que es necesario. Es esencial. Para mí y para muñequita.

Donna dio un suspiro profundo.

— No vas a ceder tan fácilmente, ¿verdad?

— No, voy a ser un verdadero padre para mi hija, te guste o no. Voy a ser la persona más importante en la vida de ella y en la tuya también.

—¿Aunque yo no quiera?

—Cariño, tú me quieres... solo que no lo sabes todavía.

Dicho lo cual, Jake miró a la niña por última vez, se dio la vuelta y salió del dormitorio. Donna se levantó y corrió hacia el vestíbulo. Vio cómo Jake bajaba de dos en dos las escaleras y quiso gritarle. Decirle que nunca querría tenerle a su lado de manera permanente, pero las palabras murieron antes de salir de su boca.

Tenía que reconocer que ese hombre le gustaba. Su cuerpo, incluso en ese momento, lo deseaba. Pero estaba completamente aterrorizada. Sabía que si Jake Bishop se quedaba a su lado, se acabaría



enamorando locamente de él.

Capítulo Cuatro

Aunque Donna sabía que Louisa estaba en buenas manos con la señora Winthrop, se sentía culpable por haber ido a la universidad a revisar algunas cosas. El curso había terminado y, aunque no iba a dar clases ese verano, no tenía intención de abandonar su puesto en la universidad. Cuando Edward murió, dar clase había sido su salvación. El contacto diario con otras personas le había impedido volverse loca. Le encantaba dar clase y para ella era un oficio muy importante para la sociedad, no simplemente un trabajo como para tantos otros.

A pesar de la visita diaria de Jake Bishop, Donna había sido capaz de volver a su vida normal. Ella siempre se enorgullecía de la capacidad que tenía para controlarse. Sus amigos la llamaban «controla— dora». La primera semana había sido un poco dura: demasiada compañía y poco sueño por las noches. La segunda semana, sin embargo, transcurrió con más calma. Aunque Louisa era muy buena, Donna no se creía capaz de salir adelante sin la se— ñora Winthrop. La buena mujer conocía todo lo referente a los niños y era totalmente distinta a las niñeras que sus padres habían contratado para que la cuidaran. Los padres de Donna habían estado siempre muy ocupados con sus trabajos y su vida social como para cuidar personalmente de una niña que llegó inesperadamente cuando ambos rondaban los cuarenta.

Lo único que Donna tenía claro era que tenía que hacer que su hija se sintiera amada cada día de su vida. El único cariño maternal que ella había tenido había procedido de sus abuelas. Los momentos más felices de su vida habían transcurrido en casa de su abuela, Louisa McGuire. Una mujer que hacía pastas, contaba cuentos fabulosos y dejaba que su nieta se pusiera sus sombreros y zapatos. Su otra abuela, Christine Hughes también había querido a Donna. Mucho más que sus padres. Ella había llevado a Donna a la ópera y al ballet, a conciertos y museos de arte. Y había pagado el primer viaje de Donna a Europa.

Un golpe en la puerta hizo que se desvanecieran aquellos dulces recuerdos.

— ¿Sí?

La puerta se abrió y Neil Webster se asomó.

— Hola, me han dicho que estabas aquí. ¿Qué tal?

— Hola, Neil.

Neil era la persona que ayudaba al director en la parte económica. Era un hombre agradable, aun— que tendía a entrometerse en las vidas ajenas.

— Todo el mundo habla de que tu ex marido ha aparecido de repente. He oído que es vaquero y que también es cuñado del gobernador Rand.

— Es cierto —respondió, con la intención de continuar la mentira de que se había casado y separado de Jake en el verano— Jake Bishop ha vuelto y va a comprar un rancho de caballos.

— Todo el mundo se pregunta si os volveréis a casar —Neil se acercó y bajó la voz— Ya sabrás, por supuesto, que algunos dicen que nunca volverás a casarte. La mujer del director Harper se enfadó mucho cuando oyó el rumor. Yo le aseguré que no era cierto.

— Gracias, Neil —contestó Donna, rezando por que alguien fuera a salvarla de aquel cotilla.

Pero este se acercó un poco más y miró a un lado y otro como si buscara espías.

—Entre nosotros, querida, si hay algo cierto en el rumor, llevaré en seguida al señor Bishop a la parroquia más cercana. Aunque el matrimonio acabe en unos meses, serviría para callar a la gente y para terminar con los rumores sobre si vas a perder tu trabajo. Y sobre todo y lo que es más importante, para darle legitimidad a tu hija.

— Tú sabes más de lo que me estás diciendo, ¿verdad, Neil? —replicó ella, levantándose para ponerse a su nivel.

Neil se apartó.

— Cásate, Donna. No importa lo que ese hombre sea... dicen que es un vividor. He oído que era el chico rebelde del pueblo hace años. Un chico verdaderamente rebelde.

Neil sonrió hasta que Donna frunció el ceño. Entonces, se aclaró la garganta.

—Consigue el certificado de matrimonio y da un apellido a tu hija. Luego, divórciate —aconsejó Neil— Tú conoces tan bien como yo las normas de Marshallton County. Seguimos viviendo en el siglo XIX.

—¡No me pueden echar de mi trabajo simple— mente porque sea una madre soltera!

— No, claro que no, pero créeme, si quieren hacerlo, encontrarán una excusa para echarte.

Donna se dio la vuelta y miró por la ventana que había detrás de su mesa.

— Gracias por pasarte, Neil. Pensaré en tu consejo.

— Eres una chica inteligente. Harás lo que tengas que hacer. Cometiste un error el verano pasado, pero puedes corregirlo. Todos cometemos errores.

Donna asintió en silencio y el hombre se dirigió a la puerta.

— Hablaremos luego, entonces.

Donna oyó cerrarse la puerta y se volvió, descubriendo que Neil se había ido.

No podía permitirse ignorar sus consejos. Ese hombre tenía razón. Si la señora Harding y otros como ella, sospechaban que no estaba casada ni pensaba estarlo, harían una gran presión al director y este

encontraría una razón para echarla.

Pero, ¿estaba dispuesta a casarse con Jake, aunque fuera por poco tiempo, para mantener su puesto en la universidad? ¿Se atrevería a arriesgarse a vivir con Jake, a compartir su cama y a enamorarse de él?

Justo en ese momento, el teléfono sonó.

— Hola, despacho de Donna Fields.

— Hola, Donna, me alegro de encontrarla — dijo la señora Winthrop— .

Acabo de recibir malas noticias.

— ¿Qué pasa?

— Mi hermana ha sufrido un infarto y tienen que ponerle un bypass. Eugenia vive sola en Chattannooga y no tengo más remedio que tomar el primer avión que salga para allá. Me temo que tendré que cuidarla como mínimo seis semanas, quizá más. Soy la única que puede quedarse con ella.

— Lo siento. Voy inmediatamente para allá.

— No me gusta tener que marcharme así, pero es— pero que lo entienda.

— Claro, no se preocupe. La familia es lo primero. Haga sus planes, llegaré en unos quince minutos.

— Gracias.

Donna dejó el teléfono y se derrumbó en la silla, pensando dónde iba a encontrar a una mujer como ella. Se negaba a dejar a su hija con una desconocida.

Después de unos minutos, se levantó y tomó su bolso. ¡Era inútil quedarse dando vueltas a lo mismo! Salió de allí y se dirigió al aparcamiento. Todo se derrumbaba a su alrededor. Pero, ¿qué demonios esperaba? Su vida había comenzado a descontrolarse, de una u otra manera, desde aquel apasionado fin de semana que había pasado con

Jake Bishop nueve meses y medio antes. ¡Y esa era una razón suficiente para no casarse con él!

Jake aparcó el jeep frente al edificio donde estaba la empresa de Caleb, en el centro de Crooked Oak. No había tenido intención de parar, pero al ver el coche de Hank, decidió dar la buena noticia a sus hermanos. Entró en el edificio y subió a la octava planta. Allí estaban los dos, tomando una taza de café.

— Hola, hermano. ¿Qué te trae por aquí? — lo saludó Caleb.

— Voy de camino a Marshallton para ver a mi muñequita — contestó Jake— .

Voy todas las tardes y me quedo allí dos horas. Necesito ver a mi pequeña todos los días. Crece cada día — añadió el hombre— . Vi tu coche fuera, Hank, así que quise informaros de que ya tengo el

contrato de venta del rancho de Henry. El se jubila y se va a vivir a Birmingham con su hija y el marido de esta.

— ¿Cuántos años tiene el señor Henry? Debe de rondar los cien.

— Me dijo que cumple ochenta y cinco el mes que viene. Quiere quedarse allí hasta entonces, pero ha dicho a su abogado que esté todo listo cuanto antes. El rancho será mío en un mes.

Hank se puso en pie y dio una palmada a su hermano en la espalda.

— Enhorabuena, hermano. Nunca pensé que llegarías a tener una vivienda fija.

— Sí, me imagino que ya es hora. Además, ser padre cambia tus prioridades.

Deberías saberlo. Quiero vivir aquí para ver crecer a mi hija. Quiero oírle llamarme papá. Quiero que conozca a su padre.

— Lo entendemos. Nuestro padre no se portó bien con nosotros, ¿verdad?

Todos hemos tenido miedo a comprometernos y tener hijos por culpa suya.

— ¿Te vas a casar con Donna? Sheila está convencida de que tenéis que hacerlo cuanto antes.

— Le pedí que fuera mi esposa y ella me rechazó.

— Pues pídeselo otra vez — sugirió Hank— . A pesar de ser una mujer independiente y con un buen trabajo, le va a costar educar a su hija ella sola en un lugar como este. La gente aquí no es muy liberal. Esperan que una mujer de la posición de Donna se case con el padre de su hijo.

— Creo que su posición es uno de los motivos por los que no quiere casarse conmigo. Me temo que piensa que no soy suficientemente bueno para ella y yo no puedo culparla. Después de todo, es una mujer culta y yo a su lado soy un bruto.

— Bueno, no eres un hombre culto, claro, pero sin duda a Donna le gustaste lo suficiente como para tener una aventura contigo. Y por lo que Sheila me ha contado, Donna no ha estado con ningún hombre desde que su marido murió hace cinco años — intervino Caleb.

— Mi opinión es que, aunque Donna niegue sus sentimientos hacia ti, se está mintiendo a sí misma y a ti también — fue la respuesta de Hank— . Susan me dijo que Donna estaba muy enamorada de su marido y que, cuando este murió, ella estuvo a punto de tener un ataque de nervios. Parece ser que todo el mundo sabe que Donna estuvo en tratamiento psiquiátrico durante un año después de que Edward falleciera. Dicen que sus tíos temían que tratara de suicidarse.

Jake sintió unos celos terribles al oír aquello. Donna había amado tanto a su marido, que quería seguir viviendo sola. ¿Lo seguiría ella amando todavía? Y si era así, ¿cómo podía él competir con un hombre

que ya no existía, con un fantasma?

— Yo la he ofrecido que nos casáramos. Si cambia de opinión, me lo dirá.

Aunque tengo que admitir que la idea de competir con los recuerdos de Donna no es una manera agradable de comenzar una vida en común.

—¿Te da miedo competir? — preguntó Hank.

— No si el hombre estuviera vivo — contestó Jake— , pero si Donna sigue enamorada de un muerto, lo recordará como a un santo. No se puede competir con el recuerdo de un marido perfecto.

— Los recuerdos, por muy maravillosos que sean, no te dan calor en una noche fría — dijo Caleb— . Yo diría que si os lo pasáis bien en la cama, llevaréis ventaja sobre el marido.

Jake murmuró varias obscenidades entre dientes. Luego, miró a sus hermanos.

— No voy a discutir nuestra vida sexual con vosotros.

Caleb y Hank reprimieron una carcajada.

— ¿Qué es tan divertido? — quiso saber Jake.

— Cuando un hombre no quiere hablar de su vida sexual con una mujer en particular, quiere decir que sus sentimientos por ella son especiales — explicó Caleb.

— Así es. ¿No estarás enamorado de Donna?

La pregunta sorprendió a Jake. Ni siquiera había pensado en el amor. No estaba enamorado de Donna, ¿verdad? El había estado con muchas mujeres y a algunas las había tomado cariño, pero jamás se había enamorado. Ni siquiera 35

creía en el amor. Le gustaba Donna, le encantaba hacer el amor con ella y sentía cierto cariño por ella porque era la madre de su hija, ¿pero amarla? No. Jake Bishop no era el tipo de hombre que se vuelve loco por una mujer. Por ninguna mujer. Ni siquiera por Donna Fields.

— La tengo cariño porque es la madre de mi muñequita, pero eso es todo...

eso y que la deseo. Pero creo que nuestro matrimonio podría funcionar, si ella se atreviera.

— ¿Le vas a decir que has comprado el rancho? —preguntó Hank, que se acercó a la máquina del café para sacar otra taza.

— No lo sé —Jake se frotó la mandíbula— Ella cree que no tengo dinero y que tendré que pedir un préstamo para pagar el rancho.

— ¿Por qué no le has dicho que eres rico? —quiso saber Caleb.

— Quizá porque no quiere que ella sepa que ganó mucho dinero como mercenario antes de convertirse en vaquero o que es tan inteligente que triplicó sus ahorros con inversiones arriesgadas — Hank miró fijamente a Jake— ¿No es así? Quieres que Donna te acepte por ti mismo y que no te juzgue por tu pasado,

¿verdad?

—Sí, algo parecido —admitió Jake.

Donna paseó arriba y abajo con Louisa en brazos.

— Sí, tesoro, no llores. Te he dado de comer y te he cambiado el pañal.

También te he cantado una canción. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué no te que

— das dormida en la cuna? Y tampoco has dormido siesta hoy. Mamá se está poniendo muy nerviosa.

Louisa se retorció contra el pecho de Donna y volvió a dar un grito. Desde que la señora Winthrop había comenzado a trabajar como niñera, Louisa solía dormir varias siestas al día. Y cuando no lo hacía, Donna y la señora Winthrop se turnaban para cuidarla. Y Louisa elegía ese día, en el que la señora Winthrop se había ido de viaje y Donna había recibido malas noticias referentes a su puesto de trabajo, para portarse mal.

— ¿Te duele el estómago? —continuó Donna, saliendo hacia el pasillo y comenzando a bajar las escaleras— Quizá necesites un cambio de escenario.

Vamos abajo y mamá cenará un poco. No he tomado nada desde el desayuno —

en ese momento, el estómago de Donna hizo un ruido— Escucha, mamá se muere de hambre.

Louisa se calló en el trayecto hacia la cocina.

— ¿Te quieres sentar un poco en tu carrito para que mamá pueda hacerse un sándwich?

La niña aceptó en silencio que su madre la dejara en el carrito, pero cuando Donna se dio la vuelta para sacar algo del armario de la cocina, Louisa comenzó a gritar de nuevo. Donna se detuvo y dio un suspiro profundo.

— No vas a dejarme comer, ¿verdad? Parece que quieres que pierda peso,

¿es así? ¿Crees que tu madre necesita perder unos cuantos kilos?

Donna levantó a Louisa en brazos y continuó buscando algo que comer, pero ya cocinado. Por ejemplo, una bolsa de patatas fritas o una de galletas. Cuando 36

finalmente encontró una bolsa de pastas de chocolate, la abrió ayudándose con la boca y la mano.

— Eres mala —dijo, colocando la bolsa sobre la mesa y metiendo la mano para sacar una.

La mordió y gimió de placer al sentir su dulzura.

— Un día, preciosa, conocerás todas las saludables propiedades del chocolate. Desgraciadamente, si heredas mis genes, cada mordisco de chocolate se irá directamente a tus caderas.

Justo cuando Louisa comenzó de nuevo a llorar, sonó el timbre de la puerta.

Donna se metió la galleta entera en la boca, la masticó apresuradamente y fue hacia la puerta.

«Por favor, que sea Jake. Que no se salte la visita de esta noche. Lo necesito».

Jake tocó de nuevo el timbre. ¿Por qué demonios tardaba tanto Donna en abrir la puerta? Debía de estar en casa, ya que tenía el coche aparcado en la entrada. Además, sabía que él iba a ver a su hija todas las tardes.

Donna abrió la puerta y Jake se quedó mirándola. Probablemente, Donna no sabía qué aspecto tenía con la niña en brazos y el pelo revuelto. Tenía, además, el maquillaje estropeado, se le había borrado el color de los labios y su blusa estaba parcialmente desabrochada. Y tenía una mancha os— cura en la comisura izquierda de la boca. Jake supo en seguida que era chocolate.

—Gracias a Dios que has venido —exclamó Donna— He tenido un día horroroso. Por favor, entra.

Jake entró en el vestíbulo, dejó su sombrero en el perchero y apenas se había vuelto, cuando Donna le puso a la niña en brazos.

—¡Por favor, sujétala unos minutos! Lleva toda la tarde llorando. No ha dormido nada y...

—¿Y la señora Winthrop?

— Su hermana ha sufrido un infarto, así que mi niñera está ahora mismo en Chattannooga y no volverá hasta dentro de dos meses, quizá más.

— Desde luego, eso es un buen problema. Espero que su hermana se ponga bien —dijo Jake, frotando la espalda de Louisa y siguiendo a Donna hacia su estudio— Escucha, ¿por qué no dejas que me ocupe de todo? Parece que necesitas un baño —Jake miró fijamente la mancha de chocolate.

Su primer pensamiento fue borrar la mancha con su lengua, pero en lugar de eso, la quitó con el dedo, que luego se metió en la boca.

— Definitivamente es chocolate.

Donna lo miró con incredulidad.

— No he comido más que una galleta de choco— late desde esta mañana.

— Vete arriba, ponte el baño y relájate. Yo cuidaré de la muñequita... er, Louisa. Y también me ocuparé de la cena.

Donna asintió agradecida.

— Gracias, Jake. ¡Me has salvado! No tardaré mucho, lo prometo.

— Tarda todo el tiempo que necesites. La señorita Bishop y yo estaremos estupendamente hasta que llegue la hora de su comida.

— La he dado de mamar hace una media hora, así que puede estar

tranquila unas dos horas.

Donna corrió hacia su dormitorio. Jake se sentó al lado de la chimenea y levantó a Louisa en brazos para que lo mirara.

— Te has portado muy mal con mamá hoy —por un momento Jake estuvo seguro de que su hija le había sonreído— Estás tratando de demostrarle que me necesitáis, ¿a que sí? Pues has hecho un buen trabajo, muñequita. Has destrozado los nervios de tu mamá. Y nos viene bien que tu niñera se haya tenido que marchar de viaje.

Louisa lo miró fijamente como si entendiera.

— Quieres que tu papá se quede contigo todo el día, ¿verdad? No te importa que tenga mala fama o que no tenga cultura. No te importa siquiera que esté aterrorizado por si no sabe ser padre. Lo único que te importa es que esté cerca para que te diga lo mucho que te quiere.

Jake se levantó y fue hacia una mesa, situada al lado de la ventana que daba al jardín. Allí buscó las guías de teléfonos y, en las páginas amarillas, consultó el número de Steak Express.

—Vamos a pedir cena para tu madre y para mí. Ella se mostrará más agradable si está con el estómago lleno.

Jake marcó el número, ordenó el pedido y luego se dirigió a la cocina. Dejó a Louisa en el carrito y le puso el cinturón. La niña no hizo ningún ruido. Jake esbozó una sonrisa.

— Quizá encuentre algunas velas para que la mesa quede bonita. ¿Sabes?

Voy a pedir de nuevo a tu madre que se case conmigo. Y esta vez, no voy a aceptar una respuesta negativa.

Cuarenta y cinco minutos después, bajó Donna. Se oía música en el salón.

Una melodía romántica de guitarra y piano. No se oía a Louisa. ¿Habría conseguido dormirla? Si era así, ese hombre hacía milagros.

Cuando pasó por el salón de camino a la cocina y vio la mesa puesta, se detuvo sorprendida.

Había dos cubiertos y varias velas. Cuando comenzó de nuevo a caminar, Jake abrió la puerta de la cocina y salió con dos bolsas grandes.

— ¿Ya has bajado? ¿Estás mejor? —preguntó el hombre, pasando a su lado.

— ¿Dónde está Louisa?

— Está dormida en el carrito, en la cocina.

— ¿Bromeas?

— No, le dije que su padre iba a tener una cena romántica con su madre y se quedó dormida en seguida.

Jake abrió las bolsas, sacó el contenido y lo fue distribuyendo en los platos.

— Y esto tampoco me lo puedo creer. Has pedido comida por

teléfono... Jake Bishop, eres un hombre muy inteligente.

— Ya era hora de que te dieras cuenta de ello. La cena está servida.

— Me muero de hambre.

Donna se sentó y miró con avidez su plato. Luego, levantó la cabeza hacia el hombre que no solo le había preparado la cena, sino que también había conseguido que su hija se quedara dormida.

A pesar de estar afeitado, la barba de la noche oscurecía la mandíbula dura de Jake. Era, sin duda, el hombre más sexy que había conocido en toda su vida.

Sería estúpida si no se casara con él, aunque solo fuera durante unos meses.

Pero, ¿cómo sería capaz de vivir con él sin sucumbir a su irresistible encanto? Al fin y al cabo, la noche que lo conoció fue incapaz de comportarse racionalmente y se quedó dos días con él. Durante aquellos dos días que habían compartido, él había tocado cada rincón de su cuerpo, llenándola de placer innumerables veces. Así que, a pesar de ser poco más que extraños, Jake conocía de ella cosas que ningún otro hombre conocía. Ni siquiera Edward. Ella nunca se había dejado llevar del todo en su relación con Edward ni había llegado a hacer con él todo lo que había hecho con Jake. Solo de recordar aquel fin de semana, Donna se sonrojaba.

No, no se atrevía a casarse con Jake. Sabía que sería demasiado peligroso.

Pero, ¿qué otra alternativa tenía? Al fin y al cabo, si no, acabaría perdiendo su trabajo y, además, Louisa tendría que pagar el hecho de ser hija ilegítima.

Aquello seguramente sería algo insignificante viviendo en ciudades como Nueva York o Los Angeles, pero seguía siendo algo importante en la zona rural de Tennessee.

Jake se sentó frente a ella y Donna le sonrió.

— Gracias —le dijo ella, cortando un trozo de filete y metiéndoselo en la boca.

Comenzaron a comer mientras mantenían una charla distendida.

— Hace muy bueno. Parece como si fuera verano, ¿verdad? —comentó Jake.

— ¿Qué? Oh, sí, está haciendo muy bueno.

— El viejo Henry me ha estado enseñando su casa hoy —Jake se había dado cuenta de que tendría que remodelarla por entero— ¿Puedes creerte que no tiene instalado el aire acondicionado?

—¿De veras? —preguntó Donna mientras untaba mantequilla en su patata asada— No podía imaginarme que pudiera haber alguien en estos días que no tuviera aire acondicionado en su casa.

— Yo tengo pensado poner calefacción central y aire

acondicionado, aprovechando que voy a remodelar toda la casa.

— Me parece buena idea.

— Mientras arreglo la casa, me gustaría que Louisa y tú os vinierais al rancho.

— Sí, claro, pero no hay prisa, ¿verdad? Al fin y al cabo, todavía no lo has comprado.

— Lo que pasa es que no te gustaría vivir en un rancho, ¿no es así?

«Por supuesto que no le gustaría, pareces idiota», se dijo Jake a sí mismo.

«Mira a tu alrededor. Donna está acostumbrada a otro tipo de vida. Incluso si estuviera locamente enamorada de ti, le sería difícil acostumbrarse a vivir en un rancho».

— Probablemente no — reconoció ella— . La verdad es que siempre he vivido en una ciudad — pero lo cierto era que Donna estaba empezando a convencerse de que no tenía otra alternativa que casarse con él.

Jake asintió, consciente de que era el momento. Tenía que volver a pedírselo. Y si ella rechazaba su propuesta, tendría que aceptar que no quería casarse con él.

— Hay algo que quiero comentarte.

— Muy bien — dijo ella— , pero déjame preguntarte algo antes.

— ¿El qué?

Donna respiró hondo.

— ¿Vas a casarte conmigo?

Capítulo Cinco

— Donna Deirdre Fields, ¿aceptas a este hombre, James Dean Bishop, como tu legítimo esposo?

Jake se sintió atrapado en aquel juzgado con sus hermanos, las esposas e hijos de estos y su propia hija, observándolo frente al juez. No tenía escapatoria.

Y solo el cielo sabía las ganas que tenía de salir corriendo de allí. Todo el mundo sabía que Jake Bishop no era de la clase de hombres que acaban casándose. A él le gustaba disfrutar con una mujer, pero sin ataduras, que era lo que había hecho diez meses antes con Donna. Solo que de aquel encuentro había nacido una niña y él se había visto obligado a casarse con aquella mujer.

— Acepto — dijo Donna en voz baja y con tono dubitativo. No pensaba que su boda fuese a ser así. Con Edward, se había casado en una iglesia presbiteriana de Marshalton delante de cuatrocientas personas.

Pero tenía que recordar que su boda con Jake no era del todo real. Su matrimonio iba a durar solo seis meses. Ambos había llegado a un acuerdo de que eso sería lo mejor. Así, Louisa tendría un padre legítimo y Jake podría conocer a su hija antes de pasar a verla solo los fines de semana.

Donna tenía el estómago encogido por los nervios. Sabía que estaba cometiendo un terrible error, pero no veía ninguna otra alternativa. Además, sa-bía que él no la habría dejado dar marcha atrás.

Jake pensó en que todo se habría acabado en pocos minutos y que, entonces, él sería un hombre casado.

— Puede besar a la novia — dijo el juez Randall.

Donna se volvió hacia Jake con el rostro encendido y los ojos brillantes. El se dio cuenta de que es— taba esperando que la besara. Aunque segura— mente se esperaría que fuera un beso suave y apropiado para la ocasión.

El la tomó en sus brazos y posó sus labios con delicadeza sobre los de ella, pero Donna lo apretó contra él, demostrando que una cosa era lo que ella se esperaba y otra lo que deseaba. De ese modo, el beso se fue haciendo cada vez más apasionado.

Los vítores de sus familiares devolvieron a Jake a la realidad. Este se separó de Donna y sonrió a sus hermanos y cuñadas.

Hank le dio la mano a Jake.

— Nunca pensé que acabarías casándote.

Caleb fue el siguiente en darle la mano.

— Bienvenido al club. Una vez te acostumbras, acaba gustándote. Ya lo verás. A Hank y a mí nos ha pasado.

Jake no se había atrevido a decirles a sus hermanos que su

matrimonio solo duraría seis meses.

Susan y Sheila corrieron a abrazar a Donna y le desearon al oído que su matrimonio durara para siempre. Ella tampoco había tenido valor para confesarles que su matrimonio tenía fecha de caducidad.

Así que todo el mundo pensaba que su enlace era de verdad.

— La verdad es que me hubiera gustado que esperarais un poco para poder preparar una boda como es debido — dijo Susan.

— Pero entonces mi hermano mayor se habría muerto de impaciencia —

comentó Hank— , así que es mejor que se hayan casado cuanto antes.

Todos se echaron a reír, incluido Jake. Donna, sin embargo, se limitó a esbozar una débil sonrisa. Luego, se volvió hacia Louisa para ver que tal estaba.

La niña estaba tumbada en su carrito al lado del de su primo, Lowell Bishop.

Danny había estado pendiente de ellos mientras los mayores charlaban y se reían.

— Felicidades, Donna — le dijo Danny, aclarándose la garganta— , er… ah, supongo que debería llamarte tía Donna a partir de ahora, ¿no?

— Claro, me gustará que me llames tía Donna.

— Venga, vamos saliendo — dijo Caleb— . Sheila y Susan han preparado un pequeño convite en la casa de Donna.

Jake dirigió la mirada hacia Donna y esta le son— rió, pero él se dio cuenta de que aquella sonrisa era tan falsa como su matrimonio. Ella parecía estar tan asustada como él. Jake recordó que Donna le había pedido que, durante ese matrimonio temporal, no mantuvieran relaciones sexuales. El había protestado, pensando que era un tontería no poder disfrutar de la única cosa que tenían en común aparte de Louisa. Pero ella había insistido y él había tenido que aceptar, aunque había puesto una condición a cambio. Tendrían que dormir en la misma cama. Cosa que ella había acabado aceptando a pesar de sus primeras protestas.

Jake se dirigió hacia Donna y la tomó de la cintura mientras con la otra mano empujaba el carrito de su hija. Se fijó en lo guapa que estaba su mujer. Estaba como para comérsela con ese traje verde sobrio y elegante que llevaba. Susan le había puesto una pequeña gardenia en la solapa de la chaqueta. Junto con unos pendientes de diamantes y perlas, eran los únicos adornos que lucía Donna.

Jake le había comprado una alianza sencilla. No le había comprado ningún anillo con diamantes porque no quería que ella descubriera que era un hombre rico. Hank y Caleb le habían insistido en que no debía tener secretos con su mujer, pero él prefería que ella siguiera

pensando que era un pobre vaquero.

— Venga, vamos, muñequita — dijo Jake.

Donna metió a Louisa en su cunita, se quitó los zapatos y se dirigió al baño.

¡Aquel había sido el día más largo de toda su vida! Les agradecía mucho a Susan y a Sheila el banquete que habían preparado, pero se alegraba de que finalmente la familia de Jake los hubiera dejado solos. Así, había podido, al fin, dejar de interpretar su papel de novia radiante.

Se desnudó y se puso el camisón, las zapatillas y la bata. Luego, se soltó el pelo y se lo estiró con los dedos.

Aquella era su noche de bodas, pero no habría ninguna luna de miel. No haría el amor con su marido. Se estremeció solo de pensar en ello, solo de recordar el placer que había sentido al hacer el amor con Jake.

— ¡No puede ser! — se dijo— . Si dejo que me haga el amor, perderé la sensatez — añadió, mirando su imagen reflejada en el espejo.

«No vas a entregarte a él. No puedes correr el riesgo de enamorarte de ese hombre».

En ese momento, Donna oyó que Jake entraba en el dormitorio. Después de tomar aliento, salió del baño y se quedó de piedra al ver que Jake solo llevaba puestos un calzón. Había que reconocer que era un hombre impresionante. Alto, ancho de hombros y con un cuerpo musculado y bronceado de dios griego.

Donna se quedó mirando como él colocaba su maleta sobre la cama y, después de abrirla, sacaba una par de vaqueros y tinas zapatillas. Una vez se puso los pantalones, se volvió hacia ella.

— Hola — la saludó con una sonrisa.

Ella sintió un nudo en el estómago.

«No me sonrías así», se dijo. «No puedo resistirlo.

— Te he preparado algo de cena. Me di cuenta de que no comiste apenas nada en el convite y he pensado que quizá tuvieras hambre ahora.

— ¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor quiero adelgazar después de haber dado a luz?

— No sé, a mí me parece que estás muy bien así — comentó él, sacando una camiseta de su maleta y poniéndosela.

Luego, se acercó a ella y la tomó de la mano.

— Vamos abajo a comer algo. Si hace falta, te lo daré yo.

Ella dudó un momento, pero luego se dejó llevar.

— Está bien, pero tenemos que bajar el receptor por si se despierta la niña.

No creo que duerma más de una hora, que es cuando le toca la

siguiente toma.

No veas que apetito tiene para ser tan pequeña.

— Igual que su padre.

— Bueno, y si tengo que ser sincera, reconozco que yo también suelo tener buen apetito — Donna soltó un suspiro mientras se fijaba en sus caderas.

— Sí, ya lo sé, y esa es una de las cosas que más me gustan de ti... tu apetito.

Donna se dio cuenta del doble sentido de la afirmación de él. Sabía que se refería al apetito insaciable por él que había mostrado durante el fin de se— mana que habían pasado juntos diez meses atrás.

Jake tomó el receptor para que pudieran oír llorar a la niña en el caso de que esta se despertara. Luego, abrazó a Donna y juntos salieron al pasillo y ajaron las escaleras.

Donna agarró el plato de comida que Jake le había preparado y se sentó en el estudio con él en su regazo. Jake se sentó en el sofá con una cerveza.

— Caleb parece estar muy contento de que Sheila vuelva a estar embarazada — comentó Jake.

— ¿Qué? Oh, sí que lo parece — Donna dio un mordisco al sándwich de pepino.

— Mi hermano echaba de menos la época en que tuvieron a Danny Jake tomó un trago de cerveza— . Yo lamento no haber estado a tu lado mientras estabas embarazada, pero afortunadamente ahora sí lo estoy. De manera que no echaré de menos ver crecer a mi muñ... a Louisa.

— Lamento no haber intentado localizarte para decirte que estaba esperando un bebé. La verdad es que no pensé que te interesara lo más mínimo.

— Bueno, es normal. Al fin y al cabo, apenas nos conocíamos, así que debiste de pensar que solo era un vaquero en busca de diversión.

— ¿Y es que no fue así? — preguntó ella.

Jake se echó a reír.

— Bueno, en parte sí y reconozco que me he ganado a pulso mi reputación, pero he cambiado. Me he hecho mayor y estoy dispuesto a ser un buen padre para Louisa.

— Te creo — dijo Donna, comiéndose otro sándwich— . Pero cuéntame, después de dejar Tennessee, ¿cuánto tiempo has estado trabajando como vaquero?

Jake tomó aliento.

— Supongo que ya es hora de que nos contemos nuestras vidas el uno al otro. Al fin y al cabo, nos hemos casado, ¿no es así?

— ¿No te importa hablarme de tu pasado? — No, ¿y a ti?

— Me temo que mi vida te resultará de lo más aburrida comparada

con la tuya.

Jake rió entre dientes mientras se terminaba la cerveza. Luego, la dejó sobre la mesa y se tumbó en el sofá con las manos detrás de la cabeza.

—¿Por dónde empiezo?

— Por el principio — sugirió ella— . ¿Cuándo dejaste por primera vez Crooked Oak?

— Hace ya mucho tiempo. Yo tenía por aquel entonces dieciocho años y había dejado de estudiar un año antes para trabajar en la granja de un vecino.

— ¿No te gustó la vida en la granja?

— Sí que me gustó — confesó Jake, que hacía mucho tiempo que no pensaba en aquella etapa de su vida. Era una época que prefería olvidar— . Pero el hombre para el que trabajaba y yo tuvimos ciertas diferencias. De manera que me dio a elegir entre marcharme de la ciudad o denunciarme para que pasase unos cuantos años en la cárcel.

Donna se atragantó.

—¿He oído bien? — consiguió preguntar después de toser varias veces.

— Sí, pero no es lo que estás pensando. El hombre me acusaba de haberle robado, pero eso no era cierto. Lo que en realidad pasó es que su joven mujer se sintió atraída por mí. Ella me hizo proposiciones, pero yo las rechacé.

— ¿Y qué pasó, que le contó a su marido que ibas detrás de ella?

— Así fue. Yo creí que el señor Acklin conocería lo suficiente a su mujer como para saber que aquello no era cierto, pero me equivoqué y no me quedó otra salida que marcharme.

— ¿Y dónde fuiste?

— Recorrí todo el país haciendo todo tipo de trabajos.

Jake pensó que no podía contarle todo, ya que había tenido que hacer ciertas cosas de las que no se sentía orgulloso.

— A los diecinueve años conocí a unos tipos que me ofrecieron trabajar con ellos fuera del país. —¿En qué clase de trabajo?

— Bueno, eran mercenarios. A mí me pareció un trabajo muy excitante y, además, estaba muy bien pagado, así que acepté.

Lo que no iba a contarle a su esposa era que con el dinero ahorrado, hizo fortuna poco tiempo después, ni que, de ese modo, iba a poder comprar su propio rancho. Lo compraría y le seguiría sobrando bastante dinero.

— ¿Y cuánto tiempo estuviste trabajando como mercenario? — Donna sintió un escalofrío solo de pensar en la vida que él había llevado.

— Trabajé como mercenario hasta los treinta años y durante ese tiempo viví a todo tren, gastando mucho dinero, pero finalmente

acabé cansándome.

— ¿Y fue entonces cuando te convertiste en un vaquero? — Donna se sirvió un vaso de leche desnatada. No le gustaba la leche, pero desde que se había quedado embarazada de Louisa había tenido que tomar varios vasos al día.

— Sí, estaba de paso en el suroeste cuando en un bar unos vaqueros me dijeron que su jefe necesitaba más gente — Jake no creyó oportuno contarle que ese día se emborrachó y se peleó por una rubia. Mandó a dos tipos al hospital y sus nuevos amigos tuvieron que sacarlo de la cárcel después de testificar a su favor.

— Yo nunca había entrado en un bar de vaqueros hasta el día en que nos conocimos en el Blue Bonnet Grill — admitió Donna— . Joanie me convenció de que estaría bien probar algo diferente.

Jake se incorporó en el sofá y se volvió hacia Donna.

— Me alegro de que entraras en ese bar. Si no, ahora no tendríamos a Louisa, porque te confesaré que está empezando a gustarme la idea de ser padre.

Luego, se echó a reír cuando vio el gesto de sor— presa de Donna.

— Bueno, aunque es cierto que todavía estoy asustado por la responsabilidad que ello conlleva — admitió Jake.

— Edward y yo habíamos planeado tener dos hijos— Donna cerró los ojos e intentó recordar el rostro de Edward. Un rostro encantador que ella había amado con locura.

Sin embargo, el rostro de Edward aparecía borroso en su mente y, poco a poco, fue sustituido por el de Jake Bishop. Sorprendida, trató de quitar la imagen de su mente.

— Aún sigues enamorada de él, ¿no es así? Aún sigues queriendo a ese hombre a pesar del tiempo pasado — Jake se sentó y se mesó el cabello— . Creo que voy a tomarme otra cerveza.

— ¿Jake?

— ¿Sí?

— Quiero que sepas que durante el fin de semana que pasamos juntos no pensé ni un solo momento en Edward. No te utilicé como un simple sustitutivo.

— Gracias por decírmelo. ¿Quieres que te traiga algo de la cocina?

— ¿Te importaría llevarte la bandeja? Ya he terminado.

Cuando Jake fue a agarrar la bandeja, sus manos se tocaron y Jake bajó la cabeza hacia la de ella.

A Donna se le aceleró el pulso. El iba a besarla.

«Sí, por favor, Jake, bésame> >.

En ese preciso instante, a través del receptor de radio, se oyó el llanto de Louisa. Jake besó la frente de Donna.

— Tu pequeña princesa está llamándonos. ¿Quieres que vaya yo?

— No, iré yo. Supongo que tiene hambre — dijo Donna,

poniéndose en pie

— . La bajaré aquí a darle de cenar después de cambiarle el pañal.

—¿Quieres que te prepare un café? Yo voy a tomarme uno mientras te espero.

— Muy bien, gracias.

Jake se encaminó a la cocina. Pensó que había estado bien que la niña les hubiera interrumpido antes de poder besar a Donna. No se habría conformado con un simple beso y sabía que su esposa no estaba preparada ni física ni emocionalmente para acostarse con él.

Una vez en la cocina, se puso a fregar los cacharros y preparó el café. Un cuarto de hora después, regresó al estudio para descubrir que Donna le es— taba dando de mamar a Louisa.

— ¿Quieres tomar el café ya? —preguntó en voz baja.

Ella asintió, de manera que volvió a la cocina a por una taza de café y a por otra cerveza para él.

Ya en el estudio, dejó la taza de café en la mesa junto a la que estaba sentada Donna.

— ¡Vaya! —exclamó ella después de dar un sorbo—, parece que este es otro de tus talentos, señor Bishop. Preparas un café excelente.

— Gracias —contestó él, sentándose en el sofá—, y por cierto, de veras que agradezco que me hayas confesado que durante aquel fin de semana no fui un simple sustitutivo al recuerdo de tu marido.

— Edward es el único hombre al que yo he amado y él único al que podré amar…

«Así que no puedo enamorarme de ti, Jake. Ni de ti ni de ningún otro. El hecho de perder al ser amado es demasiado duro y yo no quiero volver a pasar por la misma agonía».

—Sí, eso ya lo has dejado suficientemente claro —Jake se bebió de un trago la mitad de la cerveza.

— Lo siento, yo… sé que hoy hemos hecho lo que debíamos. Además, los dos vamos a conseguir lo que deseamos. Tú, el establecer lazos con Louisa al ser su padre durante seis meses y yo, el certificado en el que quede reflejado que Louisa es hija legítima.

— Sí, los dos vamos a conseguir lo que deseamos —Jake se acabó la cerveza

— ¿Le molestará a la niña si veo un poco la televisión?

—No creo, pero pon el volumen bajo.

Jake encendió la tele con el mando y comenzó a hacer zaping por todos los canales hasta detenerse en uno de deportes. Claro que los dos iban a conseguir lo que querían. Por supuesto que sí. Pero en realidad, lo que él deseaba era una noche de bodas en la línea del fin de semana que habían pasado juntos el verano anterior. «Pero Donna sigue amando a Edward Fields».

Donna se puso a cantarle algo a la niña mientras la amamantaba.

Ya nunca más se arrepentiría del tórrido fin de semana que había pasado con Jake porque esa preciosa niña había sido fruto de él. Por ella, cualquier cosa merecería la pena, así que no le había importado en absoluto casarse. Sin embargo, Jake no tenía motivos para estar tan contento, ya que en seis meses pasaría a poder ver solo a la niña de vez en cuando.

— ¿Te ha dicho el señor Henry cuánto pide por su rancho? — preguntó Donna en voz baja, para no molestar a Louisa.

— Sí.

— ¿Y crees que te pondrán alguna pega en el banco para prestarte el dinero?

— ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, es que estaba pensando en el hecho de que al casarte conmigo me estás haciendo un gran favor y también al fingir ser mi marido de verdad y...

— Es que soy tu marido de verdad.

— Bueno, ya sabes a lo que me refiero. En cualquier caso, resulta que yo soy una mujer rica y he pensado que podría prestarte el dinero para que compres el rancho del señor Henry. Ya me lo devolverás cuando empieces a obtener beneficios.

Jake se sentó en el sofá y se quedó mirándola fijamente. Entrecerró los ojos hasta que parecieron dos líneas.

— Gracias por tu oferta, pero podré arreglármelas solo. Me he casado contigo por Louisa, así que no me debes nada.

Donna se sintió como si él la hubiera dado un golpe. Trató de sonreír, pero no lo consiguió. Se había dado cuenta de que era un hombre orgulloso. A pesar de no tener mucho dinero, no necesitaba la caridad de ella y se lo dejaba claro con sus palabras y la expresión de su cara.

Luego, Donna devolvió la atención al bebé, que tenía su cabecita húmeda, debido al sudor. Le pasó la mano por los mechones de pelo negro, por ese pelo que era igual que el de Jake. Levantó la vista hacia él, pero él parecía estar absorto en un partido de béisbol que daban en la tele. Donna cerró los ojos y trató de relajarse y de olvidarse de todo. Especialmente, del hombre que estaba tumbado en el sofá.

Jake estaba medio dormido. Se había tomado un par de cervezas y el día había sido muy duro. Había sido el día de su boda. ¡Vaya broma! Volvió la vista 46

hacia Donna y vio que estaba con los ojos cerrados. Se preguntó si estaría dormida con Louisa en sus brazos. La niña estaba dormida plácidamente y tenía su sonrojada mejilla apoyada en el pecho desnudo de Donna. Jake tuvo una erección al ver el pecho de ella.

¡Demonios, ni siquiera podía mirar a aquella mujer sin dejarse llevar por el deseo!

—¿Donna?

Ella se quedó quieta.

Jake se puso en pie, se acercó hasta ella y la tocó el brazo. Ella dio un suspiro y Jake confirmó que es— taba tan dormida como su hija. Así que tomó a la niña en sus brazos y la subió a su cunita. Luego, volvió al estudio.

Pensó si debía despertar a la novia. ¡Dios, estaba tan bella así dormida! Sin poder evitarlo, pasó un dedo por su pezón desnudo, viendo como salía de él un chorrito de leche. El lo chupó y luego se de — tuvo, cubriendo su pecho desnudo.

Finalmente, la tomó en sus brazos.

La llevó escaleras arriba hasta su habitación y la metió en la cama. Le quitó la bata y la dejó a los pies de la cama. Ella se dio la vuelta y se abrazó a la almohada.

Jake decidió que necesitaba una ducha de agua fría, así que se dirigió al baño. Cinco minutos después, salió temblando como una hoja, se secó y se puso un calzón. Cuando regresó al dormitorio, se fijó en que Donna había apartado la colcha y, como el camisón se le había levantado ligeramente, sus largos muslos habían quedado al descubierto.

«Métete en la cama ahora mismo y no la mires más. Y sea como sea, tienes que evitar ponerle la mano encima».

Jake se acostó y se puso lo más apartado de ella que pudo. Se quedó mirando al techo, pensando en que debería evitar la tentación, tanto esa noche como las demás. Donna había sugerido dormir en habitaciones separadas, pero él no había accedido. Había pensado tontamente que, durmiendo en la misma cama, Donna acabaría por volver a desearlo.

Estuvo allí tumbado, sin poderse dormir, largo tiempo. Pero, en un momento dado, Donna se volvió y se abrazó a él, pasando una de sus manos por su pecho desnudo y lleno de vello.

¡Oh, cielos! Eso no era justo. El había estado cuidando de ponerle la mano encima y ella estaba acariciándolo en sueños. Pero, ¿estaría acariciándolo a él o sería a su amado Edward?

Jake apartó el brazo de ella y le dio la espalda. Donna se abrazó a su espalda.

Definitivamente, parecía que no iba a dormir mucho aquella noche.

«Pareces masoquista, Bishop. Prefieres quedarte quieto y sufrir en silencio a tomarla en tus brazos y satisfacer tus deseos».

Poco antes del amanecer, Jake, exhausto y frustrado, se quedó finalmente dormido.

Capítulo Seis

Jake se sentó a la mesa de la cocina, hablándole a su hija de seis semanas.

Louisa le dedicó una sonrisa desdentada. Donna le había explicado que en esa fase de desarrollo la niña le sonreiría a cualquier persona u objeto grande que se pusiera delante de ella, pero Jake prefería creer que su hija lo reconocía.

— Claro que sí, la muñequita de su papá es la mejor chica del mundo,

¿verdad? Y también la más bonita y la más lista y la más...

— Y la más mimada por su padre — dijo Donna, entrando en la cocina.

— Buenos días — Jake se fijó en que su mujer había bajado a desayunar en camisón. Poco a poco, había empezado a relajarse en su compañía. Ambos estaban acostumbrándose a convivir y, exceptuando el hecho de que no hacían el amor, su matrimonio podía pasar por normal.

— He preparado café — dijo, señalando hacia las dos cafeteras. Una, con el descafeinado de ella, y la otra, con el café normal de él.

— Gracias, ¿Has desayunado tú ya?

— No, mi muñequita... perdón, Louisa y yo estábamos esperándote,

¿verdad? — acercó la cabeza a la niña y la acarició con la nariz. Louisa se puso a gorgotear— . He preparado crepes.

— Jake, ¿sabías que eres un hombre increíble? — Donna se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa. Le dio un beso en la frente a Louisa— . Papaíto tuvo que trabajar hasta tarde anoche y aquí está ahora levantado contigo, y no solo ha hecho café, sino que también ha preparado crepes.

— No exageres — dijo él, abriendo la nevera, sacando un cacharro con los crepes y dejándolo sobre la encimera— . ¿Cuántos quieres?

— Oh, Dios, me comería tres, pero son demasiados. Creo que con dos será suficiente.

— No sé por qué te preocupas tanto por la línea. Yo te veo muy bien.

Además, me encantan las zonas donde se han situado esos kilos de más que tanto te preocupan — dijo Jake, mirando el pecho de ella de un modo significativo.

Donna se levantó y corrió a golpearlo. El se defendió mientras ambos se reían a carcajadas. Poco después, Jake la tenía abrazada y sus senos redondos se apretaban contra el pecho de él. Ella pasó sus brazos por detrás del cuello de él y se quedó mirándolo a los ojos. El comenzó a acariciar sus nalgas y luego la apretó contra su miembro excitado.

Ella se apartó de él.

— Prepara los crepes, pero solo dos. A pesar de tu comentario, sé que debo perder peso.

— Como quieras — dijo él de buen humor.

Donna agradecía mucho a Jake que se estuviera comportando como un caballero con ella. A pesar de que alguna vez la situación se había puesto tensa entre los dos, Jake no había intentado forzarla lo más mínimo.

Louisa soltó un pequeño grito y ambos corrieron hacia ella. En cuanto estuvieron a su lado, la niña se puso a reír y a balbucear.

— Parece que se sentía algo ignorada Jake acarició el vientre de su hija— .

Pues ya te estamos haciendo caso, muñequita — se volvió hacia Donna y se encogió de hombros— . Lo siento, pero es que me resulta muy difícil no llamarla así. Intento con— centrarme para llamarla Louisa, pero no lo consigo.

— Está bien, supongo que existen cosas peores que llamarla muñequita.

— Imagínate si sigo pensando en ella como mi muñequita cuando tenga dieciocho años y empiece a ir con muchachos por ahí...

Jake volvió a acercarse a la encimera y Donna se quedó observando sus anchas espaldas. Se le encogió el estómago. ¿Por qué tendría que ser tan atractivo ese hombre y por qué tendría que haberse convertido en un padre tan atento? Porque de no gustarle, le sería mucho más fácil mantenerlo apartado de ella. Pero desgraciadamente le gustaba mucho.

—¿Es que piensas seguir en contacto con ella cuando tenga dieciocho años?

— Claro, ¿o es que crees que voy a perder interés por ella una vez nos divorciemos?

— Eso era lo que creía antes, pero... lo siento, ya sé que desde el principio quisiste asumir tu responsabilidad. Lo que sucede es que no pareces la clase de hombre al que le gusta tener hijos.

— Admito que llevas parte de razón, ya que nunca me había planteado tenerlos. Y más con la clase de padre que tuve. Fue mi abuelo quien tuvo que criar a sus cuatro nietos y eso porque no tuvo otro remedio.

Jake hizo una pausa y respiró hondo.

— Así que nunca he querido ni casarme ni tener hijos y mucho menos hijas, ya que no tenía la más mínima idea de cómo había que tratarlas.

— Pues no parece que te moleste tener que cuidar de Louisa.

Jake sirvió los crepes en dos platos y los llevó a la mesa.

— Aquí está el desayuno. Y la verdad es que he de reconocer que

al principio me asustó mucho el hecho de tener que cuidar de una niña.

— ¿Y ahora? — Donna untó mantequilla en los crepes y luego les echó sirope por encima.

— Bueno, ahora sigo algo intimidado por el hecho de tener una hija. Me he dado cuenta de la responsabilidad que conlleva, pero... bueno, lo cierto es que ya no puedo imaginarme vivir sin Louisa.

«O sin ti», pensó Jake, que deseaba tanto vivir con la hija como con la madre.

— Siento haberte puesto tantas trabas para que entres a formar parte de la vida de ella — dijo Donna— . Te prometo que, una vez nos divorciemos, podrás verla a menudo.

— ¿Qué te parece si empiezo a practicar como padre que tiene que pasar el día solo con su hija mañana mismo?

— ¿A qué te refieres?

— Mañana tienes que ir al médico a revisión, ¿no?

— Así es — respondió Donna, saboreando los crepes.

—¿Qué te parece dejarme a Louisa para que la lleve conmigo al rancho mientras tú vas al médico? Podré tomarme unas pocas horas libres. A mi jefe no le importará. Le encantan los niños — Jake sonrió, pensando en que todavía no 49

podía decirle que él era su propio jefe— . Me gustaría que mi hija se acostumbrara al rancho. Al fin y al cabo, allí es donde viviré y, por tanto, será también su hogar. Aunque sea solo de vez en cuando.

— Es una buena idea, pero ya he contratado a una canguro.

— ¿A quién?

— Es una antigua alumna. Una chica de confianza que se llama Lindsay Crabtree. No te importa, ¿verdad?

— No, es solo que no me habías dicho nada hasta ahora.

— Hablé con Lindsay hace poco y me dijo que podría llamarla siempre que quisiera durante el verano para cuidar de la niña. Ya sabes que hasta ahora no he podido encontrar una niñera para Louisa y a mediados de agosto he de volver al trabajo.

—Podrías pedir la excedencia por un cuatrimestre y así no tendrías que volver hasta después de navidades. Al fin y al cabo, no necesitas el dinero.

— Normalmente, no, pero debido a que este no es un matrimonio real y tú no estás en condición de mantenernos, tendré que volver a trabajar en agosto.

— ¿Qué te hace pensar que no puedo manteneros? Te advierto que pienso pagar los gastos de la niña.

— Entiendo que quieras tomarte en serio tu paternidad, pero ya que estoy en mejor situación económica que tú por el momento, pienso que lo mejor será que sea yo quien me ocupe de los gastos de la

niña. Al menos, hasta que empieces a obtener beneficios del rancho que vas a comprar.

—Deja que me ocupe yo de mis finanzas. Y si te apetece quedarte con Louisa en casa hasta después de navidades, te aseguro que te puedes quedar.

Donna se quedó mirándolo extrañada, pensando que su orgullo no le permitía admitir la imposibilidad de mantener a su hija.

— Está bien, he de confesar que tengo suficiente dinero para quedarme en casa hasta después de navidades —Donna posó su mano sobre el brazo de él— Y

no quería decir que tú no tuvieses dinero para mantener a la niña una vez nos divorciemos. Simplemente, quería que supieras que podemos arreglárnoslas sin tu dinero.

—Parece que en realidad no me necesitas para nada —Jake apartó el brazo y se puso en pie— No laves los platos. Lo haré yo cuando vuelva.

— ¿Dónde vas?

— Fuera, necesito un poco de aire fresco.

Donna se dio cuenta de que lo había ofendido, pero no sabía qué podía decir para arreglarlo.

—Tu padre no solo es un hombre orgulloso —le dijo a Louisa una vez Jake se hubo ido—, sino que también es un cabezota.

Donna se quedó mirando a la niña.

—¿Sabías que eres preciosa? Cuando tengas dieciocho años, tu padre tendrá que apartar a los chicos de ti con un palo —Donna se echó a reír— Bueno, en realidad, no le hará falta usar ningún palo. Le bastará con echarles una de sus penetrantes miradas para que salgan corriendo. No creo que te deje tener tu primera cita hasta que hayas cumplido los treinta.

De pronto, Donna se dio cuenta de que estaba pensando en Jake como si fuera a vivir con ellas toda la vida.

«No permitas que te ocurra esto. No hagas planes que incluyan a Jake Bishop. Sabes que no lo amas, aunque sí que lo desees. No puedes amarlo. Ni ahora, ni nunca».

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Sheila a Donna cuando esta salió de la consulta del médico— ¿Te ha dado luz verde para tener una luna de miel como es debido?

Donna se obligó a sonreír. Ni Jake ni ella les habían contado todavía a los Bishop que su matrimonio no era real.

—Según parece, estoy muy bien. De hecho, el doctor Farr me ha dicho que nunca había visto a una mujer recuperarse tan rápidamente de un parto.

—Eso es porque tienes las caderas anchas. Igual que yo.

—Bueno —Donna miró su reloj—, hoy he salido muy pronto.

—Sí, como tenemos tiempo, podíamos ir a comer juntas. —No sé, es el primer día que dejo a Louisa con otra persona que no sea Jake o la señora Winthrop.

—Puedes llamar a Lindsay y preguntarle qué tal está la niña. Luego, podemos ir al Box Lunch a comer algo que engorde y que sea delicioso.

— De acuerdo — asintió Donna— . Llamaré a Lindsay y luego me reuniré contigo en el restaurante. Donna se metió en su Corvette, sacó el teléfono móvil y dejó el bolso sobre el asiento del copiloto. — Hola, aquí la casa de los Bishop — contestó Lindsay.

— Hola, Lindsay, he terminado con el doctor Farr antes de lo que pensaba y voy a ir a comer con mi cuñada. ¿Qué tal está Louisa? ¿Me necesitas para algo?

— No, señora Fields, quiero decir, señora Bishop, tómese el tiempo que quiera. Louisa es un verdadero ángel.

— Muy bien, supongo que estaré en casa dentro de una hora. De todos modos, si me necesitas, llámame al móvil.

— De acuerdo.

Cuando Donna llegó al Box Lunch, Sheila le hizo señas desde una mesa al fondo del abarrotado restaurante.

— El plato especial de hoy es el Rubens con patatas fritas — le dijo Sheila, acercándole un menú— . Y de postre, tienen pastel de fresa.

— Tú puedes permitirte comer todo lo que quieras, ya que estás embarazada, pero yo tengo que adelgazar. Se me ha puesto el trasero muy gordo.

— Y no solo el trasero — dijo Sheila, mirando el pecho de Donna.

— Es lo mismo que dijo Jake — de pronto, se dio cuenta de la intimidad que implicaba ese comentario— . Bueno... me refería a que estábamos discutiendo sobre mi peso y...

— Cariño, no tienes por qué avergonzarte. Al fin y al cabo, Jake es tu marido.

— Ya, pero supongo que todavía no me hago a la idea.

— Ya te acostumbrarás. Cuando llevéis un año juntos, te preguntarás cómo habías podido vivir antes sin él a tu lado. — Así es como te sientes tú con Caleb,

¿verdad?

— Claro — Sheila se sonrojó— . Siempre he deseado ser la esposa de Caleb.

Y la madre de sus hijos.

Donna sintió envidia de su amiga... o mejor, de su cuñada. Pero ella había sufrido tanto con la muerte de Edward que no estaba dispuesta a pasar de nuevo por lo mismo.

— En fin, creo que voy a decidirme por el Rubens con patatas fritas. Aunque, eso sí, creo que me quedaré sin el postre.

Algo más de media hora después, la camarera les sirvió un plato de pastel de fresa y dos tenedores.

— Que les aproveche, señoras — dijo la camarera.

— Sé que me arrepentiré de esto cuando me vuelva a pesar — Donna agarró un tenedor— , pero ahora mismo no me importa en absoluto.

Ambas soltaron un gemido de placer al probar el delicioso postre. Justo cuando Donna estaba bebiendo un trago de café, sonó su teléfono móvil.

Casi se le para el corazón. ¡Louisa! Algo le había pasado a Louisa.

Sacó el teléfono del bolso y contestó.

— ¿Diga?

— Oh, señora Bishop, creo que será mejor que vuelva a casa cuanto antes.

—¿Qué ha pasado, Lindsay? — preguntó Donna, que notaba el latido del corazón en sus oídos.

— No sé. Le di el biberón a Louisa y se durmió, pero se ha despertado hace unos minutos y no para de vomitar.

— En seguida voy — contestó Donna— . Llama al doctor Nelson y dile que iré ahora mismo a la consulta con la niña.

— Lo siento, señora Bishop, no sé que ha ocurrido. Louisa estaba bien al acostarse.

—Trata de tranquilizarte. Llama al doctor Nelson y cuéntale los síntomas. Yo iré en seguida —se despidió Donna, metiendo el teléfono en el bolso y poniéndose en pie.

—Yo te seguiré en mi coche —dijo Sheila.

—Primero hazme el favor de llamar a Jake y decirle que se reúna conmigo en la consulta del doctor Nelson. Creo que dijo algo de la compra y puede que esté en Colville.

— Si no está en el rancho, diré a Caleb que vaya a buscarlo allí. Ve a casa y recoge a Louisa. Encontraremos a Jake y le diremos que vaya a verte urgentemente.

Donna salió corriendo del restaurante y llegó a casa en un tiempo récord.

Lindsay estaba esperándola a la puerta con la niña en brazos. La niña es— taba gritando y la muchacha tenía lágrimas en los ojos.

— Está muy mal. Ha estado vomitando durante los últimos quince minutos.

— ¿Has llamado al doctor?

— Sí, ha dicho que la lleve a su consulta.

De manera que Donna se puso en camino y, al llegar a la clínica, fue conducida a la sala de consulta. Nada más entrar en ella, el doctor Nelson apareció.

Jake no podía concentrarse en los caballos que desfilaban frente a

él.

Afortunadamente, no necesitaba comprar o vender. Había ido a Colville sobre todo para calmar su rabia. El había planeado pasarse la mañana fuera con Louisa, iba a ser el primer viaje de esta a su rancho, pero Donna tenía otros planes. Sería mejor que él se fuera acostumbrando a que Donna iba a ser quien tomara la mayoría de las decisiones que afectasen a la vida de Louisa.

Él y su, dentro de poco, ex esposa tenían que llegar a un acuerdo sobre su hija. El no había planeado ser padre, pero ya que le había tocado serio, no iba a darse la vuelta y dejar a su muñequita y convertirse en un padre ausente. El quería ser un padre como es debido para ella, pero Donna no parecía tener intención de que el matrimonio funcionara.

Jake quería que su hija lo conociera y que pasara la mayor parte del tiempo en el rancho, aprendiendo sobre caballos. Cuando la niña fuera un poco mayor, le compraría un pony y la enseñaría a montar en él. Ya se la imaginaba con su pelo negro al viento, paseando por el rancho. Quería que el tiempo que pasaran juntos fuera perfecto, que se divirtieran, que aquellos momentos juntos fueran recordados siempre por su niña.

En ese momento, el subastador estaba describiendo una yegua. Jake la miró unos segundos y luego miró a su alrededor, justo a tiempo de ver a un hombre que se parecía a Caleb. ¡Demonios, era Caleb! ¿Qué estaría haciendo allí su hermano?

Jake se dio cuenta de que su hermano pequeño estaba buscando entre la multitud. Era evidente que lo estaba buscando a él. Entonces, tuvo un pre-sentimiento. Había pasado algo. ¡Le había sucedido algo a Louisa!

—¿Qué ha pasado? —preguntó, acercándose a la carrera a su hermano.

—Louisa está enferma. Ha vomitado y tiene diarrea. Donna la ha llevado al doctor. Está muy asustada y nos pidió que te buscáramos y te lleváramos a la consulta del doctor Nelson.

Jake no dijo nada, solo sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Si le pasaba algo a su muñequita, él... ¡No había que pensar en eso! Los niños se ponen enfermos continuamente y no suele ser nada grave. Pero su hija jamás se había puesto mala.

Desde que había nacido, había estado siempre sana y fuerte.

— ¿Dónde está la consulta del doctor? — preguntó Jake, ya en el aparcamiento.

— En la clínica de pediatría de Marshallton, en la calle State. Puedes seguirme.

— Gracias.

Jake se sorprendió de que ni él ni Caleb fueran detenidos por

exceso de velocidad. Habían conducido como locos para llegar cuanto antes a la clínica. Jake no esperó a que Caleb aparcara, sino que saltó del jeep e irrumpió como un 53

vendaval en el despacho del doctor. La sala de espera estaba llena de madres y niños de diferentes edades, tamaños y colores.

—¿Dónde está mi hija?

— Señor, no puede entrar...

— Soy Jake Bishop. Mi mujer ha traído a mi hija hace inedia hora más o menos. ¿Dónde están?

— En la consulta número tres, señor Bishop. Por el pasillo a la derecha.

Jake fue por el pasillo y entró en la sala tres, donde un hombre joven, bajo, delgado y vestido con una bata blanca, tenía a Louisa en sus brazos.

— ¡Oh, Jake! — gritó Donna, yendo a su encuentro.

Tenía los ojos rojos e hinchados y Jake la abrazó cariñosamente.

— Estoy aquí, cariño. Estoy a tu lado — le dio un beso en la frente y luego la agarró por la barbilla para ver su rostro— . ¿Qué le pasa?

Donna se aferró a él llorando.

— Estaba tan... mal. Tengo mucho miedo. Oh, Jake... está...

— Su hija se pondrá bien, señor Bishop — dijo el doctor Nelson— . Pueden llevarla a casa.

— ¿Mi muñequita está bien? — preguntó Jake sin soltar la cintura de Donna

— . ¿Qué le ha ocurrido? ¿Qué le pasa? Caleb dice que estaba vomitando y tenía diarrea.

El doctor Nelson alcanzó la niña a su madre. — Tenga, señora Bishop, sé que quiere tenerla en sus brazos.

Donna comenzó a besar la pequeña cabeza de la niña.

— No tienes que ponerte mala y asustar así a tu madre. ¿Me oyes?

El doctor esbozó una sonrisa.

— Señor Bishop, la niñera ha dado a su pequeña un biberón cuya fórmula no le ha sentado bien. Puede pasar algo así hasta que se encuentre la fórmula adecuada para el bebé.

— Está muy pálida —— dijo Jake, mirando a su hija.

— Piense en cómo se sentiría usted si hubiera vaciado su estómago mediante vómitos y diarrea, señor Bishop. Louisa está débil y no se encuentra bien, pero lo único que necesita es leche de la madre y mucho cariño de los dos. Seguro que mañana estará bien otra vez.

Jake soltó el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo. En ese momento, se dio cuenta de lo asustado que había estado y miró a Donna, cuyo cuerpo temblaba pegado al suyo.

— Ya ha pasado, cariño. Louisa se pondrá bien. Y vamos a darle todo el cariño que el doctor le ha recetado.

Se marcharon de la consulta dando gracias al doctor. Sheila y Caleb estaban en la sala de espera y, al verlos, corrieron a su encuentro. Jake les explicó lo que había pasado en pocas palabras.

— Lo siento. No sabía que Louisa no podía tomar leche en polvo. Se habían acabado los biberones que Donna había dejado preparados y parecía seguir hambrienta — explicó Lindsay— . Creí... que estaba haciendo lo correcto.

— No ha sido culpa tuya — aseguró Donna— . Fue culpa mía por no dejar más leche y haberme ido a comer con Sheila, cuando tenía que haber vuelto directamente a casa.

— No es culpa de nadie — intervino Jake— . Lo que ha pasado, habría ocurrido de todos modos cuando le hubiéramos dado ese tipo de leche. Además, según el doctor Nelson, va a ponerse bien. Así que, Lindsay, vete ahora a casa y no te preocupes, que cuando volvamos a necesitar a alguien que cuide a la niña, te llamaremos a ti.

— Gracias, señor Bishop — la muchacha esbozó una sonrisa— . Nunca dejaría que le pasara nada a Louisa. Por nada del mundo.

— Lo sabemos — aseguró Donna.

— Pues entonces ya solo queda que lleve a mis niñas a casa — dijo Jake.

Fueron hacia el jeep y Jake colocó a la niña en el asiento especial antes de abrochar el cinturón de Donna y sentarse él detrás del volante. Sheila y Caleb irían en su coche.

— Sheila, manda a alguien al garaje para que traigan el coche de Donna esta tarde a casa — ordenó Jake desde la ventanilla.

Sheila asintió y les hizo un gesto de despedida con la mano.

Antes de arrancar, Jake miró a su mujer, sentada al lado de la niña. Tenía los ojos llenos de lágrimas

— No te preocupes. Louisa se pondrá bien. Donna se acercó a él y puso una mano sobre su hombro.

— Estoy muy contenta de que estés conmigo. Solo pensaba en que te quería y te necesitaba. Entonces, levanté la vista y estabas delante de mí.

Capítulo Siete

Jake se detuvo con los brazos cruzados en mitad del dormitorio, mirando a la mujer que dormía. Nunca antes se había sentido tan hombre... un hombre que gobernaba su mundo y cuidaba de lo suyo. Toda su vida había evitado las responsabilidades y los compromisos. Siempre había dudado de su capacidad para mantener una relación de pareja duradera, nunca se había visto a sí mismo como marido y padre, pero los acontecimientos de aquel día habían demostrado algo muy importante para su futuro. Ya que no solo había estado al lado de su mujer y su hija, sino que también se había hecho cargo de la situación.

Había tenido miedo, más del que estaba dispuesto a admitir. En unas pocas semanas su hija se había convertido en el centro de su universo. Nunca había imaginado que se pudiera amar tanto. Y sabía que Donna quería a su hija de la misma manera.

Jake tomó la colcha doblada a los pies de la cama y la colocó sobre el cuerpo dormido de Donna. Su mujer había llegado a casa agotada emocionalmente una hora antes y él había insistido en que descansara. Le había asegurado que él cuidaría de Louisa y Donna había aceptado inmediata— mente la proposición.

Jake recordó en ese momento la gratitud que había leído en sus ojos. «Estoy muy contenta de que estés con nosotras... «. Quería creer que aquellas palabras habían salido de su corazón y que no se arrepentiría más tarde.

A Jake le gustaba la idea de que Donna lo necesitara, de que le gustara que formara parte de la vida de Louisa y de la suya. Si alguien le hubiera dicho tiempo atrás que no solo iba a ser marido y padre, sino que además iba a gustarle el papel, no lo habría creído.

Le encantaba observar a Donna, despierta o dormida. Ella poseía una belleza salvaje que lo excitaba de diferentes maneras. Lo que más le gustaría sería tumbarse a su lado, despertarla con besos y desnudarla despacio. El simple recuerdo de la pasión que habían compartido el verano anterior, hacía que le doliera todo el cuerpo. Ella era su mujer, pero todavía no lo era en todos los sentidos. Solo legalmente. Y quizá su mente aceptara el acuerdo, pero su cuerpo no.

Jake se dio la vuelta bruscamente para evitar la imagen de la mujer que tanto deseaba y fijó la mirada en la cuna. Louisa lo miró con sus ojos marrones idénticos a los suyos. Jake era incapaz de explicar en palabras lo que sentía cada vez que veía a esa niña. Su hija había cambiado su vida irremediablemente, llenándola de significado e intención. Posiblemente, no había hecho nada bien anteriormente, pero iba a tratar de ser un buen padre, costara lo que le costara.

— Hola, muñequita — dijo agachándose y tomándola en los brazos — . Vamos a salir de aquí para que tu madre pueda dormir. Ha tenido

un día muy duro. La has asustado mucho. Ya descubrirás algún día lo que una madre sufre cuando le pasa algo a su hija.

Jake llevó a la niña a la planta baja.

— Por supuesto, los padres también se ponen mal, pero como nosotros somos más fuertes y grandes, tenemos que fingir que no estamos mal, que podernos enfrentarnos a todo.

Louisa miró a su padre y este, una vez más, creyó que le había sonreído.

— Apuesto a que hay que cambiarte el pañal, ¿a que sí? Eso puedo hacerlo yo, pero si tienes hambre, habrá que despertar a mamá.

Donna había dejado la caja de pañales sobre uno de los sofás del salón. Jake dejó a la niña boca arriba sobre uno de los cojines, pero en ese momento sonó el teléfono.

—¿Sí? — contestó después de ponerse a la niña sobre el hombro de nuevo.

— Hola, ¿qué tal? — dijo la voz de Caleb.

— Lo siento, pero iba a cambiar el pañal a Louisa y tenía miedo de que el teléfono pudiera despertar a Donna.

—¿Va todo bien?

— Sí.

— ¿Está todo bajo control?

— Eso creo. Donna está descansando y yo estoy cuidando de mi hija.

— ¿Ha tenido más diarrea o vómitos?

— No, está estupendamente.

— Sheila quería que os llamara por si nos necesitabais esta noche.

— Gracias, pero estamos bien.

—¿Jake?

— ¿Sí?

— Eres un buen padre — Caleb se aclaró la garganta— . Si alguna vez dudas de ti mismo, deja de hacerlo y recuerda que no te pareces más a nuestro padre que Hank o yo mismo. Y si nos necesitas algún día, llámanos.

— Gracias.

Jake se sentó en la mecedora que había al lado de la chimenea, puso a Louisa en su regazo y comenzó a jugar con ella. La niña comenzó a reír y el corazón de Jake no cabía en sí de placer.

— Caleb tiene razón, yo no soy como mi padre — se inclinó hacia delante, tomó una de las manitas de Louisa y la besó— . Aunque me asusta mucho el fracaso, voy a tratar de ser el mejor de los padres para ti. Prometo que estaré siempre a tu lado y que te cuidaré... y también a tu madre, si ella me deja.

Donna, en la entrada, contuvo el aliento al escuchar las promesas de Jake a su hija. Se sentía muy cerca de él, más que de ningún otro

hombre. Más, incluso, que de Edward en el pasado. Jake era un hombre muy energético, pero a la vez era cariñoso y amable. El hombre con el que había compartido un fin de semana en el verano pasado y que había sido apasionado, exigente y arriesgado... un amante que ella jamás olvidaría. Pero no había imaginado que dentro de J.B. se escondía un hombre cariñoso y bueno, capaz de ser el mejor padre para su hija.

Nunca habría aceptado que Jake Bishop formara parte de sus vidas, pero las circunstancias habían hecho que se casara y lo aceptara como el padre de Louisa.

Siempre que lo veía con la niña, se emocionaba profundamente, a pesar de que se negaba a dejarse llevar por los sentimientos. No podía abandonarse y amar a Jake. Pero, ¿cómo podía evitar desearlo?

— ¿Quién ha llamado?

Jake se volvió y vio allí a Donna.

— Siento que te haya despertado. Era Caleb para ver cómo estábamos.

¿Estás mejor?

— Sí, gracias. Ya estoy más tranquila —la mujer se sentó en el sofá — Nunca había estado tan asustada en toda mi vida. No sabía qué le pasaba a Louisa.

— Tenemos que estar agradecidos de que no haya sido nada grave y se vaya a poner bien en seguida Jake acarició las mejillas de su hija — Ya no te vamos a dar más leche en polvo, ¿sabes, muñequita? Desde ahora, solo tomarás la leche de mamá.

— Pobre Lindsay, estaba destrozada —Donna miró a Jake. Su vista se detuvo en sus labios— Fuiste muy amable con ella. Gracias por decirle que no le echábamos la culpa a ella.

—Estaba culpándose equivocadamente.

—Jake... sobre lo que te dije hoy... .

—¿Qué me has dicho? —preguntó, meciendo a Louisa, que estaba muy a gusto en sus brazos.

—Sobre lo de que estaba muy contenta de que es— tuvieras con nosotras y que te necesitaba y quería. Creo... que debería explicarme.

—Me imagino que querías decir exactamente lo que dijiste, es decir, que Louisa tiene un padre con el que podéis contar.

Donna dio un suspiro de alivio.

—Sí, justo eso era lo que quería decir. Sé que a veces te he dicho cosas imperdonables. Llegué a decirte que no eras el tipo de hombre que yo quería para Louisa.

—No puedo culparte. Después de todo, no soy ninguna maravilla.

—Eso no es cierto. Eres una maravilla —Donna apartó la mirada— No podemos cambiar el hecho de que eres el padre de Louisa y estás haciendo todo lo posible para demostrarme que puedes ser un buen

padre. Hoy te necesitaba, necesitaba a alguien que quisiera tanto a Louisa como la quiero yo para compartir el dolor… el miedo a perderla.

—Pase lo que pase entre nosotros, yo siempre estaré cerca para ayudar a mi hija. No quiero que nunca lamente el tenerme como padre.

—Va a quererte mucho —Donna se aclaró la garganta— De hecho, ya te quiere.

—¿No te importa que muñequita y yo estemos tan unidos? Jake besó a su hija en la frente. Luego, la apretó contra su pecho.

—Jake, yo… bueno…

Louisa comenzó a gemir y Jake se levantó para llevarla con su madre.

—Creo que el tiempo de unión padre e hija ha terminado. Creo que solo tú tienes lo que necesita en este momento.

Donna tomó a la niña hambrienta, se sentó en el sofá y se desabrochó la blusa. Seguidamente, abrió el sujetador y acercó el pecho a la niña, que lo tomó con avidez. Jake se sentó a su lado.

— Tiene el apetito de los Bishop —dijo Jake, echándose relajadamente hacia atrás.

— Yo también tengo buen apetito y, si no lo aprendo a controlar, nunca perderé lo que he engordado durante el embarazo.

— Estás muy bien así —comentó Jake, mirándola de arriba a abajo —

Además, me gustan las mujeres con apetito. Para la comida y para otras cosas…

— Gracias —replicó ella, ignorando esas otras cosas que ella prefería olvidar.

— Creo que iré a ducharme —dijo Jake— Ha sido un día muy largo y estoy cansado.

— Sí, ve a ducharte —Donna mantuvo la vista fija en su hija— Si estás dormido cuando suba, procuraré no despertarte.

— Si estoy dormido, puedes quemar la habitación, que no me despertaré.

¿No te has dado cuenta de que duermo muy profundamente?

— Sí, claro.

— Pero si me necesitas durante la noche, solo tienes que tocarme y me despertaré —continuó, son— riendo maliciosamente.

Dicho lo cual, desapareció escaleras arriba.

Tocar a Jake Bishop era algo que siempre tenía Donna en mente. Tenía miedo de tocarlo en sueños y que él lo interpretara erróneamente. Y a la vez, le apetecía mucho tocarlo, acariciar su fuerte cuerpo. Sería una exquisita tortura. Y

un error por el que pagaría toda la vida.

«¿No has aprendido la lección?» Preguntó esa horrible voz interior. «Tú y Jake sois una combinación letal. Un simple roce, os haría estallar».

Jake se duchó tranquilamente, preguntándose cuánto tiempo tardaría en subir Donna. A pesar de que ella se lo negaba a sí misma, necesitaba el sexo. El conocía a las mujeres y, por tanto, conocía a Donna. Ella no había vuelto a acostarse con un hombre desde el fin de semana en Nuevo Méjico, así que tenía que necesitarlo terriblemente. Pero, ¿estaría dispuesta a admitirlo? ¿O seguiría negándose a sí misma y también a él el alivio que solo una noche de amor podía darles?

Esa noche podía ser decisiva en el futuro de su matrimonio. El tenía que hacer y decir lo adecuado. Quizá Donna necesitase que la convenciera.

Posiblemente, quería que él tornara la iniciativa. Pero si la presionaba demasiado, o demasiado deprisa, podía arruinarlo todo.

Terminó de ducharse, se secó el pelo y se afeitó.

Luego, ordenó el baño. A Donna le gustaban las cosas limpias y en su sitio, y él, por naturaleza, era muy desordenado, así que no le resultaba fácil complacer a una mujer. Pero si quería que Donna volviera a sus brazos, tenía que intentarlo.

Finalmente, se puso un calzón negro, abrió la puerta del baño y miró en la habitación. Donna no estaba.

«Va a quedarse abajo hasta que crea que estoy dormido. Sabe que si estoy despierto, esta noche puede ser peligrosa».

Jake se estiró en la cama y esperó. Cuando pasaron diez minutos, se puso nervioso. No estaba dormido, por el contrario, estaba bastante excitado. Pero no podía salir corriendo escaleras abajo y pedir a Donna que se metiera en la cama con él.

Aquello no hubiera funcionado con su esposa. Aunque, por otro lado, aquello sí que le había servido con la mujer que había conocido en el Blue Bonnet Grill el verano anterior. Ella no se había opuesto cuando él la había abrazado en la pista de baile. ¡Maldita sea! Quizá estaba utilizando la táctica equivocada. Quizá se estaba comportando demasiado amablemente con ella. Quizá tuviera que demostrar a Donna lo que se estaba perdiendo por rechazarlo continuamente.

Jake se levantó y apagó las luces. Luego, volvió a tumbarse con las manos detrás de la nuca y comenzó a planear la caída inminente de Donna.

Louisa llevaba dormida ya media hora, pero Donna quería retrasar el subir al dormitorio. Confiaba en que Jake estuviera dormido cuando ella pusiera a la niña en la cuna. Cada día que pasaba le era más difícil dormir al lado de Jake y no abrazarse a él buscando consuelo físico.

«¿Estaría tan mal tener relaciones sexuales con él?» Esa maldita voz la animaba a sucumbir a sus deseos. «Que tengas relaciones con él

no significa que vayas a enamorarte de él. ¡Ni tampoco que tengas que seguir casada con él!».

Pero Donna sabía que, si hacían el amor, Jake pensaría que ella había cambiado de opinión acerca de que el matrimonio fuera temporal. Quizá podía decirle simplemente, y antes de nada, que el sexo no iba a cambiar las reglas, que cuando llegara diciembre, se divorciarían. Habían acordado esperar seis meses y ella esperaba que él mantuviera su promesa. Pero también habían 59

acordado que fuera un matrimonio solo legal, ¡y por tanto el sexo no debía entrar en él!

Donna se levantó del sofá y subió las escaleras de puntillas. Después de abrir la puerta, se detuvo. Al ver el cuerpo inmóvil de Jake, dio un suspiro de alivio.

Estaba dormido. Gracias a Dios.

Se acercó a la cuna, dejó a Luisa en ella y se metió en silencio al cuarto de baño. Al cerrar la puerta, se apoyó en ella y cerró los ojos. Le palpitaba el corazón a toda velocidad. «Por favor, que Jake continúe dormido. Si puedo resistir esta noche, seré capaz de resistir los próximos meses». Donna se preparó el baño y estuvo allí casi una hora. Cada vez que se pasaba la manopla por la piel, sentía un escalofrío. No podía evitar recordar las manos de Jake acariciándola.

Enfadada consigo misma, se levantó de la bañera y se envolvió en una toalla limpia y suave. «¡Basta ya! Piensa en otras facetas de Jake. Piensa en lo amable que es. Piensa que ha sido mercenario y que ahora es un vaquero duro que no tiene otros deseos en la vida que comprar su propio rancho».

Jake no se parecía en nada a Edward. «¡Eso es! Piensa en Edward. En lo mucho que lo amaste y en lo felices que fuisteis juntos».

Pero Edward era un recuerdo cada vez más apagado. Un recuerdo dulce, pero solo eso. Jake estaba vivo y estaba en ese momento en su dormitorio, tumbado en su cama. Solo tenía que tocarlo, susurrar su nombre, y él la haría suya. ¡La haría suya!

Donna tembló al recordar la maravillosa forma en que Jake hacía el amor.

Tomó el camisón, con manos nerviosas, se lo puso y agarró el pomo de la puerta.

«Vete a la cama y duérmete en seguida. Quédate en tu lado y no lo toques.

Y si él te toca, no reacciones».

Así que abrió la sábana muy despacio, vigilando a Jake, por si se movía o hablaba. Pero no lo hizo. Donna se metió en la cama y se cubrió hasta el cuello.

La tensión hizo que todos los músculos de su cuerpo se contrajeran. Prestó atención, pero solo oyó el sonido de la respiración

de Jake. Debía de estar dormido, se dijo a sí misma. «Jake está dormido y yo estoy a salvo una noche más».

De manera, que se quedó tumbada, de espaldas a él, esperando a que su cuerpo y su mente se relajaran. Pasaron los minutos, minutos interminables de los que ella perdió la cuenta, y no pudo relajarse. No le llegaba el sueño, solo veía imágenes de Jake. No paraba de recordar sus ojos oscuros, su pecho ancho y fuerte, sus brazos musculosos y su risa profunda y gutural.

Notó el olor masculino y único del hombre tumbado a su lado. El aroma a limón del jabón que usaba, mezclado con el de su piel y su pelo, y estuvo a punto de enterrar su rostro contra su pecho para respirar aquella fragancia viril y limpia.

— ¿Qué pasa, cariño? ¿No puedes dormir? Donna se sobresaltó.

— No, me imagino que estoy demasiado agotada emocionalmente como para descansar.

Jake se acercó hasta rozarla con su cuerpo. Ella contuvo el aliento. Luego, Jake arrimó sus labios a la oreja de ella y le dio un pequeño mordisquito.

— Lo que necesitas es un masaje.

«No, por favor, no dejes que me toque».

Entonces, Jake la empujó suavemente y se colocó sentado, de espaldas al cabecero de la cama, para sentarla también a ella entre sus piernas.

— Tranquilízate, cariño — le aconsejó, agarrando sus hombros— . Estás demasiado tensa.

En el momento en que él la acarició a través del camisón de algodón, ella gimió suavemente. Una sensación de hormigueo encendió su femineidad y en unos segundos se extendió por todo su cuerpo. A Donna le encantaba sentir las manos grandes de Jake en sus hombros.

— No juegas limpio — dijo, sin embargo— . Por favor, Jake, no quiero que...

— Sí que quieres — interrumpió él, inclinándose y dándole un beso en la nuca.

—¿Por qué luchas? ¿Por qué no dejas simple— mente que ocurra? ¿No te acuerdas de lo bien que nos lo pasamos?

Claro que lo recordaba. Cada caricia, cada beso, cada uno de los momentos apasionados y salvajes...

— Pero aquello fue solo sexo — dijo sin aliento— . Y ahora, como no nos amamos, no vamos a permanecer casados mucho tiempo.

— ¿Es eso lo que te preocupa? — Jake mordisqueó su oreja al pasar las manos por los brazos de ella hasta alcanzar sus senos y cubrirlos— . Si es eso, entonces puedes dejar de preocuparte. No te pediré más que esta noche y el placer que podamos dar— nos el uno

al otro.

Jake pasó los pulgares por los pezones, encendiéndolos. Los senos de Donna se hincharon contra la tela fina de algodón.

Debería decirle a Jake que eso no era lo que ella quería. Que hacer el amor complicaría más una situación ya de por sí complicada. Pero, ¿por qué engañarse a sí misma? ¿Por qué negar a ambos la oportunidad de aliviar la tensión que sufrían? ¿No había dicho él que se conformaba con una sola noche? ¿No era ese el motivo por el que ella sentía tanto miedo, tantas dudas?

Donna se dio la vuelta y sus ojos se encontraron. El tomó su rostro entre las manos y la besó con una intensa suavidad. El cuerpo de Donna tembló de deseo.

Abrió la boca y se la ofreció a Jake, que entró en ella poco a poco, pero con firmeza. Sin dejar de besarla, le desabrochó el camisón y deslizó una mano dentro para tocar sus senos. Eso provocó en Donna una extraña sensación de placer.

Cuando la respiración de ambos se hizo entrecortada, Jake separó la boca de la de ella y descendió por el delicado cuello, pintando un camino húmedo en él.

Ella echó la cabeza hacia atrás, facilitándole así el acceso. La lengua de Jake buscó los senos femeninos. Al encontrarlos, Donna no pudo evitar un grito de placer.

— Oh, Jake —exclamó, pasando la mano por su pelo varias veces, animándolo a que continuara acariciando sus pechos.

Jake, entonces, le quitó el camisón y ella se quedó completamente desnuda sobre la cama. Su piel encendida y deseosa de sentir las manos de él; sus pezones erectos, su sexo húmedo.

— Sé lo que necesitas, cariño. Por favor, deja que te haga el amor.

Jake acarició una vez más su cuerpo, deteniéndose en sus senos.

Finalmente, exploró su secreto más escondido.

Donna se retorció contra las manos de él, buscando alivio. Mientras él la acariciaba, ella tiró del calzón. El levantó las caderas para ayudarla.

—Te necesito, Jake. Por favor, hazme el amor —suplicó al tiempo que acariciaba su miembro erecto.

Entonces, ya con el permiso de Donna, Jake continuó sus caricias con más pasión y la chupó y mordisqueó por todas partes, haciéndola retorcerse en la cama. Le apartó las piernas y ella se estremeció al notar la lengua de él en la parte interna de los muslos. Jake subió poco a poco la cabeza, hasta que finalmente llegó a su destino. Cuando su lengua rozó la piel húmeda de su sexo, ella gritó. Jake levantó las caderas de ella para poder acercar más la boca, y entonces comenzó un ataque lento y sensual que provocó en el cuerpo de Donna temblores cada vez más fuertes hasta llegar al clímax.

Antes de que pudiera recuperarse, Jake se colocó sobre ella, agarró sus caderas y las levantó para poder penetrarla profunda y completamente. Luego, se movieron rítmicamente sobre la cama, cambiando de posturas varias veces mientras sus cuerpos se unían en un apasionado frenesí.

Cuando Jake notó que el cuerpo de ella se tensaba, supo que estaba al borde de otro orgasmo. Entonces, aceleró el ritmo y profundizó la penetración. Cuando el cuerpo de Donna estalló, él se abandonó a su propio orgasmo. El poder de la satisfacción plena y mutua provocó en ellos un placer infinito.

Permanecieron tumbados, uno en brazos del otro, con los cuerpos sudorosos, la respiración entrecortada y los labios deseosos de contacto. Se besaron con ternura y Jake acarició las caderas de Donna. Ella jugó con el vello de su pecho viril.

Donna se sentía tan lasciva y poderosa, como se había sentido el verano anterior, cuando habían compartido aquel fin de semana. ¿Cómo era posible que estar en brazos de Jake la convirtiera en una mujer sensual y apasionada, capaz de cualquier cosa?

Trató de separarse, pero él la abrazó con fuerza.

— No te vayas tan rápidamente, amor mío. La noche acaba de comenzar.

Ella cerró los ojos y escuchó el latido del corazón de Jake.

Lo único que quería era entrelazar su cuerpo con el de él y permanecer así toda la vida.

— Louisa se despertará en seguida. Tendré que cambiarle el pañal y darle el pecho —contestó, echada sobre Jake.

— Cuando lo haga, cuidarás de ella. Pero, ¿qué te parece si luego me encargo yo de cuidarte a ti?

Jake, yo...

— No digas que no. No cuando tú lo deseas tanto como yo —replicó él—

Solo esta noche —añadió, tomando su rostro para besarla una vez más.

Jake se despertó al amanecer y se dio cuenta de que Donna no estaba a su lado. Se incorporó sobre un hombro y miró hacia la cuna. Louisa estaba dormida 62

plácidamente. Entonces, alzó la vista y vio las puertas del balcón abiertas. Retiró las sábanas, se levantó y salió. Donna estaba allí, a la luz de la luna. La brisa cálida del verano se movía entre las ramas de los árboles y creaba sombras en su cuerpo. Un cuerpo que él conocía ya tanto como el suyo. Un cuerpo que había explorado aquella noche una vez más, después de que terminara de cuidar a Louisa. Aquel segundo encuentro había sido más placentero aún que el primero.

— ¿Donna?

Esta dio un respingo antes de darse la vuelta.

— Estoy bien. Vuelve a la cama, Jake. Necesito estar sola para pensar en todo un poco — al decirlo, miró hacia el cielo oscuro.

— Algunas veces, piensas demasiado — dijo él, rodeándola con sus brazos y apretándola contra su pecho— . Me gustas más cuando estás sintiendo.

— Sabes que no podemos basar nuestro matrimonio ni nuestra vida en común en el sexo, por muy maravilloso que sea.

— Y es maravilloso, ¿verdad?

Jake frotó su mandíbula contra las mejillas de ella. — Hemos hecho un acuerdo y no ha cambiado nada.., a pesar de lo sucedido.

— Vamos a divorciarnos en diciembre, ¿no es eso? ¿Hay alguna razón para que creas que tienes que recordármelo?

— No quiero que pienses que el que hagamos el amor cambia las cosas.

—¿Tú crees que soy yo quien tiene que convencerse?

— ¿Qué quieres decir con eso?

Jake acarició dulcemente los brazos desnudos de Donna.

— Quizá tengas miedo de que lo que ha pasado esta noche te haga cambiar de opinión. ¿Es lo que te preocupa?

— No, por supuesto que no.

— Entonces, no hay problema, ¿no te parece?

Jake se dio la vuelta y se metió en la habitación, sabiendo que lo que había pasado esa noche, cambiaba la situación para ambos. Pero él solo admitiría la verdad si Donna estaba dispuesta a hacerlo. Se imaginaba que eso costaría a Donna mucho más que una noche. El simplemente tenía que esperar el momento adecuado y aprovechar cada oportunidad para amarla. Al fin y al cabo, tenía hasta diciembre para convencerla de que deberían seguir casados.

Capítulo Ocho

El reloj de pared del vestíbulo sonó cuatro veces. Donna, sentada en el sillón, miró inquieta hacia la puerta. Jake iría entre las cinco y las siete, dependiendo del trabajo en el rancho. Si había suerte, no llegaría hasta que la reunión se dispersara. No le apetecía nada que Jake apareciera entre sus compañeras y amigas, sudoroso y sucio. Aunque sabía que era un hombre increíblemente atractivo fuera como fuera, quería protegerlo de opiniones ajenas y protegerse a sí misma de más rumores.

Normalmente, Jake entraba por la puerta trasera y se daba una ducha en el cuarto de baño que había junto al estudio. Así que, si seguía su rutina, ella le oiría entrar y tendría tiempo para terminar la reunión antes de que él asomara la cabeza para saludar. Y lo que más le desagradaba a Donna, era que Stephanie Lamont pudiera conocerlo. Estaba segura de que la mujer le daría un informe completo a su tío, Harding, el director de la universidad, sobre la vida de Donna Fields. Sabía que la gente no paraba de hacer todo tipo de comentarios. Desde que no entendían por qué se había casado con aquel vaquero, hasta afirmaciones sobre lo atractivo que era.

Donna miró hacia el salón y vio a la mujer que llevaba limpiando su casa dos veces a la semana, durante cuatro años. La mujer rolliza, madre de tres hijos, iba cada vez que ella organizaba una reunión. Jimmie Lou Long colocó la cafetera de plata sobre la mesa y miró directamente a Donna, haciendo un gesto que señalaba a la cocina. Donna se preguntó qué le querría decir Jimmie Lou. ¿Habría pasado algo en la cocina?

Donna sonrió a un comentario que Selina Forbes hacía y miró de nuevo hacia Jimmie Lou, que una vez más hizo un gesto con los ojos, señalando la cocina.

—Y ahora, te voy a decir lo que tú deberías haber hecho, Donna —intervino Patricia Weston, colocándole una mano sobre el brazo.

Donna dirigió su atención hacia Patricia.

— ¿Perdón?

— Si has sucumbido a un apasionado romance y te has quedado embarazada, deberías haberte buscado un millonario, en vez de un vaquero inútil.

— ¡Claro que sí! —exclamó Gloria con un suspiro— Así, cuando te divorciaras, te quedarías con una bonita suma para vivir el resto de tu vida.

Las cinco mujeres comenzaron a reír y Donna se sonrojó. Sabía que las que decían llamarse sus amigas despreciaban a Jake, a pesar de ser el hermano de la Primera Dama de Tennessee, pero ninguna había tenido el descaro de decírselo claramente hasta aquel día. Aunque aquella había sido la primera reunión desde el nacimiento de Louisa y

la boda.

Donna abrió la boca para decir que quizá Jake no tuviera dinero, pero que no era ningún inútil. Era un hombre cariñoso, amable y encantador. Después de aquella noche de pasión, tres semanas antes, habían hecho el amor cada día y en cada oportunidad que se les presentaba. Ella sabía que se arriesgaba demasiado al sucumbir a sus necesidades físicas, que quizá se estaba engañando a sí misma y que después de todo no le iba a ser tan fácil aquel divorcio.

—He oído que tu marido es muy guapo —dijo Marcia Duggar— Que es fuerte y moreno y más guapo incluso que su hermano Caleb.

—Jake es...

—Guapo o no, ¿tuviste que casarte con él? —quiso saber Claudia Ryan—

Quizá es fabuloso en la cama, pero...

— Pues claro que tuvo que casarse con él —intervino Stephanie, con una sonrisa maliciosa— Donna no es el tipo de mujer que se acuesta con un hombre y tiene un hijo sin casarse.

Donna se daba cuenta de que todas allí sabían la verdad. Sabían que ella y Jake no se habían casado y divorciado durante el último verano.

— Seguramente, tu matrimonio no durará mucho —comentó Gloria— Quiero decir, ¿qué puedes tener en común con un hombre así?

— He oído que ni siquiera terminó la escuela —informó Patricia al grupo—

Amanda Waters me dijo que Jake Bishop tenía muy mala fama antes de dejar Crook Oak, con dieciocho años. Al parecer no solo se lió con la mujer de su jefe, sino que robó a este antes de marcharse.

—¿En qué diablos estabas pensando para liarte con alguien así? —replicó Gloria— Tu madre se habría sorprendido mucho si supiera que te habías casado con alguien tan inferior a ti.

— Me han dicho que ni siquiera tu tío se ha enterado del matrimonio.

— Mi tío Duncan vive en Europa desde que se jubiló y...

—Mi pobre Donna, naturalmente, nos damos cuenta y entendemos que no tuviste otra salida cuando ese hombre reapareció en tu vida y anunció que era el padre de Louisa.

— Ya lleváis casados dos meses, así que seguro que empezáis pronto el proceso de divorcio —continuó Claudia, tomando un sándwich.

— No puedo imaginarme lo que puede ser tener que vivir con un hombre así.

Me imagino que será bueno en la cama, pero nada más —Gloria bebió un poco de café— Será una persona sin educación, un vaquero

pobretón. Estoy segura que le limitarás las visitas a Louisa. No querrás que pueda estropear la educación de la niña.

Donna sintió deseos de gritar, de echarlas a todas de su casa, de decirles que era un padre maravilloso y que Louisa y ella lo adoraban.

—Buenas tardes a todas —saludó Jake Bishop desde el comedor.

Las cinco mujeres alzaron la vista y tomaron aire al unísono. Donna cerró los ojos.

Jake tenía barba crecida de un día. Su camisa y sus pantalones estaban llenos de polvo. La camisa tenía manchas de sudor. Tenía el pelo húmedo y olía como un hombre que se ha pasado todo el día trabajando con caballos.

¿Por qué llegaba tan pronto a casa y entraba en el salón sin cambiarse?

¡Oh, Dios! Eso era lo que Jimmie Lou había estado intentando decirle, que Jake estaba en la cocina. Donna miró hacia el suelo, intuyendo que iba a pasar algo desagradable. Su marido no se tomaba los insultos a la ligera.

Jake caminó directamente hacia Donna y la tomó de las manos para que se levantara. Ella, sorprendida, no fue capaz de reaccionar a tiempo y evitar que le diera un beso en la boca. Y a pesar de que sus amigas estaban mirando, no fue tan fuerte como para no responder. Pero justo cuando lo hizo, Jake terminó su beso y le pasó una mano por la cintura.

—Preséntame a estas preciosas señoritas. Os he oído desde la cocina.

Forzando una sonrisa, Donna hizo las presentaciones. Las cinco invitadas no eran capaces de apartar los ojos de aquel hombre grande y sucio que estaba en medio del salón lleno de antigüedades. Estaba tan fuera de ambiente, pensó Donna, como un toro en una tienda de porcelana china.

— ¿Cariño, me pones una cerveza? —preguntó Jake, dándole una palmada en las nalgas antes de derrumbarse en el sofá, entre Gloria y Patricia. Ambas se arrimaron hacia el borde del sofá como si estuvieran preparadas para emprender el vuelo. Jake colocó ambos brazos en el respaldo del sofá, detrás de cada una de ellas.

—Date prisa, preciosa —dijo Jake a su esposa— Ponte en marcha y tráeme una cerveza. ¡Me muero de sed!

Jake levantó los pies y puso las botas llenas de barro sobre la mesilla de caoba. Las cinco mujeres reprimieron un grito. Donna volvió a cerrar los ojos y rezó, suplicando una intervención divina. Su marido la estaba avergonzando a propósito.

Donna corrió a la cocina, donde Jimmie Lou la recibió con una cerveza abierta en la mano.

—La quise avisar de que él estaba en la cocina, pero usted me

ignoró.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Lo suficiente para oírlo todo.

Donna agarró la cerveza y volvió al salón. —Aquí tienes.

Jake tomó la cerveza, se la llevó a los labios y vació la mitad de su contenido antes de dejarla sobre la brillante superficie de la mesilla de café. Las cinco mujeres miraron la botella que estropeaba la perfección de la mesa.

En cuanto se fueran sus amigas, Jake Bishop sería hombre muerto, pensó Donna, mirando a su marido.

Este ignoró la mirada amenazante de Donna, tomó de la mesilla el sándwich inacabado de Gloria y se lo metió en la boca, masticando ruidosamente.

Stephanie se levantó.

—Creo que deberíamos marcharnos ya.

Las demás asintieron inmediatamente y fue para Donna como un disparo de salida. No iba a matar a Jake inmediatamente. ¡Oh, no! Lo torturada antes lentamente.

Las mujeres se levantaron una a una y murmuraron alguna excusa para tener que marcharse. Jake se levantó y acompañó a las invitadas al vestíbulo. Al despedirse, dio una palmada en los traseros de Marcia y Stephanie.

—Pasaros cuando queráis, chicas —dijo, guiñándoles un ojo y sonriendo provocadoramente.

Las mujeres escaparon como ratas que huyen de un barco hundido. Donna cerró la puerta y se dio la vuelta, las manos en jarras.

—¿Qué demonios haces? Van a decirle a todo el mundo que mi marido es el hombre más bruto, grosero, maleducado y palurdo que han conocido jamás. Y

resulta que Stephanie es la sobrina del director de la universidad.

—No sé por qué te preocupas tanto —la sonrisa de Jake se desvaneció—

Esas chicas ya pensaban de mí lo peor. Yo solo intenté confirmar sus sospechas.

— Pero tú no eres ningún bruto, ni un grosero, ni un maleducado. ¿Por qué has tenido que hacerlo?

— Si no soy ninguna de esas cosas, ¿por qué no te molestaste en decir a tus amigas que sus comentarios eran infundados? —agarró a Donna por los hombros

— ¿Por qué no me defendiste?

— Iba a hacerlo, pero no me dejaban hablar. Entonces, entraste y me dejaste en ridículo delante de mis compañeras de trabajo. Y yo no podía decirles que lo estabas haciendo por ellas.

Jimmie Lou se aclaró la garganta. Jake soltó a Donna y ambos

miraron a la mujer.

—Ya he recogido todo y he puesto el lavavajillas. Me tengo que ir.

Pasó al lado de Jake y Donna y se dirigió rápidamente a la puerta.

—¿Qué pensará Jimmie? No podremos culparla si no vuelve a esta casa después del modo en que te has comportado esta noche.

— ¡Te preocupas demasiado por lo que piensan los demás! —contestó Jake, dirigiéndose a las escaleras de la planta de arriba.

— ¡Y quítate esas botas asquerosas! Vas a poner todo perdido. Y no se te ocurra marcharte ahora. Tengo varias cosas que decirte.

— Ya me has dicho suficiente. Y aquí tienes mis botas asquerosas —Jake se sentó en el primer escalón y se las quitó. Luego, se puso en pie y se desabrochó la camisa y la tiró también al suelo.

Cuando se desabrochó el cinturón, Donna lo miró con desagrado.

— ¿Y ahora qué haces?

— Estoy asqueroso de la cabeza a los pies, así que me quitaré todo para no ensuciar tu cuarto de baño.

Se quedó en pie con solo un calzón blanco y una mirada dura en el rostro.

Donna reprimió el deseo de tirarle cualquier objeto pesado que tuviera a su alcance.

Ese hombre la había dejado en ridículo solo por— que lo habían herido en sus sentimientos. O quizá también hubiesen herido su orgullo masculino.

— No tienes excusa para comportarte así!

— Y tú no tienes excusa para dejar que esas mujeres hablaran así de tu marido.

Jake se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras. Donna contuvo el aire cuando vio que tenía un moretón negro en la espalda.

— ¿Qué te ha pasado?

—Un caballo y yo tuvimos una pequeña discusión. Por eso vine pronto a casa hoy, para poder descansar. Y creí tontamente que mi esposa me daría un poco de tranquilidad.

— ¿Has visto al doctor? Tiene muy mal aspecto —dijo Donna, subiendo tras él.

—No necesito ver a un doctor. Probablemente, me dolerá durante un par de días, pero no es nada grave —contestó, siguiendo su camino.

Donna se derrumbó en las escaleras y apoyó los codos sobre las rodillas.

¿Cómo había llegado a eso? Porque lo cierto era que, a pesar de que Jake la había avergonzado terriblemente, una parte de ella quería ir a cuidar su espalda herida. Así que era evidente que ese hombre se había metido dentro de ella de un modo peligroso. Si no se liberaba pronto, nunca podría hacerlo. Su intuición ya la había avisado del

peligro que correría al convertirse en su amante, pero su cuerpo traicionero había sucumbido a él de nuevo.

«Pero ahora él te ha dado la excusa perfecta para terminar la relación. Solo tienes que subir y decirle que no vas a volver a acostarte de nuevo con él y que, hasta que os divorciéis, tendrá que dormir en otra habitación. ¡Sabes que no tienes otra opción! Así que hazlo ahora, mientras todavía estás enfadada con él».

Jake dejó caer el slip sobre el suelo, abrió el grifo de la ducha y se metió dentro. Le dolía todo el cuerpo después de que aquel maldito caballo lo hubiera tirado. Además, tenía el cuerpo tenso. No recordaba haber estado tan enfadado en toda su vida. No sabía cómo su esposa no lo había defendido de los comentarios de sus estúpidas amigas.

¿Cómo podía alguien tan atenta como Donna ser amiga de una banda de harpías como aquellas? ¿Cómo podía ser amiga de unas brujas que solo juzgaban a los hombres por su cuenta bancaria y por sus estudios? ¡Claro, siendo así, lo único que podían pensar era que Donna había cometido un gran error al casarse con él!

Pero lo que más le dolía no era lo que hubieran dicho de él, sino que Donna no hubiera tratado de defenderlo. Y eso hacía posible, a pesar de que ella le hubiera asegurado lo contrario, que estuviera de acuerdo con sus amigas.

«¡Un hombre como ese, sin educación, un vaquero pobretón, un bruto!». Las voces de ellas retumbaron dentro de su cabeza, haciéndole el mismo daño que cuando su abuelo le había acusado de ser un inútil.

No solo habían dejado claro que no era el hombre adecuado para ser el marido de Donna, sino que tampoco creían que pudiera ser el padre de Louisa.

Jake se enjabonó enérgicamente, haciendo desaparecer la suciedad de su cuerpo.

El sabía que sí era el padre adecuado para su muñequita. Adoraba a la niña y ella a él. Si todo salía como él esperaba, no tendría que divorciarse de Donna en diciembre y, de ese modo, sería el padre de la pequeña para toda la vida.

Tenía que hablar con Donna. Quizá la hubiera avergonzado delante de sus amigas, aunque no se arrepentía. Había actuado impulsivamente, como un animal que se siente herido y se lanza contra sus perseguidores. Al oír hablar así a sus amigas, él había estado seguro de que ella lo defendería, pero ella no había dicho una sola palabra en su favor. Se había limitado a quedarse callada, oyendo cómo insultaban a su marido.

Jake se volvió a enjabonar y a aclarar, dándose cuenta de lo mucho que le dolía la espalda. Se dio cuenta de que lo más prudente habría sido ir a urgencias para que le dieran algún calmante, pero

había preferido volver a casa, pensando tonta— mente en que Donna cuidaría de él.

«Bishop, eres un estúpido. Tú no eres su esposo de verdad. Pronto tendrás que irte de aquí. ¿Cuándo vas a enterarte de que esa mujer no quiere compartir su vida contigo? ¡Está claro que cree que tú no eres suficientemente bueno para ella!».

Salió de la ducha, todavía aturdido por la verdad que encerraban aquellas palabras, se secó y se enrolló la toalla a la cintura.

«Sí, eres suficientemente bueno como para casarte con ella y así darle tu apellido a su hija y, de paso, hacer que no la despidan, e incluso puedes ser su amante, pero lo que no tendrás nunca es derecho a amarla».

—¿Jake? —Donna lo llamó desde el dormitorio.

El abrió la puerta del baño y Donna se lo quedó mirando fijamente de la cabeza a los pies. Jake vio claramente que no podía ocultar el deseo que él despertaba en ella. Así eran las cosas entre ellos.

Quizá no estuvieran enamorados, pero de lo que no cabía la menor duda era de que había un gran deseo entre ellos.

— Tenemos que hablar —la mirada de Donna le hizo estremecerse — Iré a ver qué tal está Louisa mientras te vistes.

—Antes de meterme a la ducha, entré a verla y estaba dormida.

— Entonces te esperaré fuera.

— ¿A qué viene tanta formalidad? Me has estado viendo desnudo todas las noches de las últimas tres semanas Jake dejó caer la toalla al suelo— Y has estado acariciando y lamiendo todas las partes de mi cuerpo, así que...

Ella se dio la vuelta para no verlo.

— Tenemos que dejar de ser amantes. Debería haber sabido desde el principio que...

Jake se acercó a ella, la agarró por los hombros y acercó la cabeza a su oído.

— Deberías haber sabido que tus amigas no me darían el visto bueno.

Deberías haber sabido que yo nunca podría llegar a ser un buen marido para ti, que nunca podría sustituir a un hombre como Edward Fields.

— Es cierto, nunca podrías sustituir a Edward.

Jake le dio la vuelta y la miró fijamente a los ojos.

— Sí, ya sé que Edward era un santo, un caballero y que tú siempre lo amarás.

«¡No, no!», quiso gritar Donna. «Ya no amo a Edward. He aprendido a dejar de amarlo para poder sobrevivir. Así que no es Edward quien nos se— para. Es el miedo a que me vuelva a ocurrir lo mismo lo que impide que me vuelva a enamorar de ningún otro

hombre. Incluso de alguien tan maravilloso como tú».

Jake la miró con ojos irascibles.

— Pero Edward no es de carne y hueso. Y yo sí. El no puede abrazarte, ni besarte, ni hacerte el amor, como yo puedo hacerlo. Y aunque sigas enamorada de tu marido, yo sé que me deseas del mismo modo que yo a ti.

— No, Jake, esta vez no —Donna se apartó de él— El sexo no va a arreglar esto. No va a cambiar nada.

Pero él no iba a dejarla escapar. La acorraló contra la pared y la agarró por las muñecas, para subir— las luego a la altura de la cabeza.

— No me importa lo que digan tus amigas de mí ni que tú trates de engañarte. Tú eres mi mujer y ambos lo sabemos.

El la agarró por el pelo con una mano mientras con la otra la apretaba contra su cuerpo excitado. —No —protestó ella casi sin aliento.

—No puedes engañarme, lo estás deseando —él sonrió al oír el gemido de ella al notar el miembro erecto de él contra su sexo.

— Por favor, Jake —ella trató de escapar, pero él la agarró más fuertemente del pelo. Donna gritó. El la apretó aún más contra él y los senos de ella se aplastaron contra el pecho de él.

— ¿Es que no he tenido ya suficiente castigo? —preguntó ella— Ya me has avergonzado delante de mis amigas, ¿no es eso suficiente?

Jake comenzó a lamer los labios de ella mientras le levantaba la falda y comenzaba a acariciarle las nalgas. Luego hundió la lengua en los labios de ella y Donna trató de liberarse, pero él no la dejó.

Su cuerpo, finalmente, acabó sucumbiendo ante la insistencia de él. Lo abrazó también y le devolvió el beso y, cuando él la levantó en sus brazos y la llevó hasta la cama, ya no protestó. Allí, la desnudó mientras le decía todo lo que le iba a hacer.

Cuando comenzó a lamer sus senos, ella comenzó a gemir de placer. Luego, la penetró y todo lo demás dejó de importar. Ya no importaba ni el dolor de espalda de él, ni las reservas de Donna, ni el hecho de que no pudiera haber amor entre ellos, ni el que aquello no fuera a solucionar sus problemas.

Lo único que importaba era satisfacer el mutuo deseo.

Y así se perdieron en un ritmo frenético que se fue incrementando con cada beso o cada palabra dicha. Finalmente, el cuerpo de Donna se relajó y Jake llegó también al clímax, dejando caer su cuerpo sobre el de ella.

—Y ahora, dime que no me deseas —dijo Jake.

Capítulo Nueve

Donna se quedó tumbada abrazada a Jake. Se sentía relajada y satisfecha.

Su sensación de serenidad no duró mucho, sin embargo, porque en cuanto se recuperó, se preguntó si habría perdido el juicio. ¿Qué había hecho? En lugar de poner punto final a su vida sexual con Jake, había vuelto a hacer el amor con él.

De ese modo, iba a costarle mucho más decirle que tenía que irse a otro dormitorio. Pero en ese momento, se oyó llorar a la niña.

— Louisa —Donna se incorporó inmediatamente. Jake la agarró delicadamente y la volvió a tumbar.

— Yo iré. Además, no pasa nada por que llore un poco. Así que relájate.

El se puso en pie y se dirigió al baño, del que salió a los pocos minutos con un calzón limpio. Ella observó cada uno de sus movimientos, dándose cuenta de lo irresistible que aquel hombre le resultaba. Le encantaban sus anchos hombros, su cuerpo musculado y velludo. Le gustaba todo de Jake Bishop, absolutamente todo. Y si no tenía cuidado, se despertaría una mañana y se encontraría con que se había enamorado de él.

«Pero no estás enamorada de él. No puedes estarlo. Ya amaste a alguien—

en una ocasión y lo perdiste. Y eso no puede volver a ocurrirte. Acuérdate de lo mal que lo pasaste cuando Edward murió. No solo perdiste a tu marido, sino que casi te volviste loca. Y entonces, te prometiste que si te recuperabas, nunca más permitirías que nadie te dañara de ese modo».

En ese momento, oyó a Jake por el receptor de radio conectado al cuarto de la niña. Estaba tratando de tranquilizar a Louisa. El rudo vaquero se había convertido de nuevo en el padre tierno que haría cualquier cosa por su hija.

—Mamá te está esperando, muñequita —se oyó decir a Jake— Deja que papá te cambie de pañal y mamá te dará de comer.

Donna corrió al cuarto de baño y se lavó. Luego, se puso una bata y, justo cuando se la estaba anudando, entró Jake al dormitorio con Louisa en sus brazos.

— Mi niña se ha echado una buena siesta, ¿verdad? —le dijo Donna a la pequeña— ¿Tienes hambre, cariño?

Jake le alcanzó la niña.

—¿Y tú? ¿Tienes hambre? ¿Quieres que haga algo de cena?

— No... no tengo hambre —dijo Donna, sentándose sobre la cama. Se abrió la bata y acercó a Louisa a su seno.

—Nunca me canso de verte dar de mamar a la niña —la mirada de él se clavó en el seno de ella— De hecho, nunca me canso de mirarte.

—Jake, yo… bueno, creo que tenemos que hablar, aunque no sea ahora el momento más adecuado. —¿De qué tenemos que hablar? —Jake abrió la puerta del armario y sacó unos vaqueros. —Tenemos que aclarar nuestra situación —Donna acarició el pelo de la niña.

— No creo que tengamos que hablar nada —Jake sacó también una camiseta negra y se la puso— Creo que nos comunicamos mejor a otros niveles.

Donna soltó un suspiro mientras admitía en silencio que él llevaba razón. Sus cuerpos se comunicaban de un modo que no necesitaban palabras.

— Respecto a lo que ha pasado esta tarde…

— ¿Te refieres a lo de tus amigas o a lo que yo hice después? Jake le sonrió y le guiñó un ojo mientras se sentaba en una silla y comenzaba a ponerse los calcetines y las botas.

— A las dos cosas.

— Me gustaría decirte que siento haberme comportado así, pero lo cierto es que sigo creyendo que ellas se lo merecían.

— ¿Y yo también me lo merecía, Jake? ¿Me merecía que me avergonzaras delante de todas esas mujeres, a las que conozco desde hace años? ¿Delante de esas mujeres que siempre me han respetado?

Jake se puso en pie y se abrochó el cinturón.

— No estoy seguro, pero creo que sí que te lo merecías. Al fin y al cabo, dejaste a esas harpías hablar de mí como si fuera basura.

— Yo no les permití nada —al levantar la voz Donna, Louisa soltó el pezón de ella y comenzó a lloriquear. Tranquilizó a la pequeña hasta que esta volvió a ponerse a mamar. Luego, siguió hablando en voz baja–. Ya te dije que iba a contestarlas cuando tú entraste como un vendaval.

— Está bien, si quieres que me disculpe ante esa banda de snobs, me disculparé.

— Creo que ya es un poco tarde para que te disculpes. Cualquier cosa que hicieras o dijeras, solo iba a empeorar las cosas.

— Entonces, quizá debiéramos dar el asunto por concluido Jake se sentó en la cama y abrazó a Donna–. ¿O quieres que discutamos sobre alguna otra cosa?

Donna se apartó de él. Jake frunció el ceño. Pero Donna no podía pensar claramente cuando él la estaba tocando y, en esos momentos, necesitaba tener la cabeza despejada.

— Antes de que me arrastraras a la cama con tus tácticas trogloditas, iba a decirte que no creo que debamos seguir acostándonos juntos. Eso no arregla nada y complica aún más las cosas.

Jake se quedó mirándola fijamente con gesto de incredulidad. De pronto, se echó a reír a carcajadas.

Louisa levantó la cabeza y se quedó mirando a su padre. Donna sintió ganas de golpearlo o de tirarle algo a la cabeza. ¿Cómo se atrevía a reírse de algo que era tan serio?

— No sé de qué te ríes.

— Es que has dicho algo que es muy divertido. Y tú sabes perfectamente que no es verdad.

—Sí que lo es.

— No, puede que yo me haya comportado como un troglodita, pero no es cierto que haya tenido que arrastrarte hasta la cama. Tú no solo has colaborado, sino que lo deseabas tanto como yo.

— Pues te aseguro que no voy a volver a acostarme contigo. Y quiero que te mudes a otra habitación esta misma noche.

El rostro de Jake se tensó.

— ¿Se puede saber qué es lo que te sucede? ¿Por qué no puedes admitir que te gusta que nos acostemos juntos? Al igual que yo, sabes que es lo mejor de nuestro actual matrimonio.

— Pero ahí está el problema. Pasárselo bien en la cama no es suficiente para que funcione un matrimonio.

— Pero sí que ayuda — Jake se levantó de la cama.

— ¿Y qué más da eso? Al fin y al cabo, dentro de cuatro meses nos divorciaremos y lo único que nos unirá entonces será nuestra hija.

— ¿Por qué esperar cuatro meses? ¿Por qué no nos divorciamos ahora mismo? —Jake se dirigió a la puerta como una furia–. No me esperes levantada, no sé a qué hora volveré.

—Y tú, cuando vuelvas, asegúrate de no entrar a mi dormitorio.

— Quizá no vuelva. Quizá encuentre un sitio mejor en el que pasar la noche.

Donna se quedó boquiabierta. ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué iba a buscarse alguna otra mujer con la que acostarse?

Aquello hizo que Donna se pusiera muy nerviosa. Pero, ¿qué le importaba a ella si él se iba con otra mujer? Además, seguramente él llevaba razón y lo mejor sería divorciarse cuanto antes. ¿Para que prolongar lo inevitable?

Louisa se removió en los brazos de su madre. Donna bajó la mirada hacia la niña.

— Tú eres la única razón por la que nos casamos. La única razón por la que aceptamos convertirnos en marido y mujer por seis meses. Tu padre deseaba poder pasar un tiempo a tu lado.

Donna estaba segura de que si no se hubiera quedado embarazada de Louisa, nunca se habrían casado. La despedida en el aeropuerto de Nuevo Méjico 72

había sido, para los dos, definitiva. Ella nunca había imaginado que volvería a verlo. Y ciertamente, eso habría sido lo mejor.

Si J.B. no hubiera resultado ser Jake Bishop, si Jake no hubiera

decidido volver a Tennessee después de tantos años, si él no se hubiera empeñado en entrar a formar parte de su vida, todo habría sido más sencillo para ella.

A la mañana siguiente, suponiendo que Jake regresara, le diría que había decidido que llevaba razón y que no tendrían que esperar hasta diciembre para divorciarse. También le diría que podría ver a la niña siempre que quisiera si aceptaba poner punto final a aquella farsa cuanto antes.

En cuanto consiguiera sacar a Jake de su cama y de su casa, todo empezaría a ir bien de nuevo.

—¿Y por qué iba a preocuparme lo que Jake piense hacer? — Donna vació el cesto de la ropa de la niña en la lavadora— . Yo lo único que quiero es que ese hombre salga de mi vida.

— Eso no cierto y tú lo sabes — le dijo Sheila mientras alcanzaba a Donna el detergente— . Al fin y al cabo, es tu marido y el padre de Louisa.

Donna midió el detergente en el pequeño recipiente, lo echó a la lavadora y seleccionó el programa a utilizar.

— Nunca debería haberme casado con él. Ese ha sido el mayor error de toda mi vida.

— Pero no piensas que el tener a Louisa haya sido un error y, si no hubieras conocido a Jake, la niña no habría nacido — Sheila apoyó una mano sobre el hombro de Donna— . Ahora mismo, Jake y tú solo estáis enfadados, pero te aseguro que si no haces algo para evitarlo, Jake hará algo que acabará definitivamente con vuestro matrimonio.

— Nuestro matrimonio no tiene la menor oportunidad de salvarse — dijo Donna, pasando a la cocina. Luego, se volvió hacia su amiga— . ¿Y qué podría hacer Jake que fuera peor que lo que ya ha hecho? No te creerás el numerito que montó delante de mi club de antiguas alumnas esta tarde.

—¡Menuda banda de snobs! — Sheila echó una risotada sarcástica — . Yo no puedo culparlo por defenderse de ellas. Lo que no comprendo es por qué alguien como tú se empeña en relacionarse con gente como Stephanie Lamont o Marcia Duggar.

— Stephanie es la sobrina del director Harding y Marcia y yo nos conocemos de siempre. En cuanto a Patricia y Gloria, Edward y yo solíamos salir con ellas y sus maridos.

— Menuda panda de harpías. Te aseguro que ninguna de ellas te quiere de verdad. Donna abrió la puerta de la nevera.

—¿Quieres un vaso de limonada? Jimmie Lou ha preparado una jarra.

— Sí, tomaré un vaso — Sheila se sentó a la mesa de la cocina.

— Bueno, ¿y vas a contarme ahora lo que Jake piensa hacer esta noche? —

preguntó Donna— . ¿Es que se va a emborrachar? Porque eso no me sor—

prendería lo más mínimo. Ya me ha contado que solía frecuentar los bares.

— Cuando Jake se pasó por casa, dijo a Caleb que iría al Pale Rider a emborracharse.

Donna sirvió dos vasos de limonada.

— A mí lo único que me importa es que, si se emborracha, no venga a casa a montar ninguna escena. Si lo hace, llamaré a la policía — Donna puso los vasos sobre la mesa y se sentó al lado de Sheila.

— Conociendo a Jake, no creo que venga a casa esta noche.

— Pues muy bien.

— No estoy tan segura de que esté bien.

—¿Por qué? Probablemente, irá a dormir a vuestra casa o a la de Hank y Susana.

— No creo — Sheila bebió un trago de limonada. —¿Quieres decirme de una vez qué es lo que piensas que va a pasar?

— Jake le dijo a Caleb que iba a buscarse una mujer servicial, una mujer que no le ordenara que se fuera de su cama cinco minutos después de hacerle el amor.

Un pesado silencio se adueñó de la habitación. Donna trató de controlarse.

¿Jake había ido en busca de otra mujer? ¡Sí, de otra mujer! Jake, su marido, iba a tener a otra mujer entre sus brazos, iba a besarla y a hacerle el amor.

A Donna comenzaron a temblarle tanto las manos, que se le cayó el vaso de limonada sobre la mesa, derramándose entero. Sheila se levantó a por una bayeta y secó la mesa.

— Tienes que detenerlo — dijo Sheila— . No importa la razón por la que os habéis casado Jake y tú. Sería una pena que vuestro matrimonio acabase de este modo.

— Pero, ¿cómo puedo detenerlo? Si quiere irse con otra mujer...

Sheila se puso detrás de Donna y apoyó ambas manos sobre sus hombros.

— El no quiere irse con ninguna otra mujer. Lo que pasa es que está enfadado contigo. Se le ha metido en la cabeza la estúpida idea de que tú sigues enamorada de Edward Fields. Así que quiere hacerte el mismo daño que tú le has hecho a él.

— Tendría que tener cuidado con él, ya que...

Sheila se encogió de hombros.

— Ahórrate las mentiras. Tú lo quieres y las dos lo sabemos. No te gustaría nada que tu marido se pasara la noche con cualquiera de las chicas que hay en el Pale Rider. La gente se enterará y empezarán los rumores.

— Estoy segura de que ya estarán hablando después de cómo se ha portado con mis amigas esta tarde. Fue grosero, vulgar y...

— Vete arriba, cámbiate de ropa y vete en seguida al Pale Rider. Yo me quedaré aquí con Louisa hasta que lleguéis. No te preocupes.

— No quiero que haga algo que pueda avergonzarme.

— Por supuesto que no, así que ve a buscarlo.

— Es el padre de Louisa y no debería comportarse de manera tan irresponsable, ¿no crees?

— Piensa lo que quieras, pero vete a buscar a tu hombre — Sheila obligó a Donna a levantarse y dirigirse a las escaleras— . Ponte unos vaqueros ajusta dos, una camisa limpia y unos pendientes bonitos y encuentra a Jake Bishop antes de que cualquier otra mujer ponga los ojos en él.

— Pero te advierto que estoy haciendo esto solamente por Louisa...

— Claro, claro.

Jake, sentado en el bar, estaba bebiéndose su tercer whisky. Apenas notaba un zumbido. Necesitaría mucho más alcohol para adormecer su mente y encontrar la calma que necesitaba. Más de una mujer se había quedado mirándolo, pero él no había elegido ninguna. No todavía. Necesitaba estar un poco más borracho. Lo suficiente como para que cuando la abrazara, no fuera capaz de distinguir sus rasgos ni su pelo, para no darse cuenta de que este no era una masa de color caoba.

—Hola, guapo —le dijo una mujer morena de piernas largas que había tratado de llamar varias veces su atención— ¿Quieres compañía? —añadió, poniéndole una mano en el hombro.

Jake la miró. Era alta, delgada y bastante llamativa. Llevaba demasiada sombra azul en los ojos, demasiado colorete y demasiado color en los labios. Su camisa estaba lo suficientemente desabrochada como para revelar unos pechos altos y pequeños.

— Claro, cielo, siéntate —Jake dio un golpecito al taburete que había a su lado— Oye, amigo, dale a la señorita... ¿Qué le apetece?

— Vodka con tónica —contestó, sentándose en el taburete y juntando una de sus piernas a Jake— Me llamo Betsy. ¿Y tú?

— Ja... J.B.

El camarero sirvió la bebida a la chica. Betsy levantó la copa e hizo un gesto a Jake.

—Por esta noche, J.B.

Jake levantó la suya y se bebió lo que le quedaba.

Luego, le hizo una seña al camarero para que le sirviera otro.

—¿Te apetece bailar? —sugirió Betsy, frotando su pierna contra la de Jake.

Jake terminó su cuarto whisky y se levantó, agarró a la mujer por la cintura y la llevó hasta la pista de baile. Ella se abrazó a él y apoyó

la cabeza en su hombro. Jake comenzó a moverse al son de la música, aunque su mente estaba en otro lugar. «No importa, bebe más y no te importará quién sea».

—No vivo lejos de aquí —dijo Betsy—, y es camionero. No volverá hasta dentro de dos días.

¿Su marido? ¿Estaba casada? Jake, por regla general, no salía con mujeres casadas, pero, ¿qué demonios? El también estaba casado, ¿no? Quizá al marido de Betsy no le importara con quién se acostaba esta. Y por su parte, sabía que a su mujer no le importaba qué hacía o con quién lo hacía. ¡Maldita sea!

—Terminemos este baile y bebamos un poco más antes de nada.

—Claro, cariño, lo que tú quieras.

Eso es lo que a él le gustaba oír. «Lo que tú quieras». Estaba harto de juegos con su mujer. Harto de ser comparado con su marido muerto. Su paciencia tenía un límite.

—Me gustan las mujeres a las que les gusta complacer a los hombres —

aseguró Jake.

—Entonces, soy tu chica. Pregunta si quieres.

—Me imagino que no eres capaz de hacer el amor con un hombre y luego decirle que se pierda, ¿verdad?

—¿Eso te ha dicho tu novia? Si lo ha hecho, está loca.

La música terminó, Betsy agarró a Jake también por la cintura y ambos comenzaron a reír. Solo habían caminado dos pasos hacia la barra cuando Jake vio la cabeza de color caoba. Donna iba directamente hacia él. Jake parpadeó varias veces, creyendo que se equivocaba. ¿Qué hacía Donna allí? ¿Y

por qué parecía fuera de sí?

Nunca había visto a Donna con vaqueros. Tampoco con aquella camisa amarilla que realzaba sus pechos y su cintura pequeña.

Jake notó que su sexo le dolía y maldijo entre dientes. Ninguna mujer conseguía lo que ella. Solo tenía que mirarla y ya la deseaba locamente.

Jake se quedó inmóvil en medio de la pista, esperando a que su mujer llegara a él. Betsy lo miró interrogativamente y luego se giró hacia donde él tenía clavada la mirada.

— ¿Quién es?

— Mi esposa.

— Quita las manos de encima de mi marido.

— Oye, hermana, solo estábamos bailando.

— Y eso es lo único que vas a hacer con él — replicó Donna con un dedo amenazante— . Te he dicho que lo sueltes.

— Oye, ¿quién demonios te crees para hablarme de ese modo? — preguntó Betsy, soltando a Jake y dando un paso hacia Donna.

— Ya te lo he dicho, soy su esposa.

Betsy soltó una carcajada y miró a Jake.

— ¿Esta es la que no quiere darte lo que tú deseas?

Jake se dio cuenta de que Donna estaba enfadada y de que Betsy la estaba provocando. Así que él estaba en un grave aprieto.

— Bueno, sí que me ha dado lo que quería, pero luego me dio una patada y me ha dicho que no quiere verme más.

Las mejillas de Donna enrojecieron violentamente.

— ¿Qué le has contado a esta fresca sobre nosotros?

—¡Fresca! Eres una idiota, eso es lo que eres, echando a un hombre como J.B. de tu lado. ¿Es que estás loca?

— Mi matrimonio y mi marido son asunto mío, entrometida.

— Pues te diré una cosa. Si tú no quieres a J.B., yo sí que lo quiero — dijo Betsy, agarrando a Jake por un brazo y mirando a Donna con una sonrisa de satisfacción.

Donna se desequilibró por el tirón de Betsy y se chocó contra una mesa vacía. Se agarró a la mesa para no caerse y tocó una jarra de cerveza que alguien había dejado intacta. La agarró, cruzó la pista de baile y se acercó a la pareja. Luego, tiró de Jake y derramó la jarra entera sobre la cabeza de Betsy.

—¡Ya lo has conseguido, Jake Bishop! ¡Me has dejado en ridículo delante de una zorra y has hecho que dé un espectáculo! Donna se dio la vuelta y corrió.

— ¿Estás bien? — preguntó Jake a Betsy.

— Sí, estoy bien — contestó, limpiándose la cara— . Es mejor que te vayas, J.B. Creo que tu mujer te quiere.

— Sí, eso creo yo también.

Jake alcanzó a Donna en el aparcamiento, justo cuando abría el coche. La agarró y la obligó a darse la vuelta.

— Tranquila, cariño.

Ella peleó como un gato salvaje, tratando de soltarse.

— ¡No voy a tranquilizarme! ¿Me oyes? Te odio por haber hecho que me comporte como una loca.

—¿Por qué has venido a buscarme?

— ¡No me preguntes! No lo sé. Ha debido de ser un acto de locura momentánea.

Jake la llevó hacia el jeep y apretó su cuerpo contra el de ella. Buscó su boca y la besó con pasión. Ella lo rechazó al principio, pero al poco tiempo respondió.

El beso continuó hasta que ambos se quedaron sin aliento. Finalmente, Jake enterró el rostro entre sus senos.

—¿Ibas a acostarte con esa mujer? ¿Cómo puedes hacer algo así?

— No, cariño, te equivocas. Lo que he descubierto esta noche es que tú eres la única mujer con la que quiero hacer el amor —

contestó, frotándose contra ella.

Donna gimió cuando Jake agarró sus nalgas y la elevó ligeramente para apretarla contra su miembro. Luego, buscó sus labios. Donna, de puntillas, se abrazó a él. Jake la subió en brazos y la llevó al jeep y, sin dejar de besarla, abrió la puerta y la metió dentro.

—¿Qué haces? — susurró Donna, mirándolo con una pasión que no podía ocultar al ver que él se desabrochaba los pantalones y se los desabrochaba a ella.

— Voy a hacer el amor a mi esposa — explicó, quitándole los pantalones.

Capítulo Diez

Las farolas proyectaban una luz amarillenta brillante sobre el aparcamiento.

Una brisa cálida se movía entre las copas de los árboles cercanos, pero no aliviaba la humedad del aire. Se oía la voz de Tim McGraw. Era uno de los compactos que el propietario del Pale Rider utilizaba para los veinte minutos de descanso del grupo. La música se mezclaba con otros sonidos de la noche: la bocina de algún coche en la autopista, el canto de las cigarras, un trueno lejano y el palpitar de dos corazones.

Donna estaba debajo de Jake, sin colaborar con él, pero tampoco tratando de impedir que este le quitara los zapatos. Estaba tan excitada que casi le dolía.

—¿Quieres hacer el amor aquí en el jeep?

— ¡Sí, aquí y ahora! — aseguró, quitándole las braguitas.

— ¡No podemos, Jake! ¿Y si nos ve alguien?

— Nadie nos verá — insistió, quitándose sus pantalones y poniendo a Donna encima de él— . No, si nos damos prisa.

— ¡Estás loco! Pero Donna se agarró a los hombros de él y lo animó a que la tomara. Nunca lo había deseado tanto como en ese momento.

— ¡Los dos estamos locos, amor mío! La penetró profunda y completamente, movido por un deseo intenso.

— ¡Oh, Jake! — exclamó, aferrándose a él para sentirlo más.

No había experiencia más maravillosa que estar unida a Jake.

El tenía razón, los dos estaban locos, pero a Donna no le importaba.

Y como siempre que estaba en brazos de Jake, fue incapaz de resistir la pasión que se encendía entre ellos e hicieron el amor.

— Me encanta lo nerviosa y excitada que te pones — susurró Jake, besando sus pechos a través de la tela de la blusa y el sujetador.

Donna se retorció mientras Jake la besaba apasionadamente en la boca. Ella deseaba que el acto durara mucho tiempo, que durara siempre, pero sabía que el fin estaba cerca.

— Más deprisa — murmuró, empujando también ella.

En una voz ronca y sensual, Jake murmuró palabras que provocaron en Donna una increíble excitación.

Luego, el cuerpo de Jake se contrajo y apretó los dientes. Donna clavó las uñas en las caderas masculinas y gritó, pidiendo que le diera todo. En el momento en que él aceleró el ritmo, el clímax estalló en Donna como una ola de placer. La mujer gritó el nombre de Jake y se apretó contra él hasta que sintió que su cuerpo se desvanecía.

Jake tuvo un orgasmo tan intenso que se retorció y gimió varias veces mientras su cuerpo se estremecía.

Se derrumbó sobre ella y buscó sus labios. Se abrazaron, besándose con avidez y allí, en la oscuridad del jeep, permanecieron un rato, escuchando sus respiraciones entrecortadas y el latido de sus corazones.

En ese momento, se oyó un trueno cerca y el cielo se encendió. Jake se apartó de Donna, se abrochó los pantalones y comenzó a buscar los de ella.

Cuando los encontró, la ayudó a ponérselos y la agarró de la mano.

— Vamos a casa, amor mío.

El hombre salió de la parte de atrás del jeep y ayudó a salir a Donna.

Jake, yo...

— Se acabaron las conversaciones. Siempre que nos ponemos a discutir algo, acabamos peleándonos — Jake abrió la puerta delantera.

— Pero tenemos que hablar, ahora o más tarde — contestó Donna, subiéndose al jeep.

— Hagámoslo luego. Sin prisa — cerró la puerta de ella y fue hacia la puerta del conductor.

— Jake, por favor, escúchame.

Jake se volvió hacia ella.

— No, escúchame tú a mí para variar. No me importa que me hayas dicho que no me querías en tu habitación o en tu cama, ni tampoco me importa que pienses que sigues enamorada de tu marido muerto. Te aseguro que te estás mintiendo a ti misma.

— Por favor, no entiendes...

— Ninguna mujer haría lo que tú has hecho esta noche a menos que estuviera enamorada. ¿No te das cuenta? Sentiste celos — Jake arrancó el motor y sacó el jeep marcha atrás.

— ¡No estaba celosa!

«Mentirosa!», le dijo la voz de la conciencia.

— ¡Claro que lo estabas! Estabas bastante celosa — replicó Jake, tomando la autopista.

— Fui esta noche al Pale Rider para que no hicieras ninguna estupidez —

Donna se cruzó de brazos— . Si te hubieras acostado con otra mujer, te habrías arrepentido luego.

—¿Quieres saber la verdad? Solo podría haber hecho el amor con otra mujer, tratando de engañarme a mí mismo y diciéndome que eras tú.

Jake mantuvo la mirada fija en la carretera. Acababa de confesar sus verdaderos sentimientos, que era algo a lo que no estaba acostumbrado. El no solía compartir secretos con nadie y menos con una mujer. Aunque Donna no era una mujer cual— quiera. Ella era la madre de su muñequita... y su esposa. Su esposa. Cuanto más lo decía,

más le gustaba. ¿Cómo había sido capaz Donna de conseguirlo, sin apenas esfuerzo, cuando muchas mujeres lo habían intentado sin éxito?

Donna se quedó en silencio, sin saber qué con— testar al comentario de Jake. «No te enamores de mí», tuvo deseos de decirle. «Porque yo nunca te podré amar. Jamás».

— Fui a buscarte para que no volvieras a avergonzarme —dijo, sin embargo

— Ya me pusiste en ridículo delante de mis amigas y no quería que hicieras algo peor. Pero te aseguro que solo he ido a buscarte por Louisa.

— ¿Es verdad? —preguntó Jake, apretando el volante— ¿Hiciste el amor conmigo en el Jeep por Louisa?

— ¡Eso no es lo que he querido decir y tú lo sabes!

— ¿Querías que le diéramos un hermanito a Louisa? —preguntó con malicia Jake.

— ¡Oh, Dios! No hemos usado ninguna protección.

— No, así es. Así que no hace falta que te diga cuál puede ser el resultado.

Acuérdate de que usé preservativo todas las veces el verano pasado y aun así te quedaste embarazada.

Donna se cubrió la cara con las manos.

— ¡Mi vida ha sido una locura desde que apareciste en la boda de Hank y Susan!

— ¿Estás quejándote o diciéndome que te has divertido desde entonces?

Jake soltó una carcajada que sonó como un trueno que parecía perseguirlos.

— ¿Cómo puedes reírte de algo tan serio?

— ¿Sabes cuál es tu problema? Que nunca te ríes de nada. Te tomas todo tan en serio que no puedes disfrutar de lo que tenemos.

— ¿Y qué tenemos?

— ¿Eres capaz de preguntarme eso, después de lo que acabamos de compartir? —Jake hizo un gesto de impotencia— ¡Maldita sea! ¿Por qué no puedes admitir lo que de verdad sientes por mí? ¿Por qué no puedes aceptar que, a pesar de lo que piensen tus estúpidas amigas, estamos bien juntos? La mitad de los matrimonios no se basan en algo tan fuerte como lo que nosotros compartimos.

Jake tenía razón y lo sabía. Y Donna también lo sabía, ¿pero se atrevería a admitirlo?

— Me imagino que cuanto más tiempo llevemos casados, más nos conoceremos y mejor nos irá. Sé que tu idea no era precisamente la de casarte con un vaquero sin cultura y sin dinero, pero creo que deberías pensar que no soy exacta...

— De acuerdo —interrumpió ella—. No me importa que no tengas una carrera o mucho dinero. Me he dado cuenta ya hace tiempo de que eres un hombre inteligente, con sentido común y con cierta cultura por la vida que has llevado. Y en cuanto a lo del dinero, es algo que cambiará cuando compres el rancho y...

— Ya he comprado el rancho.

— ¿Qué?

— Era una de las cosas que te quería decir, pero nunca podemos...

— ¿Pediste un préstamo?

— No.

— Te habrán dejado el dinero... porque un banco... ¿Te lo ha dejado Caleb?

— Donna, yo...

Donna se acercó y le acarició la mejilla.

—No sientas vergüenza por haber tenido que pedir dinero a tu hermano. Le devolverás cada penique. Lo sé.

—Tienes mucha confianza en mí —dijo Jake, sintiéndose fatal por haberla mentido. Aunque hubiera sido por omisión.

— Louisa se sentirá muy orgullosa de ti. Tu rancho saldrá adelante. Lo harás por ella.

— Me gustaría que mi hija... y los hijos que vengan, crezcan en ese rancho.

Es el sitio ideal para que unos niños crezcan. Aire libre, espacios abiertos, árboles donde subirse y caballos. Y la casa puede modernizarse.

— Jake, no creo que me quede embarazada hoy. Dado el momento del ciclo, no hay muchas probabilidades.

«Por favor, no dejes que ocurra», rezó en silencio. «Si me quedara, nunca podría dejar a Jake. Ya me es bastante difícil pensar en separarme ahora».

— Sí, pero si seguimos casados, podemos tener más hijos. ¿No te gustaría dar a Louisa un hermano o hermana?

— Un hijo es suficiente...

— A propósito, ¿quién está cuidándola?

— Sheila.

— Así que fue ella quien te dijo dónde podrías encontrarme, ¿no?

Donna lo miró, comprendiendo en ese momento el por qué Jake había ido a ver a Caleb y le había contado sus planes de emborracharse y acostarse esa noche con una mujer dispuesta a ello.

— ¡Querías que yo lo supiera! ¡Sabías que iría a buscarte! ¿Por qué... ? ¡Eres un egoísta, un canalla y un maniaco!

Jake sacó el Jeep de la carretera y lo puso en el arcén. Apagó el motor, se desabrochó el cinturón y el de Donna y la abrazó. Antes de que pudiera decir nada más, la besó.

Ella se apartó furiosa y lo miró. Jake se echó hacia atrás y se apoyó en la puerta, se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa. Ella deseó abofetear esa sonrisa satisfecha, pero no lo hizo. Se quedó allí furiosa, sin saber qué hacer ni decir.

Jake sabía cómo utilizar su propia rabia y que se volviera contra ella.

— Ya te he dicho que, siempre que hablamos, discutimos. Ambos decimos cosas de las que luego nos arrepentimos. Así que hagamos un pacto. Por lo menos, por esta noche.

Ella miró con suspicacia la mano extendida.

— ¿Qué clase de pacto?

— Por esta noche, no vamos a seguir hablando sobre nuestro matrimonio.

Sobre los pros y los contras, sobre si deberíamos o no seguir casados. No discutiremos más. Sobre nada.

— No podernos retrasar...

— Sí que podernos. Por esta noche. Te gustaría pasar esta noche en mis brazos, ¿verdad? Admítelo, aunque no lo digas en voz alta. Y yo, Dios lo sabe, quiero pasar una noche más contigo.

Una noche más significaría una vida entera de noches de amor, se dijo Jake.

Más pronto o más tarde, Donna dejaría de amar a su marido y abriría su corazón a la posibilidad de compartir su vida con otro hombre. Y él iba a ser ese hombre.

Podía hacer feliz a Donna si ella le daba la oportunidad.

Donna sabía que podía seguir mintiendo a Jake, pero no quería hacerlo.

Tenía que ser sincera y al día siguiente le contaría por qué no podían seguir casados.

— Está bien —le contestó— Me gustaría pasar esta noche contigo.

Antes de que amaneciera, Jake la despertó. Donna abrió los ojos y esbozó una sonrisa. Luego, abrió sus brazos y lo abrazó. Hicieron el amor despacio y luego locamente, llegando ambos al clímax del que necesitaron descansar para volver a amarse. Cuando ambos encontraron la calma, se quedaron de nuevo dormidos y se despertaron al oír los gritos de Louisa.

Jake llevó a la niña hambrienta a su madre. Luego, se quedó tumbado a su lado, observando cómo la pequeña se alimentaba del cuerpo de la madre. En ese momento, supo que estaba enamorado de Donna. La amaba como no había amado a nadie jamás y no le importaba desde cuándo. Lo acababa de descubrir en ese preciso instante.

Jake vio los rayos de sol entrando por las ventanas. La tormenta de la noche anterior había dejado el aire renovado, fresco y vivo. ¿Habría

pasado también la tormenta entre ellos? ¿Estaría Donna dispuesta a admitir que se querían? ¿Que 81

aunque no lo amara, lo quería y lo deseaba? El estaba dispuesto a tomar lo que ella estuviera dispuesta a dar. Podía esperar hasta que ella fuera capaz de olvidarse completamente del pasado. Sería paciente y comprensivo y le daría tiempo para aprender a amarlo. Tenía que encontrar la manera de hacer comprender a Donna que habían nacido el uno para el otro. Donna era suya y no iba a dejar que se le escapara.

Cuando Louisa terminó de comer, él la tomó en sus brazos. La niña sonrió a su padre.

— Mírala, Está creciendo mucho.

— El doctor Nelson dice que va a ser alta.

— Igual que su padre.

Jake besó las mejillas de Louisa y la niña chilló. Donna soltó una carcajada.

— Quiero que tú y muñequita vengáis hoy al rancho. Os lo quiero enseñar.

La casa necesita cambios, pero solo tienes que decirme lo que quieres y yo lo haré y...

— Jake... —dijo, agarrándolo de un brazo.

— ¿Sí?

— Llevaré a Louisa hoy al rancho si quieres, pero no hace falta que te haga sugerencias sobre la casa —dijo, tratando de mirarlo a los ojos.

— No me digas que vas a dejarme a mí todas las decisiones — contestó Jake, sonriendo— Tu mamá tendrá que darse cuenta de que yo no sé cómo convertir una vieja granja en una casa cómoda para ella y para ti —añadió, dando un mordisquito en la oreja de la niña.

Donna cerró los ojos para no ver el rostro sonriente de Jake, para no ver a la niña tumbada sobre su pecho fuerte. «Ten valor», se dijo. «Aclara la situación ahora mismo, antes de que sea más doloroso».

— Jake, nunca me iré a vivir contigo al rancho. A pesar de lo que ha pasado esta noche, sigo pensando en que tendremos que divorciarnos.

Capítulo Once

La sonrisa de Jake desapareció y agarró a la niña con gesto posesivo.

— No voy a dejar que te salgas con la tuya. Sabes tan bien como yo que nuestro matrimonio puede funcionar. ¿Por qué no te das cuenta?

— Me doy cuenta, pero no importa. No puedo vivir contigo.

— ¡Ya! ¡No puedes dejar de amar a Edward! Donna se levantó de la cama y fue a buscar una bata. Jake dejó a Louisa sobre la cama y también se levantó.

Luego, se puso unos vaqueros y fue hacia ella. Donna levantó una mano de advertencia y él se quedó inmóvil.

— Estoy dispuesto a darte todo el tiempo que necesites para olvidarte de tu marido. Antes o después, lo olvidarás. Y cuando lo hagas, estaré esperándote.

— Oh, Jake —exclamó, agachando la cabeza y tratando de no romper en sollozos— Ojalá fuera tan sencillo.

— Pero es que es así de sencillo. No te estoy pidiendo que me ames. Al menos, no todavía. Me conformo con lo que puedas darme y espero que algún día aprendas a amarme —dio un paso hacia ella, pero se detuvo al ver que ella se apartaba.

— No sigo enamorada de Edward —aseguró ella.

— ¿No? —los labios de Jake esbozaron una débil sonrisa.

— No, por supuesto que una parte de mí siempre amará a Edward. Fue mi primer amor, mi marido, mi vida entera, pero ya no estoy enamorada de él. Me obligué a superarlo hace varios años.

— Entonces, ¿cuál es el problema? Sé que no tengo mucha cultura, pero tú puedes ayudarme. Me pondré en tus manos.

— No sigas, Jake. No me lo pongas más difícil de lo que ya es. Por favor, trata de entender por qué no puedo seguir contigo.

— Ese es el problema, amor mío, que no lo entiendo. Quizá puedas explicármelo tú.

Louisa comenzó a llorar y Donna se acercó a la cama y la tomó en sus brazos.

— Podrás ver a Louisa siempre que quieras y pasar con ella todo el tiempo que desees. Nunca te impediré que la veas, te lo prometo.

— Te lo agradezco, pero no estamos hablando de mis derechos como padre de Louisa. Estamos hablando sobre nuestro matrimonio y de tus razones para querer acabar con él.

— Nunca podré amarte. ¡Nunca!

Jake sintió como si lo hubieran golpeado con un martillo.

— Entiendo. Bueno, está bastante claro. Me has dejado claro todo el tiempo que no era suficiente para ti. Pero soy un estúpido y había comenzado a creer que ya no sentías lo mismo.

— No es por ti. Soy yo.

— Claro, tú tienes una carrera, mucho dinero y una posición social heredada de tus padres. Una dama como tú no puede pasarse toda la vida casada con un don nadie como yo. ¿Qué pensarían tus amistades? ¡Seguro que te echarían del club!

Jake se puso rápidamente la camisa y las botas y salió por la puerta, dejando a Donna en medio de la habitación con la niña en brazos. Pero tras unos segundos, Donna salió corriendo tras él. Lo alcanzó en la escalera y lo llamó.

Jake se detuvo, pero no se volvió.

—¿Qué quieres?

—Te equivocas, sé que mis amigas piensan que me he casado con alguien inferior a mí, pero yo jamás he pensado algo así. He descubierto que eres un hombre maravilloso. Que eres inteligente, leal y cariñoso y...

— ¿Qué estás tratando de decirme?

Donna bajó las escaleras despacio hasta llegar al lado de Jake.

— Yo estaba muy enamorada de Edward —Donna sintió un escalofrío al notar el dolor en el rostro de Jake— Cuando amo a alguien, lo amo sin reservas —se aclaró la garganta— La muerte de Edward estuvo a punto de destruirme. Nunca me había sentido tan mal.

— ¡No necesito oír esto! —Jake se dio la vuelta y siguió bajando las escaleras.

— Espera, Jake. Sufrí una crisis nerviosa tres meses después de que Edward falleciera. No podía dormir, ni comer, ni hacer lo más elemental. Un día, en la universidad, me desmayé. Mi tío Duncan me llevó al psiquiatra y estuve en tratamiento un año. Cuando terminé, me hice una promesa.

— ¿Qué promesa?

— Que no volvería jamás a enamorarme. Que jamás dejaría que un hombre controlara mi vida... ni mi salud mental. ¿Entiendes, Jake? Jamás podré amarte.

Jake la miró con una expresión hermética. Cerró los puños.

— Tú te mereces una mujer que te pueda amar en cuerpo y alma —continuó Donna entre sollozos— Yo nunca podré ser esa mujer.

Sin decir nada, Jake se fue hacia la puerta, la abrió y salió, dando un portazo. Louisa gritó como si comprendiera que su padre se había ido, abandonándolas. Donna la abrazó y salió al porche, justo a tiempo de ver el jeep avanzando hacia la carretera.

— ¡Jake! Por favor, no te vayas así.

Jake apretó el acelerador y se alejó de la casa. Donna se derrumbó en las escaleras y, con la niña en brazos, lloró como no había llorado desde la muerte de Edward.

Donna se había pasado todo el mes sumida en una inmensa tristeza. Cada día sin Jake era peor que el anterior. Por supuesto, él llamaba cada día para preguntar cómo estaba Louisa y se pasaba alguna tarde para verla, pero jamás preguntaba nada personal referido a Donna. Ni siquiera preguntaba por ella. Y si estaba en su presencia, la miraba como si no la viera.

Donna había pensado siempre que no le podía pasar nada peor que la pérdida de Edward, pero se había equivocado. Perder a Jake había sido mucho peor. Tardó tres semanas en darse cuenta de que había cometido la mayor estupidez de su vida rechazándolo. Ella había pensado que rechazando el amor de Jake, separándose de él, podría protegerse del dolor. Pero no se había dado cuenta de que ya era demasiado tarde. Porque ya estaba enamorada de Jake.

Había estado esforzándose tanto por no enamorarse, que no había advertido las señales.

Desde el momento en que había dejado la casa, ella no había tenido un momento de felicidad. Lo único en que podía pensar, de día y de noche, era en Jake. En el modo en que caminaba, hablaba o reía. En cómo la hacía sentir cuando la miraba, cuando la tocaba, cuando le hacía el amor... La felicidad que sentía cada vez que lo veía con Louisa y la felicidad que había sentido en sus brazos.

Echaba de menos a Jake igual que había echado de menos a Edward después de su muerte. Y Louisa también lo echaba de menos, a pesar de verlo casi diariamente. Donna intuía que su hija necesitaba que su padre le cambiara el pañal por la noche y la durmiera. O por las mañanas, cuando la bajaba en el 84

carrito y la niña lo miraba fijamente mientras Jake desayunaba. O cuando le cantaba, antes de irse a dormir.

Donna quería que volviera a sus brazos, a su cama, a su vida... para siempre, pero ya era demasiado tarde. Jake había empezado los trámites del divorcio y cada vez que ella trataba de hablar con él, aunque fuera de algo impersonal, él la cortaba bruscamente. El hombre que un día le aseguró que estaba dispuesto a esperar, se había convertido en alguien frío y distante que ni siquiera la miraba.

Jake reconoció en seguida el coche de Donna, aparcado frente a la granja.

¿Qué demonios hacía ella allí? Miró hacia el porche y la vio sentada en la mecedora con Louisa en el regazo. Los ojos de Jake recorrieron el suelo del porche hasta encontrar dos maletas. No pudo evitar sentir un nudo en el estó-

mago. ¿Qué diablos estaba pasando?

Nada más verlo, Donna se levantó y corrió hacia él con la niña en brazos.

Jake se detuvo y esperó a que ella llegara a su lado. Ya junto a él,

Donna se puso seria unos segundos, pero en seguida esbozó una sonrisa. Jake notó que le dolía el cuerpo de tensión.

— Hola, Jake.

— ¿Qué haces aquí?

¿Cuántas veces había soñado que Donna iba al rancho y le llevaba a su hija?

¿Cuántas noches de insomnio se la había imaginado en su casa, en su cama y en sus brazos?

— Louisa te echa mucho de menos, y yo también. Terriblemente.

Jake dio una patada en el suelo, levantando una nube de polvo.

— ¿Y como Louisa me echa de menos, la has traído de visita? — Jake miró hacia las maletas— . ¿Me la vas a dejar un par de días?

— No exactamente.

— Entonces, ¿a qué has venido? ¿Y por qué traes esas maletas?

— Nosotras... Louisa y yo vamos a quedarnos. Jake sacudió la cabeza, como para intentar aclararse las ideas.

— ¿Qué has dicho?

— Louisa y yo hemos venido a quedarnos a vivir contigo.

— Si es una broma, no me hace gracia — replicó Jake, pasando a su lado.

— Espera un momento. ¡No es una broma! No quiero que nos divorciemos, quiero que sigamos casados.

— ¿Es verdad eso? ¿Has cambiado de opinión? ¿Te has quedado embarazada otra vez?

— ¿Qué?

— No se me ocurre otra cosa por la que quieras seguir casada conmigo.

Después de todo, no me amas y nunca lo harás.

— Jake Bishop, ¡me dan ganas de estrangularte! Eres un estúpido —

entonces, Donna se detuvo y tomó aire para calmarse. Louisa gimió — . De acuerdo, muñequita, tu padre es un cabezota y un tonto.

— Bueno, ¿estás o no embarazada?

— No, no estoy embarazada.

— Entonces, ¿qué haces aquí?

— Te he dicho que no quiero que nos divorciemos. Deseo seguir casada contigo y que Louisa tenga dos padres que se quieran y vivan juntos en una misma casa — la mujer miró a su alrededor— . En esta casa, después de que la arregle un poco.

Observó a su marido, desde el sombrero de cuero hasta la punta de las botas llenas de polvo.

Estaba sudoroso, sucio... pero era su hombre y lo amaba. Amaba su sonrisa, su manera de reír y su cuerpo grande y fuerte. Y lo amaba por ser el padre de Louisa y un amante apasionado.

Louisa chilló y agarró uno de los pechos de Donna.

— Calla, ahora te doy de comer —miró a Jake— Prefiero darle de comer dentro, por si pasa alguien.

— Llévala dentro. Mientras le das de comer yo haré unas cuantas llamadas y me ducharé. Luego, hablaremos de tu cambio de opinión.

—De acuerdo —replicó con una sonrisa de satisfacción.

Jake abrió la puerta para que pasara Donna. Al llegar al salón, Donna no pudo evitar una mirada de disgusto. Era evidente que el lugar no se había pintado en varios años. Por lo menos, treinta. Los muebles parecían haber sido comprado en los cincuenta.

— Toda la casa está bastante mal. Algunas habitaciones están peor incluso que esta.

— Una mano de pintura hará maravillas. Y os suelos también...

— No hagas planes para empezar a reparar todo. ¡Acabas de llegar!

Jake se marchó y Donna se quedó a solas. Lo observó mientras subía las escaleras. Luego, desapareció en una de las habitaciones.

— Tu padre no va a ponérmelo nada fácil —le dijo a Louisa mientras le cambiaba el pañal.

Cuando terminó, miró a su alrededor, buscando una mecedora. No había ninguna, así que se sentó en uno de los sillones con estampado de flores y se abrió la blusa para dar de mamar a Louisa.

— Pero no nos va a echar —continuó hablando con la pequeña— Esta es nuestra casa ahora, muñequita, por muy estropeada que esté. Y, le guste o no a tu padre, voy a utilizar mi dinero para remodelarla y convertirla en una casa habitable. Y si su orgullo masculino se siente ofendido, peor para él.

Donna continuó contándole a Louisa sus planes mientras la niña comía y, más tarde, cuando terminó y se empezó a quedar dormida, la llevó arriba y comenzó a buscar una cama para ella. Entró en la habitación en la que había visto meterse a Jake. Allí vio que había una cama con cabecero de metal.

Dejó a Louisa en ella y la tapó con la colcha. La puerta del baño adyacente estaba abierta. El sonido del agua cayendo informó a Donna de que Jake seguía en la ducha. Actuando por instinto y movida por una necesidad primaria de recuperar y abrazar a su hombre, Donna se desnudó y entró de puntillas en el baño. Adivinó la silueta de Jake detrás de la cortina de la ducha.

Su cuerpo tembló de excitación antes de retirar la cortina y meterse en la bañera.

Jake se volvió y la miró.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? Donna rodeó el cuello de Jake con sus brazos y se frotó contra él. Jake contuvo el aire.

— Voy a enseñar a mi marido cuánto lo amo —dijo antes de ponerse de puntillas y besarlo.

Jake la agarró por los hombros y la apartó. Ella estuvo a punto de perder el equilibrio, pero él la agarró por la cintura y se maldijo a sí mismo por la estupidez que acababa de cometer, cuando su miembro no podía ocultar sus sentimientos.

— No me hagas esto. No finjas, si no me amas de verdad.

Ella lo agarró por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro mientras el agua caía sobre ambos cuerpos desnudos.

— Cuando te marchaste, me di cuenta de que a pesar de mis esfuerzos por evitarlo, me había enamorado de ti. Probablemente, me había enamorado ya durante aquel fin de semana que pasamos en Nuevo Méjico.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Jake. Agarró el rostro de Donna con las manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

— Yo creo que fue durante ese fin de semana cuando me enamoré yo también de ti, amor mío, pero no me di cuenta hasta la noche en que fuiste a buscarme al Pale Rider.

— ¿Podrás perdonarme alguna vez por... ?

Jake silenció sus palabras con un beso. Un beso que demostró a Donna que él también la había echado de menos. Se besaron como animales hambrientos, llenos de pasión y deseo.

— No tengo preservativos.

— No me importa quedarme embarazada de nuevo. Quiero tener más hijos.

— ¡Amor mío!

Jake la levantó y la colocó contra la pared. Entonces, la penetró profundamente. Ella se abrazó a él y Jake comenzó a moverse con un ritmo que rápidamente los llevó al orgasmo. Minutos después, Jake dejó a Donna en el suelo.

Se lavaron el uno al otro con lentitud. Pronto, el roce de las manos de uno sobre el cuerpo del otro hizo que el deseo se despertara de nuevo en ellos.

Salieron del baño y Jake comenzó a secar a Donna con una toalla.

— Muñequita está dormida en tu cama — explicó Donna.

Entonces, Jake tomó a Donna en brazos y volvió a meterla en el cuarto de baño. Allí, la colocó sobre el lavabo y ella enredó sus piernas alrededor de su cintura. Donna echó la cabeza hacia atrás y se apoyó en el espejo. Luego, se agarró a Jake, animándolo a poseerla.

Una hora después, Jake estaba sentado a la mesa de la cocina, haciendo carantoñas a Louisa mientras Donna preparaba unos huevos escalfados y tos-tadas para la cena.

— Quiero que arregles la casa como tú quieras. Puedes tirar las paredes, traer a un constructor o tomar las medidas que quieras para que se convierta en una casa donde podamos ser felices los tres.

Donna colocó los platos sobre la mesa y se puso detrás de Jake.

— Ya soy feliz aquí dijo, abrazándolo por detrás— . Soy feliz porque Louisa y yo estamos contigo. No importa donde estemos, si estamos juntos.

Jake la agarró y la puso en su regazo.

— ¿Te he dicho cuánto te quiero, señora Bishop?

— Me lo has dicho y me lo has demostrado — contestó, besándolo en ambas mejillas— . Jake, sé que no puedes arreglar la casa ahora mismo, y aunque me gustaría que me dejaras hacerlo con mi dinero, sé que te puede molestar, así que no me importa esperar. No necesito una casa bonita ni unos muebles caros. Solo te necesito a ti.

— Tengo que decirte algo respecto a mi situación económica.

— De verdad que no me importa. Sé que no tienes tanto dinero como yo y que has tenido que pedir prestado a Caleb para comprar el rancho...

— No pedí dinero prestado a Caleb ni a nadie para comprar esto. Lo pagué en efectivo con mi dinero.

— Pero no entiendo...

— No soy pobre. La suma que tengo en el banco asciende, según mi asesor financiero, a unos siete millones de dólares. ¿Crees que es suficiente para renovar la casa?

— ¿Siete millones de dólares?

— Sí, más o menos.

— Yo no tengo tanto dinero.

— ¿No?

— Yo tengo medio millón en posesiones, pero... Jake Bishop, me dejaste creer que no tenías un céntimo. ¿Cómo has sido capaz de...?

— Nunca te dije que fuera pobre. Simplemente, lo diste por hecho.

— ¿Y qué hacías trabajando en un rancho de Nuevo Méjico siendo millonario?

— Estaba tratando de aprender cómo funciona un rancho desde dentro antes de volver y comprarme uno.

De repente, Donna estalló en carcajadas.

—Te das cuenta de que probablemente eres más rico que cualquiera de mis presuntuosas amigas, ¿verdad?

— ¿Y qué quieres que haga? ¿Quieres que compre el club y las eche a todas?

—preguntó, metiendo la mano dentro de la bata de ella y acariciando uno de sus pechos.

— Creo que no vamos a tener tiempo para preocuparnos de eso — contestó, metiendo ella también la mano dentro de la bata de él para acariciar su pecho—

Vamos a estar demasiado ocupados con el rancho, haciendo el amor y haciendo bebés.

Amor mío, me gustan tus planes.